



CUALQUIERA PUEDE
SER UN ARMA...

BBC

DOCTOR WHO

Silueta

Justin Richards

BBC
DOCTOR WHO

Silueta

Justin Richards

BBC
BOOKS

De la serie Nuevas Aventuras

Publicada en 2014 por BBC Books,
Sello editorial de Ebury Publishing.
Un grupo de la compañía Random House.

Derechos de autor de Justin Richards
El derecho de autor ha sido establecido.

Serie originalmente transmitida por la BBC.

Doctor Who y TARDIS son marcas registradas por la BBC.

Traducción y Portada

Defender



Esta novela fue traducida en apoyo en a la maravillosa iniciativa de AUDIOWHO y a la colaboración desinteresada de un servidor.

Declaratoria

No se busca infringir ningún derecho de autor con la traducción de esta novela. Este trabajo es una iniciativa realizada por aficionados y para aficionados, con el único objetivo hacer esta obra accesible a todos aquellos whovianos de habla hispana.

Se prohíbe utilizar esta traducción con fines comerciales
Los derechos pertenecen a la BBC y Justin Richards.

Novelas, cómics y otras obras las podrá encontrar en:

<http://www.audiowho.com/>

“¿Vastra, Strax y Jenny? Oh, no, no necesitamos molestarlos. Confiá en mí.”

Marlowe Hapworth es encontrado muerto encerrado bajo llave en su estudio, asesinado por un asaltante desconocido. Este es un caso para la gran detective Madame Vastra.

Rick Bellamy, boxeador a puño limpio, su vida ha sido extraída de él por una figura vestida como un enterrador. Eso enfurece a Strax el Sontaran.

El Carnaval de las Curiosidades, una colección de puestos de feria y de artistas extraños y fascinantes. Es aquí donde Jenny Flint busca respuestas.

¿Cómo están estas cosas conectadas? ¿Y qué tiene que ver Orestes Milton, rico industrial, con todo esto? Mientras El Doctor y Clara se unen a la búsqueda de la verdad, descubren que se adentran en un mundo donde nada ni nadie es lo que parece.

ÍNDICE

Prólogo	7
Capítulo 1	11
Capítulo 2	15
Capítulo 3	23
Capítulo 4	30
Capítulo 5	35
Capítulo 6	42
Capítulo 7	47
Capítulo 8	53
Capítulo 9	57
Capítulo 10	63
Capítulo 11	68
Capítulo 12	75
Capítulo 13	81
Capítulo 14	91
Capítulo 15	96
Capítulo 16	105
Capítulo 17	114
Capítulo 18	121
Capítulo 19	130
Capítulo 20	136
Capítulo 21	144

PRÓLOGO

Marlowe Hapworth pasó la mayor parte de su última tarde en la Feria Helada. [Feria con todo tipo de ventas y atracciones, que se realizaban a lo largo del congelado río Támesis. En una época cuando los inviernos eran mucho más fríos que ahora.] Hubo un enfriamiento en el aire de enero y él pudo sentir el cosquilleo de la escarcha formándose en los bordes de su bigote. La nieve crujía agradablemente bajo sus pies. Él se rió cuando una bola de nieve silbó junto a su oreja, alentando con señas al pilluelo quien la había lanzado hacia su amigo.

Se detuvo por un momento en El Terraplén [Parte del Paseo del Támesis, un camino y paseo por la orilla norte de dicho río. Se extiende desde el Palacio de Westminster al puente de Blackfriars en la ciudad de Londres.], observando a los patinadores en el río congelado describir figuras en el hielo ante el Palacio de Westminster. [Nombre oficial por el que es conocido el edificio del Parlamento.] Él exhaló una corriente de aire brumoso dejándolo suspendido en el aire, mientras escuchaba la risa y reflexionaba sobre las alegrías de ser joven. Que agradable estar libre de preocupaciones, al menos por un momento. Una tarde lejos de su estudio y luego de regreso al trabajo por la mañana, decidió Hapworth.

Más adelante a lo largo del río, él encontró la Feria Helada. La cual se extendía a lo largo de la orilla del Támesis y sobre el hielo. Carpas y casetas, puestos de feria y atracciones. Hapworth lanzó bolas de madera hacia unos cocos que sospechaba estaban fijados a sus postes. No le importaba en lo más mínimo. Vio a un hombre en zancos, sostenido firmemente en la nieve, primero hacer malabares con unos bolos y luego con antorchas encendidas. Él odiaba las castañas tan calientes que le quemaran el cielo de su boca.

Y al final de una línea de casetas que vendían de todo, desde animales tallados en madera hasta magdalenas, de caramelos hasta pañuelos de encaje, se encontró con un rótulo que le apuntaba hacia el Carnaval de las Curiosidades. Situado ligeramente a parte del resto de la Feria Helada, “El Carnaval” parecía ser una mezcla de circo, feria y exhibición. Hapworth pagó un penique por la admisión al muchacho de la puerta y luego vagó fascinado a través del carnaval.

Un hombre fuerte, desnudo hasta la cintura, con la parte superior del cuerpo cubierta de tatuajes hacía malabares con pesados balones medicinales riendo todo el tiempo. Una mujer gitana sentada ante una mesa, mirando dentro de una bola de cristal. Varias carpas anunciaban su contenido como: “La asombrosa Mujer Barbada”, “Un verdadero Niño Lobo”, “Criaturas Imposibles... Animales que no son de la naturaleza” y otras intrigantes y tentadoras atracciones. Él pagó más peniques para reír, maravillarse y asustarse con todas ellas.

La más fascinante era El Teatro de Sombras. [Teatro de marionetas de cartón articuladas que se colocan tras un fondo translúcido iluminado.] Desde su tiempo en la India y en el Lejano Oriente, Hapworth sentía un aprecio por el arte de las marionetas sombreadas. Él experimentó un momento de aprensión mientras caminaba dentro de la gran carpa... ¿podría esto ser una pálida imitación del arte que recordaba, una imitación torpe de las habilidades que tanto había admirado en sus días de juventud? Se sentó entre una chica que moqueaba y un hombre que apestaba a cerveza y ya estaba roncando. Pero pocos minutos después, no notó a ninguno de los dos...

*

El sonido del timbre era tan sostenido e insistente que Carlisle asumió que debía ser o un acreedor o un alguacil. Y por lo tanto se halló un poco sorprendido al encontrar a su amo de pie en los escalones de la puerta. Carlisle raramente había visto al señor Hapworth tan distraído. Él se mantenía perfilado contra el pálido brillo de la luz lunar reflejada en la nieve, sin aliento y agitado.

— Gracias, murmuró, mientras él se abría paso entre Carlisle y el pasillo.

— ¿Está usted bien, señor?, el criado se sintió obligado a preguntar.

— ¿Bien? Oh, sí. Pero he visto... Hapworth negó con su cabeza. — Cosas que vos no podrías tolerar. ¿Qué hacer?, él se preguntó. — ¿Hacer lo que sea?

Hapworth se quedó en silencio, al pie las escaleras, como si no estuviera seguro si debía proceder a subir o no.

— Hay algunos mensajes, señor, se aventuró a decir Carlisle, esperando sacar a Hapworth de su inquietante ensoñación.

— Mensaje, repitió su amo, — Sí, desde luego. Un mensaje. Sí, debo enviar un mensaje de inmediato. Y decirle a ella lo que he atestiguado.

— ¿Señor?

— Pluma y tinta. Hapworth asintió vehementemente. — En mi estudio. Debo exponer exactamente lo que sucedió esta tarde y luego tenés que llevar la epístola. De inmediato.

— Desde luego, señor. ¿Quizás podría preguntar a quién le debe ser entregado ese mensaje?

Hapworth ya se estaba dando prisa en ir hacia su estudio. Carlisle lo siguió a través del gran salón. Cada pared tenía alineados libreros que iban del piso al techo, interrumpidos

solo por una gran ventana en una pared y lámparas de gas que sobresalían entre los estantes y emitían una suave iluminación a través de la habitación. En medio de ésta había un gran globo terráqueo. A un extremo, el escritorio de Hapworth. Al otro, una pequeña mesa, conteniendo una jarra y vasos. Hapworth fue directo hacia el escritorio, extrajo una hoja de papel de una bandeja, colocándolo directamente sobre la carpeta de papel secante del escritorio antes de sacar de un cajón la pluma y la tinta.

— ¿Señor?, Carlisle solicitó. — La carta que desea que yo entregue. ¿Para quién es?

Hapworth levantó la mirada. Sus ojos estaban sombríos, sus mejillas hundidas, sus dedos temblorosos mientras sostenía la pluma. — Para la Gran Detective, por supuesto. Para Madame Vastra.

Carlisle se estremeció para sus adentros. Él había estado antes en Paternoster Row. Hapworth estaba familiarizado con Madame Vastra. Él había requerido de sus habilidades y conocimientos en muchas ocasiones. Carlisle encontraba a la mujer cubierta por un velo fría y un poco inquietante.

— Ahora, tengo que redactar esto de inmediato, insistió Hapworth. — Déjame solo. Te llamaré cuando la haya hecho.

Mientras hablaba Hapworth dejó la pluma y se puso de pie, siguiendo a Carlisle hasta la puerta. Tan pronto como el sirviente estuvo fuera de la habitación, Hapworth cerró la puerta. Un momento después, Carlisle escuchó el roce de la llave girando en la cerradura. Solo entonces se le ocurrió a Carlisle que su amo estaba totalmente aterrorizado.

*

Dentro del estudio Hapworth cerró las contraventanas asegurándolas con una barra, y luego corrió las cortinas sobre ellas. Tomó un momento ajustar el gas, encendiendo las lámparas mientras luchaba por mantener sus nervios bajo control.

En su escritorio, él hizo una pausa antes de sentarse. Se quitó su abrigo y lo colocó sobre el globo terráqueo. Los últimos copos de nieve se habían derretido, pero una pequeña mancha blanca era visible. Pero algo sobresalía del bolsillo interno del abrigo. Hapworth levantó su abrigo y revisó el interior y extrajo el tiquete que le había sido entregado cuando ingresó al Carnaval de las Curiosidades. Estaba húmedo y manchado. Cuando lo sacó del bolsillo de su abrigo, muchos otros pedazos más pequeños de papel salieron con él y se esparcieron sobre el piso de madera pulida. Él se agachó para recogerlos.

Tres pedazos de papel, blancos como la nieve, cada uno doblado en la forma estilizada de un ave. Estaban expertamente hechos, siendo lo más impresionante lo

pequeñas que era... solo unos cinco centímetros de largo. Hapworth dejó caer las aves de papel, junto con el tiquete del Carnaval, a un lado del ornamentado abrecartas en su escritorio y se sentó a ordenar sus pensamientos antes de plasmarlos en el papel que tenía frente a él.

Una débil brisa movió el papel doblado, creando por un momento la ilusión de que las alas de las aves se agitaban con vida. Hapworth miró hacia la ventana... solo vio, desde luego, que estaba cerrada. Las contraventanas y las cortinas cerradas. Él frunció el ceño.

Al otro lado de la puerta, Carlisle aguardaba, no muy seguro de qué debía hacer. No tenía idea de cuánto tardaría el señor Hapworth, pero igualmente no quería aventurarse a alejarse demasiado. Su amo podría necesitarlo en cualquier momento.

El grito resonó por el pasillo, apenas amortiguado por la pesada puerta del estudio. Parecía que duraría para siempre, antes de ser ahogado por un ruido áspero de dolor.

— ¿Señor?, llamó Carlisle. — ¿Señor Hapworth?

La puerta estaba aún asegurada. Carlisle puso su hombro sobre ella y con una fuerza nacida del temor y la urgencia logró romperla y abrirla al tercer intento. Él se tambaleó dentro de la habitación acompañado por el sonido de la madera al astillarse mientras el marco de la puerta cedía.

Hapworth estaba aún en su escritorio, pero extendido hacia adelante sobre él, con su cuerpo doblado hacia un lado, con una mano extendida desesperadamente a través de la superficie, con los dedos curvado en forma de garra retorcida. Sus ojos estaban abiertos, con una amplia mirada, llenos de temor, sin vida hacia el umbral destrozado donde estaba Carlisle.

En el papel delante de él, Hapworth había escrito solo dos palabras: "Madame Vastra." El papel estaba salpicado de rojo.

Carlisle miró alrededor, consternado. Aparte de él y el cuerpo de Hapworth, la habitación estaba vacía. La ventana estaba cerrada y asegurada. Él había irrumpido a través de la única puerta que daba al interior.

La sangre se escurría por fuera por los lados el afilado abre cartas metálico que sobresalía entre los omoplatos de Hapworth. Ésta goteaba sobre el escritorio, absorbida por la carpeta de papel secante manchada de carmesí.

CAPÍTULO 1

La taberna estaba atestada. La gente estaba tan cerca que casi se tocaban las puntas de los pies entre ellos, excepto por unos al final de la barra, donde dos figuras robustas permanecían solas. Parecía existir un entendimiento tácito de que nadie debería estar demasiado cerca de ellos.

Todo acerca de Rick Bellamy era amenazador. Su rostro tenía el ceño fruncido permanentemente, sus manos... excepto cuando levantaba su vaso de cerveza... estaban cerradas en forma de puño, su era postura pugilística e intimidante. El tono de su voz no era la excepción.

— ¡Un penique! Él escupió las palabras a través de la barra que tenía al frente.
— Bueno, entonces pensé, debe haber algo bueno allí dentro. Pero no, era la usual basura para aldeanos. La mayoría eran puestos de ventas, puestos de feria y similares. Rarezas y exhibiciones. Oh, supongo que lo bastante interesantes. Pero, por *un penique*. ¿Carnaval de las Curiosidades? Más bien una estafa.

— Su furia le honra, dijo el acompañante de Bellamy. — Imagino que devastó todo el lugar y demandó una retribución.

Bellamy acabó su vaso de cerveza y lo estrelló sobre la barra. — Bueno, no, en realidad, él admitió. — Creo que les di mi opinión. Les dije lo que pensaba. Claramente les dije lo furioso que estaba. Luego, debido a mi experiencia me calmé y vine aquí por una bebida. ¿Está listo para otra, señor Strax?

— Permítame, el señor Strax terminó su bebida, poco después de eso puso sobre la mesa el vaso vacío y lo oprimió despreocupadamente entre sus largos dedos hasta que explotó en un satisfactoria lluvia de trozos y fragmentos. — Joven, llamó él a través de la barra, — Dos vasos más.

La chica que servía lo miró, dejó al cliente que estaba atendiendo y lanzó sobre la barra dos cervezas.

— ¿No trabaja esta noche, señor Strax?, Bellamy preguntó mientras esperaban sus bebidas.

— Mi ama fue requerida en otro lugar. Decliné unirme a ella. Un cálculo rápido y estratégico me sugirió que usted podría estar aquí.

— Aprecio la compañía, dijo Bellamy aunque su cara aún persistía su ceño de furia.

— Y yo encuentro su perpetua ira refrescante. La mayoría de los humanos mantienen su ira oculta. ¿Podríamos tener luego una pelea?, agregó esperanzado Strax.

— Esta noche no. Ya he tenido demasiadas, supongo. Y tengo una pelea a mano limpia mañana por la tarde. Venga y observe, si gusta. En Blackfriars. [Es un área de centro de la ciudad de Londres. Significa Frailes Negros, en referencia a un antiguo convento de Dominicos que había allí.]

— ¡Ah, deporte! Strax asintió. Ya que él no tenía lo que podía llamarse un cuello, este movimiento implicó la mayoría de la parte superior de su cuerpo. — Ciertamente que podría. ¿Cuántos de esos frailes negros va a matar?

La taberna estaba considerablemente menos concurrida cuando Strax y Bellamy concluyeron su conversación. Strax, como él mismo lo había expresado, encontraba a Bellamy como un refrescante cambio respecto a la mayoría de los humanos ya que su ira afloraba en cada palabra y expresión, en cada movimiento y acción. Strax nunca le había dicho a Bellamy que él no era un humano propiamente dicho, sino de hecho un guerrero clonado de la muy superior raza Sontaran trabajando temporalmente como sirviente de una prehistórica mujer lagarto. Pero si él lo hacía, Bellamy probablemente habría asentido, bebiendo a grandes tragos su bebida y quejado acerca del estado de East End [Zona situada en la parte este de la ciudad de Londres.] O de la incompetencia del gobierno. O de su pobreza y su actual incapacidad para encontrar un empleo bien pagado. O del precio de la cerveza. La noción de amistad era algo extraño en ambos pero si ellos tuvieran que enumerar sus amigos, cada uno de ellos habría estado en la pequeña lista elaborada por el otro.

En el caso de la lista de Bellamy, el nombre de Strax bien podría haber sido el único que presentara.

— Tal vez lo vea mañana en Blackfriars, dijo Bellamy mientras salían juntos fuera de la taberna.

— Eso ciertamente es una posibilidad, acordó Strax. Le dio una palmada a Bellamy en la espalda, que hizo tambalearse al gran hombre. Bellamy era una cabeza más alto que Strax, y casi tan ancho... uno de los pocos humanos que podía sostener una pelea con Strax por más de unos segundos. — He peleado contra Monjes sin Cabeza, le dijo Strax, — Así que unos cuantos frailes negros supondrán poco problema. Nos veremos antes para discutir una estrategia adecuada.

— Como guste, acordó Bellamy, — Entonces, buenas noches. Él hizo un intento poco entusiasta de regresar la palmada en la espalda, la cual Strax apenas si notó aunque ésta habría derribado a la mayoría de las personas.

Strax miró a Bellamy desaparecer a la distancia, convirtiéndose en poco más que una sombra bajo el brillo de las lámparas de gas. Entonces se giró y se dirigió de regreso a Paternoster Row. Había nieve en el aire de nuevo, unos pocos copos de nieve caían perezosamente sobre su chaqueta oscura. Pero a Strax no le preocupaba el frío. Su mente ya estaba enfocada en las tareas que necesitaba realizar cuando regresara. Los sistemas de seguridad necesariamente sería lo primero. Su rifle personal de rayos podría necesitar deionización y recarga. Revisaría las cerraduras de las ventanas y las puertas buscando si habían intentado forzarlas. Y quedaba lavar los platos.



El frío de la noche aclaró la cabeza de Bellamy mientras caminaba. La nieve empezaba arreciar, acumulándose en el pavimento y sobre sus anchos hombros. Las calles estaban silenciosas, pero siendo Londres raramente estaban desiertas. Un coche retrasado se apresuró en pasar, las herraduras del caballo y las ruedas revestidas de hierro resonaban en los adoquines. Una mujer con mucho maquillaje ofreció una rápida sonrisa con sus dientes separados a Bellamy desde a la entrada de un estrecho callejón. Él la ignoró.

Más adelante, pasando a lo largo de un edificio industrial, la luz de una lámpara de gas lanzaba la sombra de una figura contra la pared de otro estrecho callejón. La figura levantó su mano y le hizo una seña de que se acercara. Bellamy ignoró a esta figura también.

Excepto...

Él se detuvo y se dio la vuelta. Podía ver la sombra en la pared. Podía ver la lámpara proyectando luz. Pero... ¿De quién era la sombra? Allí no había nadie.

La sombra le hizo de nuevo la seña de que se acercara, insistentemente. Entonces, como si asumiera que Bellamy la seguiría, descendió por el callejón. Aún él no podía ver a nadie, no escuchó pisadas. Él miró a su alrededor para ver si alguien había notado lo de la sombra, pero la calle estaba vacía. Su cara se contrajo en una expresión aún más furiosa. Bellamy al fin aceptó que tenía curiosidad.

El callejón estaba oscuro. Pero podía ver la sombra, proyectándose a lo largo de la pared del estrecho pasaje del callejón. Ella dudó y se dio la media vuelta, le hizo una seña que le siguiera y continuó avanzando. Quienquiera que fuera este bromista, no lo encontraría tan gracioso cuando Bellamy lo atrapara. Él le diría al tipo lo que pensaba acerca de los juegos de magia como éste y en términos muy explícitos.

Bellamy apuró su paso, caminando a grande zancadas tras la sombra. El callejón dio un giro abrupto, pasando por las puertas de un gran edificio... una fábrica o una bodega

abandonada. Esta parte del pasadizo estaba bañada con un resplandor amarillo pálido. Al final había una lámpara, donde el pasadizo emergía de nuevo a una calle principal. Los copos de nieve giraban y danzaban a través de la luz antes de depositarse sobre el frío suelo. Allí no había rastros de la sombra, o quienquiera que la haya proyectado.

Bellamy dio un gruñido de furia, y volvió sobre sus pasos. Mientras se daba la vuelta, un hombre salió caminando del umbral de un gran edificio, haciendo que Bellamy diera un grito ahogado por la súbita sorpresa. No era la figura que había proyectado la sombra, Bellamy estaba seguro de eso. El hombre era muy delgado, casi demacrado. Ojos hundidos y mejillas hundidas. Una estrecha nariz ganchuda. El largo abrigo que vestía era de una forma distintiva, y no hablemos del sombrero de copa negro. Una venda de material oscuro colgaba de la parte trasera del sombrero. Puede que él no haya proyectado la sombra, pero el hombre se miraba como si fuera parte de la oscuridad. Incluso sus guantes eran tan negros que parecían absorber la luz mientras levantaba su mano saludando.

— Quiere tener cuidado, vaya forma de aparecer, dijo Bellamy. — Oiga, ¿no vio a otro tipo venir por este camino?, él preguntó.

— Solo a usted. La voz del hombre era profunda y sonora. Su expresión sonriente no cambió.

— Usted se ve como si estuviera en camino a un funeral, dijo Bellamy.

Aún así la expresión del hombre no se alteró. — ¿Y quién dijo que el analfabeto no tiene sentido de la ironía?

Bellamy sintió que la furia lo desbordaba. — ¿El qué? ¿Me está insultando? Él dio un paso hacia adelante y levantó el puño.

Unos pocos minutos después, un hombre alto vestido todo de negro se alejaba lentamente por el callejón. Hizo una pausa por un momento, apoyando su cuerpo como si estuviera a punto de estornudar. Su inexpresivo rostro se torció en un súbito y extremo gruñido de ira pura.

En el suelo detrás de él, Bellamy yacía retorcido y quieto. Sus ropas parecían ser demasiado grandes para la arrugada y demacrada cáscara de su cuerpo. Una mano esquelética se extendía a través del suelo, con sus descarnados y congelados dedos en el acto de arañar desesperadamente los adoquines como si tratara de aferrarse a los últimos momentos de una vida que desaparece.

CAPITULO 2

— El rey Arturo.

— No.

Clara lo miró. — ¿Qué querés decir con “No”?

El Doctor no levantó la mirada de la consola de la TARDIS, solo levantó su mano como un policía detiene el tráfico. — No. No el rey Arturo.

— Dijiste que podía elegir.

— Dentro de lo razonable. Él no levantó la vista.

— No es lo que vos dijiste. Dijiste que podía elegir. Cualquier lugar, tiempo y persona. Y yo elijo al rey Arturo.

— No.

— Ya acabamos de elegir.

— Aún no. Él no levantó su mirada. Sus ojos se perdían en las sombras así que era difícil para Clara ver si era en broma o muy en serio. El resto de su cara siempre se miraba seria, era en sus ojos donde estaba el secreto. Si pudiera verlos.

— ¿Y por qué no?

— No es un buen momento, eso es todo.

— ¿Tenés algo mejor que hacer?

— El tiempo del rey Arturo no es un buen momento. Maloliente, sucio, peligroso. Lo odiarías. Por otro lado... Él regresó a la consola, sosteniendo su barbilla con la mano mientras miraba hacia el monitor.

— ¿Además? Clara caminó y se puso a su lado, mirando sobre su hombro el desorden de líneas, curvas y círculos en la pantalla. — ¿Además, qué?

El Doctor miró, se enderezó y limpió con su mano la pantalla. — Bueno, mirálo. Solo mirálo. Allí. ¿Lo ves?

— Um, no. ¿Esto está roto?

Eso le valió que él le levantara una ceja.

— ¿Entonces qué?

— Un pico de energía.

— ¿Algo está mal con la TARDIS?

— No con la TARDIS, no. Un pico de energía a finales del siglo diecinueve, justo en medio de Londres. Alguien está usando una fuente de energía post nuclear y eso no es bueno. Oh, ellos la tienen protegida, él prosiguió caminando a grandes zancadas alrededor de la consola, con las manos tras su espalda y la cabeza baja mientras lo consideraba. — Lo cual solo confirma el hecho de que no puede ser un fenómeno natural o una anomalía instrumental.

— Muy bien. ¿Londres al final del período victoriano?

— Eso es lo que dije.

— ¿Podría ser Madame Vastra? ¿Tal vez Strax tiene problemas con alguna nueva arma post nuclear?

— Muy probable en él. Pero no. El Doctor negó con su cabeza. — No. No. No. Ellos nunca fueron descuidados. Es alguien que no quiere ser encontrado pero que no tiene idea de las implicaciones anacrónicas.

— Así que olvidamos al rey Arturo y atendemos este pico post nuclear, ¿eso es lo que vos sugerís?

Él ya estaba trabajando en los controles. — Eso no era una sugerencia. Él miró hacia Clara. — Mejor nos vestimos con algo que combine un poco más, ¿no lo creés?

— Vos ya te ves victoriano, dijo ella.

— Nos fue una palabra diplomática. No era realmente de mí de quien estaba hablando.

— Eso es un principio. Clara bajó su mirada hacia su brillante blusa azul y falda corta. Tal vez él tenía razón. — Entonces encontraré algo sea adecuado para finales del período victoriano.

Él estaba trabajando en los controles de nuevo, tirando de una palanca y revisando un dial. — Elegí algo práctico. Esto será maloliente, sucio y peligroso, él le advirtió. — Te encantará.



La escarcha se adhirió a los árboles como flores quebradizas. La nieve se había depositado como una gruesa costra allí donde se había congelado. Los carámbanos parecían como si hubieran brotado bajo las cornisas de las ventanas y los alfeizares. Lo más impresionante de todo, la amplia extensión de río Támesis era una lámina de hielo opaco.

— Definitivamente hay un fresquillo en el aire, observó el Doctor.

La respiración de Clara se volvió niebla frente a ella. — Y podés decirlo otra vez. Bueno, en verdad no lo digás de nuevo, agregó ella rápidamente. Él podía ser muy literal algunas veces.

La TARDIS había aterrizado en una calle estrecha y desierta cerca del río. Juzgando por la escases de pisadas en la nieve, esa no era una calle que pareciera ser de mucho tránsito.

— ¿Así que tenés un instrumento que nos pueda llevar hasta la fuente de energía? Clara preguntó mientras empezaban a caminar por el pavimento a un lado del río.

— *Pico de energía*. No es una fuente. Es un pico, un pico que proviene de una fuente.

— Lo cual es diferente, ¿cierto?

— Correcto. Y ya que era un pico, solo sucede una vez. Así que ahora ha desaparecido y aquí no hay nada que detectar.

— ¿A menos de que lo haga de nuevo?

— A menos de que lo haga de nuevo. En cuyo caso... Él extrajo el destornillador sónico de su bolsillo y revisó sus ajustes. — En cuyo caso, lo sabremos. Pero no podemos esperar simplemente a que suceda porque eso podría no repetirse.

— Así que, ¿cómo encontramos esa fuente de energía?

— Investigaremos. La TARDIS nos ha hecho aterrizar lo más cerca que podía, pero aún podríamos estar a algunos kilómetros de distancia.

— Oh, ¿eso es todo?

— Eso no es tan malo como lo sería a muchos siglos y a algunos millones de años luz de distancia. De todos modos no debería ser muy difícil rastrear una presencia alienígena en Londres. Afortunadamente ellos son muy obvios, arrogantes y se creen superiores.

Clara le dio al Doctor una buena mirada.

— Sí, correcto.

Sus cejas se unieron. — ¿Qué estás insinuando?

— Nada, dijo ella rápidamente. — Así que, ¿cuál es el plan? ¿Aparecer por Paternoster Row y pedirles ayuda a tus amigos locales?

— ¿Vastra, Strax y Jenny? Oh, no, no necesitamos molestarlos. Confiá en mí. Él afirmó con su cabeza. — Será fácil.

*

Era tarde por la mañana y un flujo constante de personas se dirigía a la Feria Helada. Atrapados en la marea, Clara y El Doctor estuvieron felices de ir con la corriente.

— Vaya, ¿no era tan desesperadamente importante este pico de energía? Clara dijo esto con la boca llena de castañas asadas.

El Doctor estaba examinando una patata horneada, tratando de averiguar la mejor manera de atacarla. — Estamos investigando, dijo él antes de tomar un gran bocado. Él saltó de un pie al otro, con la boca abierta, jadeando.

— ¿Caliente?, adivinó Clara.

El Doctor asintió furiosamente, mientras también de alguna forma le frunció el ceño a un niño cercano que estaba riendo por el espectáculo.

— Creo que vos solo querías una excusa para no ir y ver al rey Arturo.

— De ningún modo. Él sopló furiosamente sobre lo que quedaba de la humeante patata. — Aunque la última vez que lo visité hubo un pequeño problema con su espada.

— ¿En serio?

— En ese momento él era muy joven, llegó corriendo gritando que necesitaba una espada, así que se la entregué.

— ¿Y eso fue un problema?

El Doctor se arriesgó con un poco más de la patata. — Aparentemente, dijo él mientras masticaba, — Arturo suponía *él mismo* sacaría la espada de la piedra. Un gran alboroto por nada, si me lo preguntás. Pero yo fui rey de Inglaterra por un día antes de abdicar a su favor. ¿Vas a quedarte allí parlotando todo el día?

— Lo siento.

— ¿Qué es eso de allá? Él no aguardó por una respuesta, sino que metió el resto de la patata en su boca y se alejó entre la multitud.

El elemento central de la feria era un gran tióvivo. Clara miró los caballos subiendo y bajando mientras giraban. Junto con la música había una cualidad casi hipnótica en la escena. El Doctor miró con ella por unos pocos minutos, entonces siguieron por su cuenta y se reunieron de nuevo en un puesto de venta de muñecas y monederos de tela.

— ¿Se ha divertido, querida?, la mujer del puesto preguntó.

— Oh, sí, le aseguró Clara, esperando haberlo dicho lo suficientemente alto para cubrir la respuesta menos positiva del Doctor. — ¿Hay aquí una adivina?, preguntó ella por capricho.

— Eso está en el carnaval.

— ¿El carnaval?

La mujer señaló. — Al final está el Carnaval de las Curiosidades. Tienen de todo. Les costará un penique a cada uno entrar, creo.

— ¿Querés ir?, Clara le preguntó al Doctor.

— Oh, sí. Suena...

— ¿Curioso?

Él sonrió. — Intrigante.

El Doctor extrajo dos brillantes peniques para pagar en la puerta del Carnaval de las Curiosidades, recibiendo dos boletos de cartón a cambio.

— Solo muestre esto si quiere regresar más tarde, señorita, le dijo el tipo en la puerta. — Sólo es válido por hoy. Los tiquetes serán de un color diferente mañana.

Dentro del recinto, había un área abierta donde muchos puestos estaban instalados sobre la nieve y carpas en la parte exterior del área. La adivina era muy decepcionante. Una mujer muy vieja, envuelta en un chal, sentada a la mesa inclinada sobre una bola de cristal. Meneó sus dedos sobre ella, después de haber privado a Clara de otro medio penique y luego le dio una perorata estándar bastante aburrida y obvia acerca de que se encontraría con un alto y apuesto extraño y que haría un largo viaje.

— Bueno, supongo que eso es muy cierto, le dijo ella al Doctor. — ¿Querés intentarlo?

Él negó con su cabeza. — O ella es una charlatana, en cuyo caso no tiene sentido intentarlo, o ella verdaderamente puede ver el futuro, en cuyo caso, conociéndome, me dará un ataque cardíaco.

Él estaba más interesado en una exhibición de Criaturas imposibles. Una vez dentro de la carpa, se encontraron frente a frascos de vidrio llenos de materia orgánica no identificable y a grotescas esculturas. Las etiquetas sugerían que eran cualquier cosa, desde un niño espacial que nació muerto a una raza lunar de cerdos solo encontrado en las montañas de España.

La joya de la exhibición, extendida dentro de una caja de cristal al final de la carpa, era una sirena muerta. El Doctor le dispensó poco menos que un vistazo. — Una falsificación obvia, anunció demasiado alto ponerse intranquilo. — La piel no es del color correcto y esas aletas son totalmente de una forma equivocada.

Él avergonzó a Clara de nuevo por bostezar muy fuertemente en medio de la demostración del Hombre Fuerte en las afueras de la carpa. El hombre era grande, la parte superior de su cuerpo cubierto con tatuajes que incluían una daga en cada bíceps y cadenas alrededor de su pecho. Con su cabeza calva y su ancho físico él le recordaba a Clara un poco a Strax, excepto porque el hombre era mucho más alto... bien pasaba de metro ochenta. Él impresionó a la audiencia al aplastar una pila de ladrillos con su mano, rompiendo una losa de piedra con la frente y finalmente intentando levantar un poste de metal con canastas llenas de rocas a cada extremo.

Los músculos de su cuello y sus brazos destacaron impresionantemente mientras él se estiraba y gruñía y eventualmente logró levantar las rocas del suelo. Apoyó las piernas, levantó el poste hasta su pecho, y se tambaleó mientras luchaba por levantarlo por encima de su cabeza.

El Doctor se encogió de hombros, miró a su alrededor buscando si había alguna otra cosa más interesante sucediendo en algún otro lugar.

— ¿Tiene algún problema, señor?, el Hombre Fuerte demandó saber, lentamente bajó el poste. La mantuvo apoyada sobre su pecho mientras miraba al Doctor.

— ¿Yo?

— Correcto, usted.

— Lo siento, El Doctor caminó hacia el Hombre Fuerte. — Simplemente eso no me impresiona, me temo.

— ¿En serio?

— Doctor, Clara le advirtió.

Había un aire palpable de expectación entre la multitud mientras el hombre fuerte fulminó con la mirada al Doctor. — Yo pronto podría enseñarle a estar impresionado.

— ¿Eso cree?, El Doctor dio una mirada a Clara, — ¿Qué puede hacer? Entonces él tomó el poste de metal que tenía el hombre, y la sostuvo con facilidad con una mano, firme al igual que las canastas de rocas unidas a cada extremo del poste. — Permítame sostener esto mientras usted trata de impresionarme.

El Hombre Fuerte miró asombrado.

— ¿Cuál es su nombre?, preguntó El Doctor.

— Michael.

— ¿Michael qué?

— Michael, señor.

— No, no, no. Permítame bajar esto. El Doctor hizo descender el poste cuidadosamente. — ¿Cuál es su apellido? ¿Michael qué?

— Oh, Michael Smith.

— ¡Ah!, en la cara del Doctor apareció una súbita sonrisa, — Yo soy un Smith. Doctor John Smith, bueno casi. Nosotros los Smith tenemos que apoyarnos, sabe. Buen acto, a su manera. Tal vez trabajar en su presentación un poco. Desarrolle una estrategia para mantener el interés de la gente.

— Sí, dijo Michael el Hombre Fuerte. — Gracias, señor.

El Doctor dio la vuelta y se alejó. — De nada. Oh, dijo volviendo a mirar por un momento, — e intente que se vea difícil.

— Nunca me he sentido más avergonzada en toda mi vida, le dijo Clara mientras se alejaban caminando, ignorando las miradas de la multitud.

— Sí que lo has estado.

— Sí, que lo he estado. — Pero yo probablemente estaba con vos esa vez.

*

La última carpa que ellos visitaron, justo en la parte atrás del anunciaba: “El Teatro de Sombras más mágico que existe.”

— Si era tan impresionante, El Doctor dijo, — a ellos les sería posible deletrear “mágico.”

— No seas tan gruñón y vamos a disfrutar el espectáculo

El espectáculo ya había iniciado, así que se dirigieron hacia los asientos más cercanos en la parte trasera de la oscura carpa. A través de la parte superior de las cabezas de la resto de la audiencia, Clara se quedó paralizada mirando la pantalla. El principio fue simple. Una luz estaba iluminando desde detrás de la delgada pantalla, las siluetas de unas marionetas entre la luz y la pantalla proyectaban sombras mientras el espectáculo se desarrollaba. No parecía ser una historia como tal, no en esta parte del espectáculo de todos modos. Era más una demostración, un baile de animales, el vuelo de aves, de figuras tan realistas y tan bien animadas que fácilmente se podía creer que las sombras eran reales, que estaban *vivas*.

— Esto está bueno, ¿cierto?, El Doctor susurró. Era un refrescante cambio descubrir que él en verdad estaba impresionado. — Soy solo yo, él agregó, — ¿o esto realmente es imposible?

— ¿Qué querés decir? Clara siseó en respuesta. — ¿No podés simplemente disfrutarlo?

— Oh, claro que puedo. Lo hago. Pero...

— ¿Pero? ¿Pero *qué*?

— Pero son marionetas.

— Obviamente. Ella volvió a mirar el espectáculo. Una mariposa revoloteaba delicadamente a través del aire, perseguida por un niño con una red. La mente de ella no tenía problema en rellenar las oscuras sombras con textura, detalle y color.

— Así que, dijo El Doctor susurrándole justo en el oído, — ¿Dónde están los alambres o las varillas? Si son marionetas... ¿qué las mantiene derechas y hace que se muevan?

Clara frunció el ceño. En realidad él tenía razón. — Bueno, están ocultos, eso es todo, ella se decidió. — O los alambres son extremadamente delgados. Es muy inteligente.

— No podría discutir eso.

El espectáculo terminó con un montón de aplausos. La pantalla se levantó en el aire para revelar una figura de pie detrás de ella. Un hombre joven, vistiendo una capa roja. La capucha estaba echada hacia atrás, así que su largo cabello caía por su espalda... negro como las sombras. Sus rasgos eran delicados, casi como los de una niña, mientras ella hacía una reverencia.

Ella permaneció allí de pie mientras la carpa se vaciaba. Clara dio vuelta para marcharse, y encontró que El Doctor ya se daba prisa por otro camino, bajaba hacia donde permanecía la mujer.

— ¿Cómo lo hizo?, él estaba demandando saber cuándo Clara llegó.

— Lo siento, dijo Clara antes de que la mujer pudiera responder. — Lo que él quiere decir es que: “eso fue realmente emocionante y que lo disfrutamos mucho.”

La mujer estrechó la mano de Clara y sonrió. — Me alegro que mi espectáculo los haya entretenido.

— Lo hizo, El Doctor estuvo de acuerdo, — Así que como le he dicho, ¿cómo lo hace?

— Este es El Doctor, por cierto, dijo Clara. — Y yo soy Clara.

— Yo siempre he tenido un talento para las marionetas de sombra, la mujer dijo. — Para traer a las sombras y a las formas a la vida. Me perdonara si no comparto mis secretos con ustedes. Mis habilidades son todo lo que tengo.

— Estoy seguro de que eso no es verdad, El Doctor dijo. — Pero como Clara dijo... impresionante. Gracias. Oh, él agregó mientras se daba vuelta para marcharse, — No nos dijo su nombre.

La mujer tiró la capucha de su capa sobre su cabeza, de modo que su cara estuvo en las sombras. Una llamativa figura roja firmemente de pie contra el brillo de la lámpara en la parte trasera de la carpa.

— Soy Silueta, dijo ella.

CAPÍTULO 3

— Aún así, no creo que sea posible, El Doctor dijo mientras caminaban de regreso a través de la feria.

— Sólo porque vos no lo comprendés, Clara le dijo. — Te diré una cosa, ¿por qué no convenimos que eso es magia?

Él le lanzó una mirada que estaba en algún lugar entre la simpatía y la condescendencia. — Magia es solo un término que la gente usa para las cosas cuando ellos son demasiado primitivos para comprenderlas apropiadamente.

Clara asintió. — En realidad creo que eso es lo que acabo de decir.

Ellos se detuvieron para observar a un hombre en una carpa corta y con un impresionante bigote haciendo trucos de cartas. Él le extendió el mazo de cartas y se lo agitó al Doctor.

— Tome una carta. Cualquiera. No me diga cuál es, pero muéstresela a la joven señorita y luego a todos los demás.

El Doctor mostró a todos su carta... el tres de diamantes.

— Bien, ahora vuelva a colocarla en el mazo, en el lugar que guste. Eso es.

El prestidigitador barajó el mazo. Luego lo cortó. Luego lo mezcló de nuevo. Finalmente lanzó el mazo hacia arriba por el aire. Una carta se separó de las demás y la atrapó en una de sus manos. El resto del mazo lo atrapó con la otra.

— ¿Y dígame, señor...?, anunció él con confianza, — ¿...si esta es su carta?

El gentío estaba en silencio. El Doctor miró la carta. El siete de bastos. — No, esa no es.

La sonrisa del prestidigitador se tornó en algo más que forzada mientras él miraba rápidamente a través del resto de las cartas. — Todo es parte del truco, dijo sin mucho convencimiento. — Ah, la reina de espadas.

— No.

— ¿Nueve de corazones?

— Aún no.

El prestidigitador resopló y frunció el ceño. — Entonces, ¿cuál era?

— En su bolsillo izquierdo, le dijo el Doctor.

El ceño fruncido del prestidigitador se frunció aún más mientras sacaba una inesperada carta del bolsillo de su pantalón. — ¿El tres de diamantes?

— Esa es. Lo siento. Hice trampa.

Se dirigieron de vuelta a través del carnaval hacia la parte principal de la Feria Helada. La nieve se volvía más espesa, cayendo sobre la nieve ya compactada del suelo.

— ¿Así que, ahora cuál es el plan?, preguntó Clara.

— Jenny, El Doctor le dijo.

Clara lo corrigió. — Recordáme.

— Jenny Flint, la doncella de Vastra. Está por allí, le dijo él. — Que coincidencia, ¿no lo creés?

Mientras ellos se aproximaban vieron que Jenny estaba hablando con Michael El Hombre Fuerte. — Un anciano caballero, con cabello blanco y patillas largas y gruesas, estaba diciendo ella.

Michael negó con su cabeza. — Lo siento. No lo recuerdo. Pero pasan tantas personas por aquí en un día. Podría haber estado aquí, pero no puedo decirlo con seguridad. Dudo que pueda recordar incluso a la mitad de ellas. Él miró hacia Clara y El Doctor que llegaban. — Sin embargo, recuerdo al Doctor Smith que aquí llega.

— ¿Doctor Smith?, Jenny se dio la vuelta, sorprendida. — Oh, sí. Todo el mundo conoce al Doctor Smith.

Michael se excusó y se dirigió a realizar otra presentación.

— Entonces, ¿qué lo trae por el Carnaval de las Curiosidades?, preguntó Jenny.

— La curiosidad, le dijo El Doctor.

— Has una pregunta tonta... Entre usted y yo, ella prosiguió, — esto no es curiosidad. He estado en mejores lugares. ¿Vio la sirena que tienen? Ella negó con su cabeza. — Desesperados.

— ¿Quizás deberían tener una mujer lagarto?, sugirió Clara.

— Sería un espectáculo malditamente mejor que el Niño Lobo de por allí. ¿Lo vieron? Ellos le confesaron que no. — Él solo necesita un buen baño, falta le hace. Yo le pregunté si se encontraba bien, cuando la mujer que está a cargo no estaba mirando, y me preguntó si le podía conseguir un pastel de carne. Tan educado como ustedes quieran. Incluso dijo por favor. Niño Lobo, mis pantuflas.

— Así, ¿qué estás haciendo por aquí?, preguntó El Doctor. — A parte de estar singularmente poco impresionada con casi a todo.

— Buscando a un hombre con patillas grandes y gruesas, por lo que suena, agregó Clara.

— Marlowe Hapworth es el nombre. Pero ya sé muy bien dónde se encuentra.

— Entonces, ¿por qué está preguntando por él?, se extrañó Clara.

— Porque se encuentra en la morgue, muerto. Es el *cómo* murió lo que no tiene sentido.

— Un caso para la Gran Detective, supuso El Doctor.

Jenny asintió. — Encontró un tiquete para este carnaval en el escritorio de Hapworth. Por el color, es de ayer. Es cuando él murió. Su sirviente dijo que él había llegado a casa confundido, se encerró en su estudio y pocos minutos después estaba muerto. Apuñalado con un abre cartas.

— ¿Suicidio?, sugirió Clara.

— No. Al menos que fuera un contorsionista. El abre cartas estaba alojado entre sus omoplatos.

— ¿Presumo que la habitación no tenía otra entrada obvia?, dijo El Doctor.

— Una ventana, asegurada y con las contraventanas cerradas.

— Así que la policía llamó a Madame Vastra, sugirió Clara.

— No, el hombre muerto lo hizo.

— ¿Cómo es eso posible?, se asombró Clara.

— Él le estaba escribiendo una carta a ella cuando fue asesinado. Carlisle, su mayordomo, dijo que él regresó de una caminata muy ansioso y preocupado, y dijo que tenía que decirle algo importante a Madame Vastra. Apenas había escrito su nombre en el papel y luego alguien le apagó las luces. Para siempre.

— Así que usted está aquí tratando de averiguar qué lo trastornaba, dijo Clara.

— Sí era que aquí había algo, enfatizó El Doctor.

— Ese algo podría haber estado en la Feria Helada, o en cualquier punto de su camino.

Jenny asintió. — He estado desandando su ruta, lo mejor que puedo. Pero aún no encuentro nada. Este lugar es más que adecuado para que algo extraño suceda, creo. Y hablando de “extraño”, no me han dicho que están haciendo aquí.

Ellos ahora estaban caminando a través de la Feria Helada, habiendo dejado atrás el Carnaval de las Curiosidades. El Doctor llevó a todos hasta una gran carpa donde el té estaba siendo servido y encontraron una mesa en un rincón retirado. Una vez que estuvieron sentados y el té fue ordenado, él le dio una breve explicación del pico de energía.

— No sé nada acerca de eso, dijo Jenny.

— Podría ser coincidencia, agregó Clara con la boca llena de pastel de frutas.

— Posiblemente, concedió El Doctor. — Ustedes dos permanezcan aquí, él decidió, — vean si pueden reconstruir las últimas horas del señor Hapworth.

— ¿Y a dónde vas vos?, preguntó Clara.

El Doctor acabó su té y se puso de pie. — Iré a hablar con Vastra. Veré que ha descubierto. ¿Aún está en la casa de Hapworth?

— Allí está, Jenny confirmó. — ¿No hay algo más que necesite preguntarme?, dijo ella mientras El Doctor se ponía de pie.

— No lo creo. Encuentro que es mejor tener una mente abierta, libre de las opiniones de otros. Inspeccionaré la escena del crimen y formularé mi propia opinión basado en mis propias observaciones.

— Como usted quiera, Jenny sorbió su té. — ¿Seguro que no tiene otra pregunta?

— Muy seguro. La veré después, ya sea si regreso aquí o en la casa de Hapworth o si voy por Paternoster Row.

Él no aguardó por el consentimiento, sino que caminó entre las mesas hacia la entrada de la carpa.

— ¿Qué es lo que piensa?, dijo Jenny. — De lo que le dije hace treinta segundos.

— O un poco menos, pensó Clara.

Justo antes de alcanzar la entrada El Doctor dio la media vuelta y caminó a grandes pasos hacia ellas.

— Muy bien, dijo él mientras alcanzaba la mesa. — Una pregunta más. ¿Cuál es la dirección de Hapworth?

*

— ¿Así que ha estado muy ocupada desde nuestra última visita?, Clara preguntó cuando El Doctor se hubo marchado de nuevo. Había una calidez en la carpa y ella no tenía prisa por terminar su té y su pastel.

— Más o menos. Pero nada muy emocionante. Tuvimos que investigar en una casa encantada el mes anterior. Poltergeist, platos que se quiebran y arañas de luce que se mueven.

— Eso suena interesante, Clara le dijo, pensando en volver a la casa encantada que ella y El Doctor habían visitado no hacía mucho y cuyo recuerdo aún la hacía temblar.

— Nah. Resulta que fue construida en la parte superior de la línea Bakerloo y cada vez que un tren pasaba por debajo de ella hacía temblar todo el lugar.

Clara se rió. — ¿Y cómo está Strax?

Jenny sonrió. — El mismo de siempre. Siento decirlo. Él está fuera realizando su propia investigación en este momento.

— ¿Vistiendo una capa tipo Iverness y un sombrero de cazador? [El mismo atuendo que usa el célebre detective Sherlock Holmes.]

— Afortunadamente no. Algún amigo bebedor suyo habrá sido echado de un bar anoche y él se sintió ofendido.

Clara puso en la mesa su taza de té. — No me sorprende. ¿Una reyerta en algún bar o algo así?

— Suena un poco más peculiar que eso. Pero Strax no habló mucho al respecto y fue a buscar al culpable y hacerle algo feo que involucre ácido corónico y granadas tijera.

*

Encontrar a un asesino no había sido tan fácil como Strax había esperado y anhelado. Él había averiguado mucho de su interrogación de los habitantes locales, empleando un nivel de sutileza el cual él sentía que haría que Madame Vastra se sintiera orgullosa. No había matado a nadie, ni siquiera había amenazado con torturar... bueno, excepto a un pilluelo grosero que había tratado de sacar la billetera del bolsillo de la chaqueta de Strax. Él no va a intentarlo de nuevo con rapidez. Incluso cuando sus dedos mejoren.

Pero lo que Strax había averiguado no lo tranquilizaba. La policía local no fue muy comunicativa, incluso cuando Strax mencionó el nombre de Madame Vastra. Pero el inspector Goodwin le había dado el soplo que Bellamy no fue la primera víctima.

Un simpático patólogo, quien parecía estar trabajando bajo la idea errónea de que Strax estaba sufriendo de alguna extraña clase de desorden fisiológico, fue más útil.

— Muy desecado, le explicó. — Como si todo el cuerpo hubiera sido drenado de todo aquello que hacía al pobre hombre ser lo que era. Dejando atrás una cáscara marchita que solo fue identificada por el contenido de su billetera. Sorpresivo que el asesino abandonara eso, no era que hubiera mucho dinero en ella.

— ¿Podría ser un caso de muerte por causas naturales?, Strax preguntó. Él esperaba que no.

— Si solo tuviéramos un caso de tal condición entonces podría estar de acuerdo con usted. Pero no, este pobre amigo... como todos los demás... fue asesinado muy deliberadamente. Pero cómo o por quién, bueno, tengo que confesarle, que estoy bastante perplejo.

Habiendo obtenido una lista con los nombres de las víctimas y sus direcciones, Strax intentó encontrar un elemento común que las uniera. Y no hubo ninguno. Interrogó a una casera, al dueño de un bar, un religioso y una joven mujer llamada Maud (quien parecía no entender el concepto de espacio personal y se mostró tan familiar que Strax sospechó que ella estaba implicada en alguna forma de espionaje personal.), todo describieron imágenes muy diferentes de las víctimas. Todas eran de edades diferentes, de diferentes áreas... aunque todas bastante alejadas... y algunas eran aparentemente mujeres.

Solo una cosa parecían tener en común, reflexionó Strax mientras se abría paso a través de las calles de East End, era que su suerte había disminuido y no estaban muy felices al respecto. Strax pensó que todos se habrían llevado bastante bien con Bellamy, intercambiando historias acerca de todo lo horrible, caro o muy desagradable eran las cosas.

Strax necesitaba tiempo para reflexionar en lo que había descubierto. Quizás debería consultar a Jenny o a Vastra y ver que pensaban. Pero primero debería inspeccionar la escena del último crimen. Mientras él le estaba dando un vistazo al cuerpo de Bellamy en la morgue, supo que éste había sido removido y traído allí por la inútil policía. No se veía como si el pobre hombre hubiera disfrutado de una muerte honorable... razón de más para vengarlo. Así murmurando airadamente para sí mismo, Strax se dirigió hacia donde Bellamy había sido encontrado.

Strax halló un estrecho callejón donde el cuerpo había sido descubierto en las primeras horas. Sus hombros casi tocaban las paredes a cada lado mientras llegaba a un gran edificio que parecía estar abandonado y en ruinas. Delante de él, una figura salió del sombrío umbral. Estaba vestido con un tipo de ropa ritual que Strax había visto antes... todo de negro con un alto casco sobre su cabeza con una franja de material oscuro colgando sobre la espalda. Strax parecía recordar que el personal con ese tipo de uniforme era el responsable de la remoción y el entierro de los muertos.

— Su cliente ya ha sido removido, Strax anunció servicialmente.

La cara del hombre no se movió. — Usted parece furioso por algo, dijo él, su voz era profunda y sombría.

Strax consideró eso. — No, él se decidió. — Estoy en una misión de vengar la muerte de un colega. No hay nada más honorable o satisfactorio.

El hombre se acercó unos pocos pasos más y el mismo Strax también se aproximó, saliendo de las sombras hacia la pálida luz solar de invierno por primera vez.

El hombre se detuvo cuando vio a Strax adecuadamente por primera vez. Él extendió su mano y tocó el ala de su sombrero de copa. — Le ruego que me perdone, señor. Si me disculpa. Tengo asuntos en otro lugar.

De algún modo él se apretujó para pasar a Strax y continuó por el callejón. Strax se giró para verlo irse. Pero todo lo que vio fue el desvanecimiento de una sombra al final de la pared.

CAPÍTULO 4

Parecía como si Hapworth hubiera visitado tanto la Feria Helada como el Carnaval de las Curiosidades. Es más, debió de haberla atravesado para llegar al Carnaval en primer lugar. La feria era grande, extendida por toda la orilla del río Támesis, con algunos puestos y atracciones sobre el propio río congelado. Tenía sentido para Jenny y Clara dividirse para cubrir mucho más terreno de lo que podrían juntas.

Jenny le dio a Clara una buena descripción de Hapworth. — Si averiguamos a dónde fue, a quién y qué vio, podríamos tener una pista de qué lo trastornó antes de que se dirigiera a su casa, dijo ella. — Desde luego, podría no haber sido en absoluto algo de aquí.

— No lo sabremos hasta que lo encontremos, aunque, ¿podremos?, dijo Clara. — Te veré de nuevo en la carpa del té. Es probablemente donde El Doctor nos buscará también.

Fueron sus pies los que se pusieron más fríos. Caminando a través de la nieve que se volvió aguanieve bajo los pies de tantas personas, Clara pudo sentir el frío que devoraba a través de las suelas de sus botas. No había señales de Jenny entre la multitud y Clara no podía decir honestamente que estuviera haciendo mucho progreso. Ella había hallado muchas personas que definitivamente recordaban a Marlowe Hapworth ayer. Pero ninguna podía recordar algo notable sobre él, su comportamiento o su actitud. Hubo otros que pensaron que quizás lo habían visto, pero no podían estar seguros. Pero ninguno de ellos podía ofrecer algo de interés acerca de un anciano que aparentemente disfrutaba de la Feria Helada en una brillante y fresca tarde de invierno.

Ellas realmente no se habían puesto de acuerdo acerca de la hora de volverse a encontrar en la carpa del té, pero Clara asumió que Jenny duraría en cubrir la mitad de la feria que le había tocado el mismo tiempo que ella había necesitado en cubrir la suya. Y tan pronto como Jenny lo hiciera se dirigiría de regreso. Ahora la carpa estaba repleta de gente y Clara tuvo que esperar a que quedara libre una mesa.

Clara estaba decidiendo si quería algo de comer junto con su taza de té cuando alguien se aclaró la garganta educadamente a su lado.

— ¿Discúlpeme?

Ella levantó la mirada y vio a un hombre joven, aproximadamente de su misma edad, con su mano descansando sobre el respaldo de una de las sillas.

— ¿Le importaría muchísimo si me siento con usted? Es solo que está muy concurrido en este momento. Él sonrió. — Disculpe, si estaba esperando compañía entonces desde luego buscaré otra mesa.

— No, no, dijo Clara rápidamente. — Por favor, tome asiento. Me voy a encontrar con una amiga, pero puede que ella dure un tiempo todavía. Así que estaré encantada de tener compañía.

— Es usted muy amable. Él se sentó frente a Clara, y sonrió.

Clara no pudo evitar devolverle la sonrisa. El hombre parecía educado y seguro de sí mismo. Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás de su muy apuesto rostro. Mientras él se volvía a hacerle una seña a la mesera, Clara vio que su nariz se torcía ligeramente hacia arriba de forma muy similar a la suya.

— ¿Qué puedo ordenar para usted?, él le pregunta mientras la mesera se acercaba.
— Las tostadas de pan dulce son muy buenas.

Clara encontró que ahora que él lo mencionaba le apetecía bastante una tostada de pan dulce.

— Por favor, sea mi invitada, dijo él mientras la mesera desaparecía de nuevo. — En agradecimiento por compartir tan generosamente su mesa. Disculpe, ni siquiera he preguntado su nombre y aquí estoy comprándole tostadas dulces.

— Clara.

— ¿Cómo está usted, señorita Clara?

Ella se rió. — No, solo Clara.

— Que informal. Entonces, por favor, llámeme Oswald.

— ¿Oswald?

Su sonrisa se desvaneció. — ¿No le gusta mi nombre?

— No, estoy sorprendida, eso es todo.

— No me di cuenta que fuera un nombre sorprendente.

— Oswald también es parte de *mi* nombre. Soy Clara Oswald.

— Parece entonces que tenemos mucho en común, entonces... nuestros nombres y el gusto por las tostadas de pan dulce.

Oswald era una compañía placentera y era fácil conversar con él. Las tostadas de pan dulce en verdad estuvieron muy buenas, y Clara se encontró riendo y disfrutando de la compañía. Oswald resultó ser el tutor de muchos niños y estuvo impresionado al descubrir que la propia Clara era maestra, aunque parecía ligeramente confundido respecto al porqué no estaba en la escuela ese día. Ella se las arregló para pasar eso por alto y se encontró contando de ella más de lo que había querido hacer. Le contó que ella había viajado ampliamente, pero manteniendo los detalles vagos.

— Su amiga está tardando, dijo Oswald mientras ordenaba otra tetera con té. — Espero que no haya sido retrasada.

— Jenny estará aquí, Clara le aseguró. — Y El Doctor también.

— ¿Doctor? ¿No se encuentra mal, espero?

— No. Es otro amigo.

— Un muy buen amigo, lo imagino por la forma en que lo dice.

— Sí, ella aceptó. Viajamos juntos a, bueno, muchos tipos de lugares. Él se ha vuelto un poco malhumorado últimamente, ella se encontró admitiéndolo. — Se ha puesto, bueno, *más viejo*, supongo.

— Nos sucede a todos.

Era extraño, Clara pensó mientras la nueva tetera con té llegaba, que ella había conocido a este hombre solo por unos pocos minutos pero ya parecían como si fueran buenos amigos. Era como si conociera a Oswald por años. Muchas veces cuando ella dudaba, él parecía saber lo que ella estaba a punto de decir. Parecía sentir lo que ella sentía. Era muy fácil disfrutar de su compañía, ella admitió. Y de hecho él era también muy agradable a la vista, lo que ayudaba por supuesto... Ella sonrió y asintió mientras él ofrecía volver a llenar su taza.

*

Madame Vastra bajó su velo cuando escuchó la puerta del estudio abrirse detrás de ella. Ella se dio vuelta del librero que estaba examinando y se sorprendió de ver al Doctor de pie en el umbral. Ella levantó su velo de nuevo y saludó con la cabeza.

El Doctor ingresó, empujando la puerta que se cerró tras él. — ¿La escena del crimen?, preguntó él.

Vastra le indicó el escritorio de Hapworth. — Fue encontrado desplomado hacia adelante, con el abre cartas en su espalda.

Aún había sangre sobre el escritorio y absorbida por la carpeta de papel secante. Y salpicaduras oscuras alrededor de la silla

— La policía retiró el cuerpo, y aún tienen el abre cartas, Vastra le explicó. — Ellos están, como parece ser el estado natural de la policía, desconcertados.

El Doctor asintió pensativamente. — Estaba hablando con el empleado de Hapworth, Carlisle. Me dijo que la puerta estaba asegurada y que no había otra forma de entrar o salir. ¿Es eso correcto?

— A menos que Carlisle esté mintiendo acerca de la puerta. Pero parece bastante honesto y bastante afectado.

— Trastornado, incluso, agregó El Doctor.

— La ventana asegurada y con las contraventanas cerradas. La cerradura está intacta, sin signos de haber sido forzada.

— ¿Una puerta oculta?, El Doctor sugirió. — Los libreros pueden ocultar muchos pecados.

— No en este caso, por lo que puedo determinar.

— ¿Entonces qué piensa la policía, aparte de estar desconcertada?

— Bajo las circunstancias, han decidido que esto debe ser o un suicidio o un muy extraño accidente. Por lo tanto, ellos están felices que yo investigue.

— Bueno, ahorrales el esfuerzo. ¿Podría ser suicidio?, él preguntó.

— No.

— ¿O un accidente?

— Improbable. Yo vi el cuerpo *in situ*. Estaba apuñalado en medio de la espalda. No pudo haberlo logrado él mismo. Como vos podés ver, no hay en ningún lugar en el respaldo de la silla un lugar donde la hoja pudo haber sido colocada ni por accidente ni con intención del pobre hombre para caer sobre ella empalarse él mismo de tal manera.

Vastra regresó a su examen de los libreros mientras El Doctor daba una mirada al escritorio. Una hoja de papel para carta con marcas de sangre contenía el inicio de una carta... solo el saludo... Madame Vastra.

— Él me estaba escribiendo, explicó ella, mirando hacia donde miraba El Doctor. — En un estado de agitación de acuerdo a Carlisle. Conocía a Hapworth, aunque más en la naturaleza de un conocido que como un amigo. Era un hombre de aprendizaje, su conocimiento probó ser útil en el pasado.

— Jenny dijo que vos lo conocías.

Vastra asintió. — Has visto a Jenny. Eso explica porque has venido aquí. ¿Estuviste vos en la Feria Helada?

— El Carnaval de las Curiosidades. Él recogió un tiquete de cartón contiguo a la carpeta de papel secante. — ¿Y esta es la única pista que has encontrado que podría explicar dónde había estado él o qué lo había preocupado?

— Eso y tres pequeñas aves.

El Doctor frunció el ceño, sus cejas se unieron. — ¿Aves? ¿Qué aves?

— Oh, no son aves de verdad. Vastra se apartó del librero. — Están hechas de papel, doblado en la forma de un ave. Son tres. Muy estilizadas, con mucha habilidad.

— ¿Origami, querés decir?

— ¿Eso dije?

— Papel doblado, en japonés. Aunque pensándolo bien la palabra no será usada mucho por aquí hasta dentro de sesenta años. Él levantó la carpeta de papel secante y miró debajo, entonces movió el estante de madera que contenía el papel y los sobres. — ¿Así que esas son aves de origami?

Vastra caminó y se unió al él. — Eso es extraño, dijo ella bajando su mirada hacia el escritorio. — Ellas estaban justo aquí, contiguo al tiquete del Carnaval. Me pregunto de a dónde habrán ido.

El Doctor se encogió de hombros. — Probablemente no es importante. Él sonrió. — Es bueno verte de nuevo, Vastra. Y no te preocupés por las aves. Deben estar por algún lugar. No pudieron haber salido volando.

CAPÍTULO 5

Aún no había rastro de Jenny cuando Clara y Oswald hubieron terminado su segunda tetera con té. Oswald consultaba un reloj de bolsillo y se disculpaba porque tendría que partir.

— Gracias por permitirme compartir su mesa, dijo él mientras se ponía de pie.

— No hay ningún problema, dijo ella. — Gracias por la compañía. Ella miró a Oswald mientras él recorría el camino hacia la salida, sonriendo educadamente mientras pasaba a las personas y se hacía a un lado para permitir a otros pasar. En verdad él era una compañía muy placentera, pensó ella.

Oswald ya casi alcanzado la salida cuando se detuvo. Otro hombre que acababa de entrar, se aproximaba a Oswald rápidamente. Evidentemente ambos se conocían, y luego de intercambiar unas pocas palabras Oswald se dio vuelta y asintió con la cabeza hacia Clara. Quizás el hombre era su empleado, se veía como un caballero acomodado. Ella esperaba no haber metido a Oswald en problemas al distraerlo por tanto tiempo.

Los dos... Oswald junto con el otro hombre... se dirigían de regreso a través de la carpa hacia Clara. Mientras se aproximaban, ella pudo distinguir algunos detalles de la apariencia del hombre. Quizás era de 40 años, con cabello oscuro en retroceso y una barba corta. Un hombre delgado, vistiendo un abrigo oscuro, y portando un bastón con una empuñadura de plata, el cual él levantó a modo de saludo cuando llegó a la mesa.

— Discúlpeme, Clara, dijo Oswald. — Es que tenía que presentarle a mi jefe, el señor Milton.

— No lo he metido en algún problema, ¿cierto?, Clara preguntó rápidamente.

— Me da tanta gracia, no, Milton respondió. Su voz era ligeramente nasal y sonaba esforzada. — Cuando Oswald me dijo que había estado tomando té con una encantadora señorita, también de nombre Oswald, aunque de apellido, simplemente tenía que presentarme a ella. Orestes Milton, a su servicio, señorita Oswald.

Clara sintió que su cara se sonrojaba ligeramente cuando Milton inclinó su cabeza y extendió su mano. Ella la estrechó con cortesía. — Encantada de conocerlo, señor Milton.

Oswald se excusó de nuevo y se partió de nuevo.

— Él es un buen hombre, Milton dijo, observándolo marcharse.

— Supongo que él es tutor de su hijo, agregó Clara.

— Ah, no. Ahora usted está en un error. Milton quiso mostrar que consultaba su reloj. — Puedo quedarme por un minuto, ¿claro, si permite que me siente por un momento?

— Por favor.

— Gracias, Milton se sentó al otro lado de la pequeña mesa donde estaba Clara. — Soy su jefe, sí, pero solo porque pago por sus servicios. Él enseña a los hijos de la gente pobre y atiende el hospicio local.

— ¿Y usted paga por eso?

— He sido muy afortunado en mi vida, señorita Oswald, Milton le dijo. — Creo que uno debe regresar a la comunidad lo que uno pueda.

La silla junto a Clara fue de repente movida hacia atrás y una figura se dejó caer descuidadamente en ella. — Que filosofía tan encantadora, dijo El Doctor. — ¿Les importa si me les uno? Bueno, lo siento... ¿no alcancé a escuchar su nombre?

— Milton, señor. ¿Y usted es, asumo, el caballero que la señorita Oswald ha estado esperando?

— Probablemente. Él se inclinó sobre la mesa para estrechar su mano. — Soy El Doctor, señor Milton. Es un placer.

— Igualmente. Aunque como le explicaba a la señorita Oswald, un placer demasiado corto ya que me temo que tengo negocios en otra parte.

— Que pena, dijo El Doctor, recostándose y mirando a Milton con interés. — ¿Qué tipo de negocios, si puedo preguntar?

— Soy un industrial, supongo porque quiero un mundo mejor. Somos pioneros en un nuevo proceso en una de mis fábricas y necesito interrogar al jefe de turno.

El Doctor asintió como si eso tuviera el más perfecto sentido para él. — Muy sabio. Encuentro que es bueno poner atención a los detalles de las cosas.

— En efecto, Milton se puso de pie. — Como un hombre de medicina, veo que usted aprecia la importancia del detalle y la exactitud.

— Oh, no soy de ese tipo de doctor...

— ¿Oh? ¿Un médico Honris Causa, supongo? Los labios de Milton temblaron cuando lo dijo, sugiriendo que estaba siendo poco serio.

— Tal vez, dijo El Doctor. — Soy un doctor en muchas cosas de las que he olvidado la mitad de ellas.

— Un hombre de intelecto y aprendizaje, entonces.

— Ciertamente es eso, agregó Clara, sintiendo debía decir al menos algo.

— Pero por el momento estoy investigando, continuó diciendo El Doctor, como si ella no hubiera hablado.

— ¿En serio? ¿De trata la intrigante investigación, si puedo preguntar?

— Asesinato. Intriga. Y aves de origami que desaparecen.

— ¿Qué desaparece? Clara dijo. Eso era nuevo para ella.

Fue Milton quien respondió. — Origami es el antiguo arte japonés de doblar papel.

— Lo sé, dijo Clara. — No es que el vocabulario me sorprenda.

— ¿Habla con fluidez el japonés, señor Milton?, preguntó El Doctor. Él estaba inclinado hacia adelante sobre la mesa, mirando al hombre de pie con la intensidad de un estudio.

Milton sonrió. — Lamentablemente, ni una palabra.

— Que lástima.

— Y una lástima también que deba dejarlos. Milton saludó con la cabeza a Clara y extendió la mano para estrechar la del Doctor. — Ha sido muy estimulante. Pero verlos de nuevo.

El Doctor aguardó hasta que Milton hubo alcanzado la salida de la carpa y entonces se puso de pie. — Es tiempo de que nos marchemos.

— ¿A dónde?

El Doctor la miró como si estuviera loca. — A seguirlo, desde luego. Contáme cómo conociste al filantrópico señor Milton.

— No lo hice, dijo ella mientras se apresuraba a seguirlo. — Compartí mi mesa con un hombre que trabaja para él. O al menos, está financiado por él. ¿Por qué?

— Porque Milton es un hombre fuera del tiempo, por eso.

Ellos alcanzaron la entrada a la carpa y El Doctor miró los alrededores de la Feria Helada hasta que divisó a su presa dirigiéndose en dirección al Carnaval de las Curiosidades. — Ah... allá va. Vamos.

— ¿Qué querés decir con “hombre fuera del tiempo”? ¿El es un viajero como nosotros?

— No necesariamente. Él podría tener solo un sofisticado morfo traductor.

— Lo hace verse y sonar como si él estuviera hablando tu lenguaje así que podés comprenderlo.

— Podríamos hacerlo de todos modos. ¿Debido a la TARDIS?

El Doctor hizo una pausa para dar una mirada fulminante a Clara. — Sí, pero él no sabe eso. Y dudo que si lo ha instalado sea para nuestro beneficio.

Ellos mostraron sus tiquetes en la puerta y se apresuraron a entrar en el carnaval para ver a donde había ido Milton. No había rastro del hombre.

— Ha debido adentrarse más, El Doctor decidió. — Caminando rápidamente, como lo hace un hombre con un propósito y un destino preciso.

— Tal vez hay algo aquí que él está ansioso de ver.

— Algo o a alguien, El Doctor agregó mientras se daban prisa a través del carnaval.

Clara lo divisó primero. — Allá está él, dijo ella apuntando hacia donde Milton acababa de desaparecer detrás de la carpa del Teatro de Sombras. — Así que podés decir todas esas cosas acerca de que él usa un traductor o lo que sea, con solo mirarlo, ¿es así?

— Puedo decir eso con solo *escucharlo*, dijo El Doctor. — Él cayó en mi trampa de origami.

— ¿Y cómo se traduce eso al lenguaje de la Tierra? Supongo que no querés decir que has construido una red o algo así con papel.

— Él usó la palabra “interrogar” [Debrief, en el original.], que significa obtener un reporte luego de un hecho. Lo cual está muy bien pero esa palabra estadounidense no será acuñada hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Podría ser un capricho de nuestro sistema de traducción, así que mencioné origami. Y él no solo lo comprendió, él nos dio una definición. Pero la palabra japonesa no ingresará al idioma inglés hasta, creo, el año 1950.

— Es por eso que vos le preguntaste si él hablaba japonés, Clara se dio cuenta.

— No te puedo mantener ignorante por mucho tiempo.

— Hey, ella dijo, dándose cuenta de algo más. — Tal vez este tipo Milton es el responsable de ese pico de energía que detectamos.

El Doctor se detuvo a medio paso para volverse y mirarla. — ¿Oh, eso pensás?

Clara ignoró su sarcasmo, ella tiró del Doctor sacándolo de la vista. — Él está regresando, ella le advirtió. — Eso fue rápido, Clara agregó mientras Milton pasaba cerca. Él no los notó entre las demás personas. — Supongo que no encontró lo que estaba buscando.

— O tal vez lo hizo, dijo El Doctor.

Ellos esperaron unos pocos segundos para esperar que Milton se adelantara lo suficiente, pero no demasiado para que existiera el riesgo de perderlo de vista. La mujer del espectáculo de sombras, Silueta, apareció brevemente al abrirse la carpa cerrada, poniendo un cartel que indicaba que la siguiente presentación sería dentro de una hora. Ella le sonrió a Clara antes de volver a desaparecer dentro de la carpa.

— Probablemente salió tarde a almorzar, pensó Clara.

— Bien, nos vamos. El Doctor tomó a Clara por el codo y fueron tras Milton. — Parece como si se marchara de nuevo.



Milton ya estaba atravesando rápidamente la Feria Helada dirigiéndose hacia El Terraplén. El Doctor y Clara lo siguieron mientras él se desvió hacia una calle lateral y luego casi inmediatamente hacia otra. Esa calle estaba desierta. Las casas adosadas entre sí se veían oscuras y vacías. Muchas tenían sus ventanas tapiadas. La pintura se estaba desconchando y la piedra se desmoronaba por la negligencia y los efectos combinados del clima y la niebla de Londres.

Ellos retrocedieron dentro de las sombras al otro lado de la calle mientras Milton se detenía en el exterior de una de las casas. Él se dio la vuelta, mirando hacia atrás para asegurarse que no era observado. Entonces caminó hacia la puerta del frente.

— No parece su tipo de lugar, dijo Clara. La casa estaba ruinosa como todas las otras.

— No creo que viva allí, agregó El Doctor. — ¿Así, qué será lo que él mantiene dentro que no quiere que nadie más encuentre?

— ¿Creés que deberíamos averiguarlo?

— ¿Qué me decís?

— Absolutamente, dijo Clara. — Así que, ¿esperamos a que se marche? ¿O lo confrontamos ahora?

— Oh, yo siempre estoy a favor del aproximamiento directo. Vamos.

El Doctor partió a paso ligero hacia la casa, Clara se apresuró a seguirlo. La puerta estaba cerrada y con el cerrojo puesto, pero una rápida aplicación del destornillador sónico pronto se vieron dentro. El estrecho pasillo estaba sin amueblar. El papel tapiz estaba pelado a partir del yeso agrietado y el piso era de tablas desnudas.

Había dos salas de recepción y una muy primitiva cocina en el primer piso. Los dos pisos superiores contaban con un baño y tres dormitorios. Todos estaban vacíos.

— ¿A dónde fue?, siseó Clara.

— No lo sé, dijo El Doctor. — Pero obviamente no hay necesidad de susurrar.

Una puerta negra de la pequeña cocina conducía a un patio. Una puerta de éste abierta daba hacia un estrecho callejón que volvía a conducir a la calle. Ellos regresaron de a la casa y revisaron las habitaciones de nuevo. Pero todas estaban vacías y sin amueblar.

— ¿Qué fue eso?, dijo El Doctor estaban en uno de las habitaciones del frente de la planta baja.

— ¿Qué? Clara se esforzó por escuchar. Allí había algo, un débil sonido como un ligero golpeteo. — ¿Algo afuera en la calle?

El Doctor negó con su cabeza. — Creo que proviene de la siguiente habitación.

— Ya desapareció. Clara se dio cuenta, al seguir al Doctor.

La otra sala de recepción estaba vacía como la primera.

— Quizás vos tenías razón.

— Siempre hay una posibilidad. Eso pasa.

— Tal vez fue algo en el exterior. El Doctor se dirigió hacia la ventana. Los vidrios estaban sucios y un panel estaba roto. Otro panel estaba completamente perdido. — Ah, dijo en voz baja. — Interesante.

Clara se unió a él mirando con dificultad hacia el exterior. — No puedo ver nada.

— Me refería a eso. El Doctor señaló hacia abajo. Había un pedazo de papel en el alféizar de la ventana, doblado en la forma de un ave.

— Más origami. Eso no puede ser coincidencia.

— No, El Doctor estuvo de acuerdo. El levantó la delicada figura y la examinó. — No lleva aquí mucho tiempo. No tiene mucho polvo. Él la regresó de nuevo al alféizar. — Pero no puedo creer que nuestro señor Milton haya venido aquí solo para dejar un ave de papel detrás de él.

— ¿Qué creés que él está haciendo?, Clara dijo. — Algo que necesita energía, ¿cierto? Digo una forma avanzada de energía que pueda generar un pico como el que registramos.

— Lo que sea que esté haciendo, no es bueno. Un hombre está muerto, le dijo El Doctor. — No puedo creer que eso no esté conectado. Especialmente ahora, agregó él, señalando el ave de origami que estaba cerca.

— ¿Pensás que Milton no hace nada bueno?

— Él definitivamente está tramando algo, me gustaría saber de qué se trata antes de que revelemos nuestras credenciales. Cuanto menos sepa de nosotros por el momento, mejor.

— ¿Y ahora qué? Ni siquiera sabemos a dónde ha ido.

Caminaron lentamente a través de la habitación y llegaron a la sala.

— Si trabajamos en lo que le pasó al pobre señor Hapworth entonces iremos por buen camino para averiguar lo que realmente sucede aquí.

— Él estuvo en el carnaval, dijo Clara. — Y lo mismo Milton. ¿Otra conexión?

— Podría ser. Y luego están esas aves... El Doctor hizo dando golpecitos con su dedo contra su barbilla. — Probablemente deberíamos de llevarnos esa con nosotros. Podría arrojar algo con un examen más detallado.

— Tomar un trozo de papel doblado bajo custodia y protección, dijo Clara mientras lo seguía de regreso a la habitación. — Eso es un principio.

— No, aún no lo es, dijo El Doctor desde la ventana.

— ¿Qué querés decir?

— No está aquí.

Clara se colocó a su lado y miró hacia abajo, al polvoriento alféizar de la ventana. Efectivamente el ave de origami había desaparecido.

El Doctor levantó su mano en frente del panel con el vidrio perdido. — Hay una brisa. Podría haber volado.

Clara miró alrededor. — ¿Pero a dónde? No está en el piso. No hay rastro de ella.

— Hay un hoyo entre el umbral y la ventana. Tal vez se escapó por allí.

— Bueno si lo hizo, no la recuperaremos de nuevo. ¿Es importante?

El Doctor consideró unir sus cejas y fruncir el ceño. — No veo cómo podría serlo, en verdad. No por ella misma. Alguien la dejó aquí. Alguien dejó tres más en casa de Hapworth de acuerdo a Vastra. La pregunta es... ¿Quién? ¿Y por qué?

CAPÍTULO 6

El sol del atardecer alumbraba débilmente a través las dispersas nubes. La luz ya se estaba desvaneciendo y en otra hora sería el crepúsculo. La nieve estaba crujendo bajo los pies mientras el día se volvía más frío. El Doctor y Clara salieron por la puerta principal de

esa casa urbana vacía y se dirigieron de nuevo hacia el río. Ninguno de ellos volvió a mirar hacia el otro lado de la calle, de haberlo hecho habrían mirado algo que parecía un gran copo de nieve danzando en el aire, llevado por la brisa.

Una mirada más cercana habría revelado que la pálida forma no era en absoluto un copo de nieve. Era un pequeño trozo de papel, doblado en la forma de un ave. Sus pequeñas alas angulares se batían rítmicamente mientras revoloteaba por su camino. No era ninguna azarosa y caótica ruta a través del aire. Giró en una esquina de la calle y se dirigió a lo largo de la siguiente calle, danzando y temblando a través de la tarde.

En una esquina de la calle, un hombre y una mujer miraron como se aproximaba la estilizada ave. El hombre vestía un abrigo oscuro y llevaba un bastón de ébano con empuñadura de plata. La mujer estaba vistiendo una larga capa escarlata. La capucha estaba sobre su cabeza, pero el pálido sol iluminaba sus delicadas facciones mientras ella levantaba la mirada hacia el ave. A medida que se acercaba, le tendió el brazo, el material escarlata colgaba de él como una brillante catarata de sangre.

El ave de papel se posó sobre el brazo extendido. Sus alas continuaron batiéndose por unos pocos instantes.

— Bienvenida, mi pequeña amiga, murmuró Silueta. — ¿Y qué has venido a contarnos?

Las alas del ave se detuvieron. Por un momento se mantuvo erguida sobre el material rojo. Entonces se desplomó cayendo de lado. Inerte. Solo era un pedazo de papel.

— ¿Puedo? Milton preguntó tendiéndole su mano.

Con su otra mano Silueta levantó el ave. Lentamente desdobló las alas y luego el cuerpo, alisando la criatura hasta convertirla en una sencilla hoja de papel, la cual miró y luego entregó a Milton con una sonrisa.

En una cara del papel, el lado que había sido doblado fuera de la vista, estaba cubierto con una escritura a mano. Limpia, femenina, pero regular.

ELLA DIJO: MÁS ORIGAMI. ESO NO PUEDE SER COINCIDENCIA.

ÉL DIJO: NO. NO LLEVA AQUÍ MUCHO TIEMPO. NO TIENE MUCHO POLVO. PERO NO PUEDO CREER QUE NUESTRO SEÑOR MILTON HAYA VENIDO AQUÍ SOLO PARA DEJAR UN AVE DE PAPEL DETRÁS DE ÉL.

ELLA DIJO: ¿QUÉ CREÉS QUE ÉL ESTÁ HACIENDO? ALGO QUE NECESITA ENERGÍA, ¿CIERTO? DIGO UNA FORMA AVANZADA DE ENERGÍA QUE PUEDA GENERAR UN PICO COMO EL QUE REGISTRAMOS

ÉL DIJO: LO QUE SEA QUE ESTÉ HACIENDO, NO ES BUENO. UN HOMBRE ESTÁ MUERTO. NO PUEDO CREER QUE ESO NO ESTÉ CONECTADO. ESPECIALMENTE AHORA.

ELLA DIJO: *¿PENSÁS QUE MILTON NO HACE NADA BUENO?*

ÉL DIJO: *ÉL DEFINITIVAMENTE ESTÁ TRAMANDO ALGO, ME GUSTARÍA SABER DE QUÉ SE TRATA ANTES DE QUE REVELEMOS NUESTRAS CREDENCIALES. CUANTO MENOS SEPA DE NOSOTROS POR EL MOMENTO, MEJOR.*

ELLA DIJO: *¿Y AHORA QUÉ? NI SIQUIERA SABEMOS A DÓNDE HA IDO.*

Milton asintió y mientras leía el texto. — Bien hecho, Silueta.

— ¿Iluminador?

— Muy iluminador.

— Te dije que había algo extraño respecto a esos dos. Extraño y peligroso.

— Tus instintos como siempre fue correctos. Afinidad tiene ansiedades similares.

Bien, ahora lo sabemos. El bajó su mirada hacia el papel en su mano. — Este Doctor no es más caballero victoriano de lo que soy yo. De repente hizo una bola con el papel y lo lanzó lejos. — Debemos tratar con él y sus amigos.

— ¿Pero qué los trajo al carnaval?, se preguntó Silueta.

— “Un hombre muerto,” fue lo que dijo El Doctor. — Ese debe ser Hapworth.

— ¿Saben ellos lo que él vio?

— No, o ellos no investigarían en el carnaval. No tendrían necesidad. Ya sabrían acerca de vos.

— Entonces ellos avanzan dando tropezones en la oscuridad, le dijo Silueta.

— El peligro es que ellos podrían tropezar con algo importante. Quiero ocuparme de ellos, Silueta. Hablá con Afinidad. Arreglaló. De prisa.

Ellos caminaron lentamente a lo largo de la calle. En el pavimento detrás de ellos, una bola de papel arrugado yacía en la nieve. Ésta tembló, quizás por la brisa, absorbiendo la humedad lentamente. La tinta oscura goteó y se esparció, manchando la blanca nieve. Como la sangre de una herida.



La luz se estaba desvaneciendo rápidamente. Clara podía ver las lámparas de gas encenderse a lo largo del Terraplén. La pálida luminiscencia se extendía lentamente proyectando un resplandor tan lejos como hasta la Feria Helada. Aquí las luces empezaban

a encenderse también, reflejándose en la nieve del suelo y en el hielo del río dándole a toda el área una condición misteriosa e irreal.

— Creo que tienen lampareros que van encendiendo las luces, dijo ella.

— Ya no más, le dijo El Doctor. — En los primeros días de las lámparas de gas así era como funcionaban pero ahora casi todas están automáticamente controladas. Ellos son muy inteligentes, los Victorianos. Inventan todo tipo de cosas, incluyendo el vuelo a motor.

— No, dijo Clara. Ella conocía de eso. — Esos fueron los hermanos Wright. El primer vuelo propulsado fue en Kittyhawk, Estados Unidos.

— Ellos tuvieron buenos publicistas, respondió El Doctor. — Todos recuerdan a los hermanos Wright. Pero ese fue del primer vuelo a motor en *exteriores*.

— ¿Exteriores?

— Los Victorianos tuvieron un vuelo a motor mucho antes que ese, pero en interiores. Dentro de grandes bodegas. Fue una especie de atracción. Una diversión. Pero no lo consideraron como algo especialmente útil.

— ¿Así que ellos dejaron a los hermanos Wright tomar el crédito?

— No es el estilo británico vanagloriarse o robar la fama de otras personas. Ellos inventaron la computadora durante la Segunda Guerra Mundial y no molestaron en decírselo a nadie por décadas. Te apuesto que los chicos en tu clase son muy felices en dejar que alguien tome el crédito cuando ellos hacen algo bien. De la misma forma siempre estoy muy feliz de que vos tomés el crédito por nuestros logros.

Ella podía ver por la forma en que torcía la boca que él estaba bromeando y le dio un ligero golpe en el hombro. — Debemos encontrar a Jenny. Si aún está aquí.

— Lo está. El Doctor apuntó hacia la delgada y joven mujer de pelo negro que caminaba hacia ellos.



Mientras la tarde se transformaba en noche y la temperatura descendía, Jenny sugirió que todos regresaran a Paternoster Row para cenar y beneficiarse un cálido fuego. Clara estuvo más que feliz de aceptar. El frío estaba atravesando las suelas de sus botas y no estaba muy segura de que ella de que tuviera mucha sensación en las puntas de sus dedos.

Strax apareció brevemente en la cena y les contó orgullosamente que sus investigaciones estaban en marcha y que pronto esperaba eliminar algunos sospechosos.

Por “eliminar” Clara no pensó que él se refiriera a exonerarlos de toda sospecha. La mayor parte de la noche ella y El Doctor se sentaron junto con Vastra y Jenny en la sala de dibujo, charlando sobre el té y más tarde sobre el vino.

Inevitablemente su discusión regreso a la muerte de Marlowe Hapworth y las investigaciones de ese día.

— Él definitivamente estuvo en el carnaval, dijo Jenny. — Encontré muchas personas que jurarían que lo vieron. Y estaba especialmente interesado, de acuerdo a un sujeto con el que hablé, en el espectáculo del teatro de sombras. Regrese después a buscar a las personas que lo ejecutaban.

— Silueta, dijo El Doctor. — Hable con ella también. Fue un espectáculo muy impresionante.

— ¿Pensás que Hapworth pudo haber visto algo que no debía?, preguntó Vastra.

— Tras el escenario del espectáculo de sombras, agregó Clara.

— Yo creo que vio o escuchó algo, agregó El Doctor. — No necesariamente lo hizo en el Teatro de Sombras. Tal vez fue atrás de la carpa y encontró a alguien más allí o escuchó a alguien a través de la carpa. O... Él hizo una pausa, mirando al fuego.

— ¿Qué hay acerca de la escena del crimen?, preguntó Clara. — ¿Alguna buena pista allí?

— Lástima, pero no, admitió Vastra.

— ¿Qué hay respecto a la conexión del origami?

— ¿La qué?, preguntó Jenny.

Clara les dio un breve recuento de cómo ellos habían seguido a Milton hasta la casa vacía, y el ave de origami que habían hallado en el alféizar.

— Una conexión, El Doctor dijo. — Posiblemente una significativa. Pero aún no veo como todo esto encaja junto. Él se puso de pie de un salto, — ¡Sé lo que necesitamos!

— ¿Qué?, preguntó Clara.

— Una buena noche de sueño. Seguida de un buen desayuno. Y otro día de investigación.

— ¿Pero investigar qué?, dijo Vastra. — Hay poco que aprender ya sea del estudio de Hapworth o de su sirviente.

— El Carnaval de las Curiosidades parece ser el punto focal, El Doctor dijo. — Todo el mundo va allí... Hapworth, Milton... ¿Pero por qué? ¿Quién o a qué están viendo allí?

— ¿Piensa que vale la pena regresar?, preguntó Jenny.

— Lo creo. El Doctor estaba caminando de un lado hacia el otro, pellizcando con sus dedos el puente de su nariz mientras lo consideraba. — Creo que tendremos otra charla con la señorita Silueta.

— ¿Te gusta ella?, preguntó Clara.

— ¿Es muy bella?, preguntó Vastra.

— Oh, sí, dijo Clara. — En la escala de uno a diez, ella es doce.

— ¿En serio?, le preguntó Jenny al Doctor.

Él parecía estar inspeccionando las uñas de sus dedos. — ¿Qué? Oh, no sé. No puedo decir que realmente lo notara.

CAPÍTULO 7

Clara se levantó tarde, y encontró que todos los demás ya se habían levantado. Strax había desaparecido en East End para continuar sus propias investigaciones. El Doctor y Vastra estaban hablando sobre el té y los panecillos tostados.

Aparentemente Vastra le había prometido al inspector de policía a cargo de la investigación de Hapworth que le informaría de cualquier progreso. No había nada que informar, desde luego... y probablemente a él no le interesaría de todas formas. Cualquier cosa que sugiriera que la muerte de Hapworth no fue absolutamente un suicidio sino un asesinato imposible en una habitación cerrada muy probablemente se encontraría con una clara falta de entusiasmo. El Doctor, Jenny y Clara, mientras tanto, partieron para la Feria Helada.

El exterior, estaba igual de frío pero al menos por el momento la nieve había dejado de caer. El cielo podría haber estado despejado excepto porque la niebla de Londres envolvía toda la ciudad con una manta gris. El Palacio de Westminster surgió del nebuloso aire mientras ellos lo pasaron, mirándose como algo más que el contorno de un dibujo a lápiz. El sonido sordo del Big Ben resonó dando la media hora.

La Feria Helada estaba muy tranquila, quizás por la niebla, o tal vez porque aún era temprano ese día.

— Voy a ver si logro sacarle algo a nuestra amiga Silueta, dijo El Doctor mientras se dirigían al Carnaval de las Curiosidades. — Averigüen si alguien más sabe algo acerca del misterioso señor Milton.

— ¿Por qué no vamos con vos?, preguntó Clara.

— Creo que ella será más comunicativa si voy solo yo. Solo háganse a un lado.

— ¿Comunicativa acerca de qué?, preguntó Jenny.

El Doctor se encogió de hombros. — Lo que sea. En lo que Hapworth estaba interesado. Lo que pudo haber visto.

— Temés que vayamos a limitar tu estilo, le dijo Clara.

— Ustedes no limitaran mi estilo.

— Solo porque vos no tenés ninguno. Viendo su rostro sombrío, ella rápidamente agregó, — Es una broma. Solo bromeaba. En verdad. Ja, ja. Honestamente, creo que tenés un estilo muy elegante.

Su expresión se iluminó ligeramente. — Me parece que la dama protesta demasiado, él murmuró. — Las veré después. Y para tu información, mi estilo... mi muy elegante estilo... es incomparable. Luego él dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada principal blandiendo un brillante penique. Momentos después El Doctor fue tragado por el espeso aire gris.

— Espero que él no vaya a pagar con un penique que tenga la fecha del próximo año, dijo Clara. — Otra vez.

— Esto va a ser justo como lo fue ayer, dijo Jenny. — Las mismas preguntas, diferente descripción. — ¿Cómo es que ese tipo Milton se ve?

Clara lo describió lo mejor que pudo. — Bueno, es casi de edad media. Delgado, no muy alto. Tiene cabello oscuro muy corto y se le está cayendo. No hay señales de canas aún, creo.

— Probablemente se lo tiñe, dijo Jenny.

— Bien podría ser. Me pareció bastante vano. Tiene barba también. Como de perilla pero corta, vos sabes... cerca de la barbilla. Él viste abrigo oscuro. Oh, y lleva un bastón negro con empuñadura de plata.

— Un correcto caballero, ¿cierto?

— Algo apropiado, dijo Clara. — ¿Hoy querés que andemos juntas o nos separamos de nuevo?

— Probablemente lo mejor sea separarnos. Pero no por mucho tiempo. ¿Nos encontraremos en la carpa del té de nuevo cuando hayamos recorrido la Feria Helada?

— Suena como un plan. Voy a necesitar una bebida caliente dentro de poco. Entonces podremos dirigirnos al carnaval y ver cómo va la charla del Doctor con la dama de las marionetas sombreadas.

*

La niebla empezaba a adelgazar mientras la mañana avanzaba. Incluso así, Clara apenas podía ver de una carpa a la siguiente en la feria. Ella se volvió para preguntar a una mujer poco servicial que vendía bufandas y chales tejidos acerca de Milton. Un hombre que se aproximaba a Clara salió de la niebla. Su rostro brilló mientras ella trataba de enfocararlo, gradualmente se materializó fuera de la gris nube y vio que era Oswald, el joven tutor.

— ¡Clara!, él parecía encantado de vera. — No tenía idea de que usted estaría aquí hoy.

— Ni yo la tenía, le dijo ella. — Pero usted es justo la persona que quería ver.

— ¿Lo soy?

Ella entrelazó su brazo con el de él y lo condujo a través de la feria. — Su jefe, el señor Milton.

— Usted lo conoció ayer.

— Y muy encantador que era, también. Pero cuénteme más de él.

— ¿Acerca del señor Milton?

— Oh, no se preocupe, él no es un rival para mis afectos o algo como eso.

— Oh, Oswald consideró eso. — Bueno.

— ¿Bien?

— Él es un hombre rico. Dona a los pobres, o eso creo. De todos modos, dona a través de un fidecomiso. Qué más puedo decirle. ¿Por qué está interesada?

Clara ignoró la pregunta. — Entonces, ¿de dónde obtuvo su dinero? ¿Es de familia rica?

— No, él lo hizo en la industria, creo. Fabrica alguna cosa. No estoy verdaderamente seguro de qué sea. En realidad no lo conozco tan bien, me temo.

— Todo está bien. No es su culpa.

— No era consciente que el desconocimiento fuera culpa de alguien.

— No, Clara agregó. — Probablemente no.

— Su fábrica principal está en avenida Alberneath, yo sé eso. Verá, tuve que verlo allí para la entrevista por el puesto de tutor.

— ¿Así que usted vio lo que él hace allí?

— Vi un montón de máquinas. Aceitosas y ruidosas, pero más que eso no podría decir.

Clara lo consideró. — ¿Dónde está la avenida Alberneath?

— En verdad, no lejos de aquí. Hacia la salida de East End, pero no tomará mucho tiempo en un taxi.

— Grandioso, ella decidió. — Será mejor que me lleve allí.

— ¿Qué? Él se detuvo y se volteó para mirar hacia abajo el rostro de Clara.

— ¿Ahora?

Ella le ofreció su mejor sonrisa. — ¿A menos que tenga algo mejor que hacer?

— Como tal, nada mejor. Pero se supone que debo dar una lección dentro de unos pocos minutos. Estaba tomando un atajo a través de la feria. Supongo que podría pedir que la pospusiéramos, dijo él.

— ¿Eso le sería permitido?

— Para ser honesto, no lo sé. No es algo que haya pedido antes. Mire, Oswald sugirió, — Porque no la pongo en un taxi a la avenida Alberneath y luego yo la seguiré tan pronto pueda. Si puedo posponer la lección del todo muy bien. Si no, bueno, el señor Milton probablemente esté allí y pueda responder cualquier pregunta que usted tenga. Entonces, podría verla tan pronto como mi lección termine, dentro de poco más de una hora. ¿Cómo le suena eso?

Clara lo pensó. ¿Debería ir sola? Pero encontrar a Jenny entre la niebla no sería fácil, y solo Dios sabía a dónde había ido El Doctor. Y si él aún estaba con Silueta no consideraría muy gentil ser interrumpido.

Oswald sacó un reloj de bolsillo del bolsillo su chaleco y comprobó la hora. — En verdad debo irme, me temo, dijo él, pasando su mano sobre su cabello negro.

— Entonces vamos a buscar un taxi por el camino, Clara decidió. — Y vea si puede obtener una suspensión de la lección.

*

La neblina seguía adelgazando mientras Jenny recorría la Feria Helada. Muchos de vendedores ambulantes y ayudantes de las carpas la recordaban del día anterior.

— Aún no puede encontrar al hombre, ¿eh?, observó con una risa el vendedor de castañas. — Puedo ayudarla si usted quiere, ¿sabe a lo que me refiero?

— Sé exactamente a qué se refiere, y no estoy interesada, le dijo ella. — ¿Ha visto a ese tipo Milton, o qué?

— No puedo recordar que haya visto a una persona como esa. Quizás podría recordarla. Suena como un rico caballero.

Otros con los que Jenny había hablado ni siquiera parecían recordarla haciendo preguntas similares el día anterior... lo cual sugería que ellos no iban a ser de mucha ayuda en cuanto a recordar algún detalle acerca de Milton. Pero ella perseveró, reuniendo de vez en cuando algún fragmento de información. Él pudo haber pasado por allí, pudo haber realizado una compra por allá, pudo haber estado hablando con un hombre... o quizás era una mujer, justo por allí. Posiblemente...

Ella miró cuidadosamente en la niebla mientras dejaba el puesto de cuerda de dulce tras de sí. Una ráfaga de viento limpió el aire por un momento. ¿Era esa Clara, la que salía de la Feria Helada y se dirigía hacia El Terraplén? Frunciendo el ceño, Jenny partió tras ella. La niebla se cerró de nuevo y no pudo ver a Clara... si esa era Clara.

Mientras Jenny se acercaba al límite de la Feria, una figura apareció de pronto entre el espeso aire y chocó con ella, enviándola sorpresivamente hacia atrás.

— Oh, mi Dios. Estoy terriblemente apenado.

El hombre que la había empujado atrapó el brazo de Jenny para estabilizarla.

— Estoy muy bien, ella le aseguró.

— No puedo ver nada en esta condición, dijo el hombre sonriendo.

Jenny le devolvió la sonrisa. Al menos era educado, incluso si no miraba por donde iba. Pensó que él tenía razón, probablemente esto no era su culpa. El hombre joven estaba vistiendo un traje sencillo con un sombrero igualmente sencillo. Cabello rubio que asomaba desde atrás de un modo ligeramente rebelde. Se miraba casi de la misma edad que Jenny, de contextura delgada, con pómulos altos y cejas pronunciadas. En verdad, muy atractivo, ella pensó.

— Lo lamento, dijo él. — Ahora la estoy retrasando.

— Oh, está bien. Ella no podía ver señales de Clara ahora. Probablemente no había sido Clara. — No voy a ningún lugar, en verdad. Solo vagaba.

— Bueno, ¿Tal vez desearía vagar conmigo? Sin que eso suene demasiado a una imposición, agregó él rápidamente. — Además, mi nombre es Stone, a propósito. Él levantó su sombrero lentamente, permitiendo que más de su cabello rubio escapara antes de recogerlo de nuevo bajo su sombrero. — Jim Stone. Mis amigos me llaman Jimmy.

Jenny se presentó ella misma, y Jimmy se rió. — Mi hermana se llama Jenny, que coincidencia.

Jimmy también estaba al servicio de alguien. Sucede que estaba caminando a través de la Feria Helada. Él trabajaba en la cocina de “una lujosa casa en las afueras de Mayfair”, le dijo. — Esta es mi tarde libre y logré salir temprano para dar una mirada a la feria antes de encontrar algo de comer.

— Que pena que no pueda ver mucho este día, Jenny le dijo.

*

El sargento de policía que le había prometido a Strax mantenerlo al tanto de la investigación cumplió su palabra.

— Hallamos otro anoche, él le explicó mientras ambos se sentaban en una tranquila esquina en una de las tabernas locales. — Era justo como los otros. Nada más que una cáscara seca.

— ¿Y dónde fue encontrada la víctima?, Strax pidió saber. — Necesitaré las coordenadas exactas para calcular el punto galáctico cero.

— No sé sobre eso, le dijo el sargento. — Pero la pobre mujer se halló en la calle Little Haber.

— ¿Esta calle Little Haber tiene significado estratégico?

El sargento frunció el ceño. — Justo al lado de la avenida Alberneath, si eso le sirve de algo.

Strax lo consideró. — Podría ser. El cuerpo de Bellamy también fue encontrado en un callejón que se conecta con la avenida Alberneath. Gracias por la información, primitivo. Ha sido muy útil.

— Entonces, ¿tiene alguna idea de quién o qué mató a esas personas, señor Strax?, el sargento preguntó mientras Strax se ponía de pie.

— No, le dijo Strax. — Pero tengo un camarada quien me dijo una vez que uno ha eliminado lo imposible, lo que resta, por improbable que parezca, también debe ser eliminado. Buenos días. **[Nota del traductor:** la frase correcta, de Sherlock Holmes dice así: Una vez que lo posible ha sido eliminado, lo imposible, por improbable que parezca, debe ser considerado.]

CAPÍTULO 8

A pesar de las garantías de Oswald, de que la avenida Alberneath no estaba lejos, el viaje pareció durar mucho. Sentada en la pequeña cabriolé, la mayor parte de la vista del viaje de Clara consistió en la parte trasera del caballo y la niebla sobre él. Se sentía incómoda, sin nada para detenerse ante los continuos lanzamientos hacia adelante y hacia afuera cuando el caballo se detenía de repente. El cochero estaba arriba y detrás de ella, completamente fuera de su vista. Ella sabía que estaba allí desde que se acordó el viaje y por las ocasionales palabras de aliento dirigidas a su caballo.

Mientras el coche resonaba sobre los adoquines y se sacudía por las calles laterales, Clara pensó, que la suspensión podría funcionar también un poco mejor. Ella pensó que conocía el centro de Londres muy bien, pero con la vista restringida y la ausencia de la mayoría de los edificios prominentes tuvo que reconocer que ciertamente muchos de los puntos de referencia aún no habían sido construidos, por lo que pronto estuvo desubicada.

El taxi finalmente llegó a detenerse con un prolongado “Sooo” de parte del cochero. Oswald había insistido en pagar al hombre por adelantado. Clara tenía algo del dinero que le había dado El Doctor, pero estaba encantada de haberse ahorrado la preocupación pagar con dinero desconocido en esta época.

— Avenida Alberneath, dijo el cochero, tocando su sombrero mientras Clara descendía.

Ellos estaban al final de una larga calle. No había necesidad de preguntar dónde estaba la fábrica de Milton. Incluso entre la niebla, Clara podía ver que mientras a un lado de la calle había casas adosadas entre sí, solo había un edificio en el otro lado. Éste era

enorme, monolítico, una implacable fachada de ladrillos. Donde las ventanas se veían blancas y opacas.

— ¿Dónde es el mejor lugar para encontrar otro taxi?, ella preguntó solo en caso de que Oswald fallara en reunirse con ella.

— Mejor inténtelo por allá, el taxista apuntó hacia el camino por el que habían llegado. — Gire a la izquierda hacia hasta el final eso la llevará hasta la calle Motherton. Usted podrá tomar otro taxi allí.

— Gracias.

— No vaya por allí, el taxista advirtió apuntando más allá de la fábrica. — No encontrará nada bueno allí, señorita. Tenga en cuenta por dónde va.

Como si enfatizara el punto, el conductor viró su carruaje en el camino y se regresó por donde había venido. Clara pudo escuchar las ruedas rodar sobre los adoquines mucho después de que el carruaje hubiera sido tragado por la niebla.

Clara había pensado... tanto como se podía pensar en ello... que allí debería de haber algún lugar donde esperar a Oswald. Una banca quizás. Incluso un pequeño salón de té o cafetería. Pero allí no había nada. Solo la monótona fábrica, las casa opuestas... las cuales todas parecían estar vacías y a punto de derrumbarse ahora que ella las miraba más de cerca... y nada más. Nada, excepto la niebla.

Ella descendió lentamente por la calle. No había señales de nadie más. También, sorprendentemente, ningún sonido provenía de la fábrica. ¿Seguramente debería ser capaz de oír el equipo, la maquinaria y a la gente? ¿O era un edificio tan sólido que ningún sonido escapaba? Ahí habían ventanas... arriba en las paredes, y oscuras. A menos que estuvieran cerradas, no había ninguna luz en el interior. Es más... ¿estaba ella en el lugar correcto?, Clara se preguntó. El taxista había parecido bastante amable y servicial, y tenía que conocer los alrededores de Londres.

Clara se dirigió de regreso a donde el taxi la había dejado al final de la calle. Efectivamente había un rótulo pegado al final de la fábrica: "Avenida Alberneath," decía el descolorido letrero. Ese era el lugar correcto. Pero no había señales de vida ni de ningún tipo en la fábrica tampoco. La entrada debía de ser en otra calle. Tal vez por eso estaba tan silencioso... esta parte de la fábrica simplemente no estaba en uso.

En cuyo caso, tenía sentido caminar alrededor del edificio y ver qué podía ella encontrar... gente, actividad, un modo de entrar... Para otra parte de la mente de Clara tenía sentido, se dijo, mientras se dirigía hacia un estrecho callejón lateral, aguardar a Oswald.

Pero podrían pasar siglos. Ella no sabía cuánto tiempo le tomaría a él excusarse de sus deberes de tutor. O si él no podía, ¿entonces dentro de cuánto tiempo estaría allí? Lo mejor sería revisar el lugar y hallar una forma de entrar.

El callejón estaba oscuro y claustrofóbico, la niebla hacía parecer que las paredes a ambos lados se cerraban opresivamente y que era incluso más estrecho. Clara se dio prisa en atravesarlo, sus tacones resonaban en los adoquines. Un oscuro cuadro en la pared reveló ser una entrada. Las pesadas puertas de madera situadas en la pared debían de conducir al interior. Clara lo intentó, pero apenas si se movieron... bloqueadas o aseguradas firmemente. Frustrada, ella les propinó una patada y prosiguió.

Quizás todo el lugar estaba cerrado. Ella no sabía desde hace cuánto tiempo. Oswald había estado allí. Tal vez Milton había cerrado el lugar desde entonces. Incluso si fuera así, pensó ella, dentro habría alguna pista. Algo que le dijera quién realmente era él y qué estaba tramando.

Otro nicho con puertas de madera... también cerradas. Era tan fácil continuar como regresar. El callejón viraba abruptamente... la pared del gran edificio aún continuaba. Pronto Clara llegó a otro grupo de puertas. Pero estas eran diferentes... más grandes y a ras de la pared. Eso era lo más cerca que ella había estado de hallar la entrada principal. Había allí un rótulo sobre la puerta. Pero estaba tan descolorido que no podía leerse.

Las puertas, predeciblemente, se rehusaron a moverse cuando Clara empujó y tiró de ellas. Pero había una pequeña puerta colocada dentro de una de las grandes. No esperando ningún resultado alentador, ella tiró de la manija. La puerta rechinó al moverse.

Ella caminó dentro. La fábrica era un almacén. Un gran espacio vacío. La niebla se había deslizado al interior, arremolinándose a través grietas de las polvorientas ventanas, donde la luz luchaba por entrar. Levantando la mirada, Clara pudo ver las vigas superiores. La pared del fondo, toda inundada por las sombras y el aire brumoso, debía estar sobre la avenida Alberneath. Había caminado por el lado exterior de ésta, no le extrañaba no haber escuchado nada.

Incluso mientras contemplaba el silencio, hubo una repentina agitación, un batir de alas sobre ella. Un ave, probablemente atrapada dentro. Ella caminó lentamente a través de sólido piso. Allí había restos de puntos para fijar y hoyos donde la maquinaria había estado. Probablemente no hacía mucho tiempo, pensó Clara. Había un olor a aceite, al igual que a polvo y a humedad. Los restos de abrazaderas de metal brillaban en la penumbra. Si hubieran estado allí desde hacía mucho tiempo seguro que ya se habrían oxidado, como los bordes metálicos de las ventanas.

Además, ella pudo divisar algo más en el suelo. Parecía como nieve, pero ella no podía ver por dónde habría entrado. Una mancha blanca dispersa. Cuando se acercó se apreció que tenía pequeñas formas, como el confeti. Ella se agachó al llegar a la primera y la levantó. Un pedazo de papel, doblado con la forma de una pequeña ave...

Detrás de ella la puerta se azotó, y Clara se volvió abruptamente hacia el ruido. ¿El viento? Ella no había sentido ninguna briza. Con un aumento de la ansiedad, ella regresó corriendo a la puerta. Pero no había llave. No había cerradura. Lo que allí había, vio, era un pequeño teclado de plástico fijado en la pared más cercana. El tipo de cerradura de seguridad que ella habría encontrado en su propio tiempo sin ninguna sorpresa. Pero allí, en la década de 1890, estaba total y terriblemente fuera de lugar.

Sus dedos temblaron. Algo tiró de ellos. Ella levantó su mano y vio las alas del ave de papel se estaban moviendo mientras luchaba por liberarse de su agarre. Clara la soltó sorprendida, y la criatura revoloteó lejos, danzando en el aire como una gran polilla.

Detrás, todo el piso cobró vida, Las pálidas figuras de papel se elevaron por los aires. Una masa de pequeñas aves estilizadas de papel doblado. Un enjambre. De pronto se lanzaron hacia ella atravesando la fábrica.

En segundos, Clara fue envuelta. Una tempestad de papel cayó sobre ella. El extremo filoso de un ala cortó a través del dorso de su mano mientras ella trataba de defenderse. Trató de rechazar a las criaturas que la atacaban. Ella corrió, pero ellas la siguieron, girando alrededor de su cabeza, bloqueando su visión. Todo fue cubierto por un torbellino blanco, cortándola y arañándola.

El pie de Clara se topó con un soporte metálico colocado en el piso y ella se estrelló contra el piso. Cayó de cabeza y ella cerró sus ojos, consciente de que se golpearía fuerte contra el piso. Pero el impacto nunca llegó. Clara abrió sus ojos y miró que ella yacía con su cabeza cerca del borde de un agujero... una amplia abertura en el piso. Tan profunda que no podía ver el fondo. Unos pocos pasos más y ella pudo haber caído por el borde a hacia una muerte segura.

Ella luchó por ponerse de pie. Arrebató un ave de papel del aire. La destrozó incluso mientras ésta luchaba por escapar. El papel destrozado danzaba en el aire como copos de nieve.

Todo el mundo era blanco. Dirigiéndose hacia Clara, la forzaron a retroceder, hacia el agujero detrás de ella. Ella estaba desbalanceada, no podía ver, su cara y sus manos tenían cortaduras. Ella cayó de rodillas. Tal vez podría arrastrarse fuera de allí.

Pero las aves estaban por todas partes, se arrastraban sobre ella, picando su cara con sus agudos picos de papel. Enredándose en su cabello. Cortando con sus alas sus mejillas. Abriéndose camino a arañazos hacia su boca. Arañando sus ojos.

Ella hizo la única cosa que podía... Clara gritó por ayuda. Gritó y gritó.

Y sabía que allí no había nadie que la escuchara.

CAPÍTULO 9

La carpa del Teatro de Sombras estaba cerrada. Un cartel en las afueras informó al Doctor que la próxima presentación sería esa tarde. Él pudo escabullirse dentro y buscar por allí, probablemente habría alguien. Y de todos modos, no estaba seguro de qué iba a descubrir... lo que en verdad quería, era hablar con Silueta. ¿Recordaría a Hapworth? ¿Habían hablado? ¿Qué lo había intrigado? ¿Y dónde había ido luego del Teatro de Sombras?

El Doctor caminó alrededor de toda la gran carpa. Llamó. Caminó alrededor de la gran carpa de nuevo, pero en dirección opuesta. Entonces fue a dar una rápida caminata por el resto del carnaval mientras decidía el mejor curso de acción.

*

Al otro extremo de la Feria Helada, Jenny aún estaba hablando con Jim. Ella pensó, que realmente debería volver a preguntar sobre Milton. Pero Jimmy era una compañía tan agradable y ellos parecían tener mucho en común, al igual que intereses similares y sentido del humor.

Como si se diera cuenta de lo que ella pensaba, Jim dijo: — Debiera dejarla proseguir su camino. Lo siento, si la he detenido.

— ¿Detenerme?

— ¿No estaba usted partiendo cuando yo llegué?

— Oh, no. Jenny sonrió. — Pensé que había visto a una amiga, eso es todo. Aún tengo algunas cosas que hacer aquí en la feria.

— Estoy sorprendido de que usted pueda ver algo en todo esto, Jim bromeó, aunque de hecho la niebla se estaba despejando un poco. — Pero si usted va a estar por aquí durante un tiempo, quizás la vea después.

— Sí, dijo Jenny. — Tal vez así sea.

Él tocó el ala de su sombrero. — Entonces esperare que así sea. Buenos días. Jenny lo miró desaparecer entre la multitud. Ella debía regresar al trabajo, o Clara estaría preguntándose dónde se había metido ella.

*

Las investigaciones matutinas de Strax consistieron en volver a recorrer los últimos movimientos de las víctimas asesinadas. Él visitó las zonas donde habían sido vistos vivos por última vez, y calculó la mayoría de las rutas directas de esa localización hasta el lugar donde sus cuerpos fueron hallados.

Él visitó la mayoría de las localizaciones y recorrió cada una de las rutas, interrogando a cualquiera que encontrara a lo largo del camino. La mayoría de la gente parecía feliz de decirle que ellos no sabían nada y que no habían visto a nadie, y él solo tuvo que recurrir a las amenazas de tortura y de extremo dolor solo en pocos casos.

La mayor parte de la información que él recolectó era inútil, y que se reducían a una gama de calificaciones que iban desde; “Pero podría estar equivocado,” a “¿O eso fue el martes? Pero algo que reñía con la experiencia del mismo Strax era que muchas de las personas con las que habló habían mencionado una figura vestida de oscuro, a semejanza de un enterrador, por las cercanías donde ocurrió la muerte casi al mismo tiempo en que la víctima debió de expirar.

¿Estaba ese hombre conectado con las muertes?, se preguntaba Strax. Él mismo lo había visto... si en verdad era la misma persona. Pero eso fue un poco después de que Bellamy hubiera muerto y su cuerpo hubiera sido retirado. Tal vez ese era solo un enterrador apareciendo donde su trabajo lo llamaba. Su negocio, después de todo, era con la muerte...

Pero incluso así, con un poco más de ocupaciones esta vez, Strax decidió regresar al lugar donde falleció de Bellamy y donde él se encontró con el enterrador. Él marchó resueltamente a través de la niebla. Su estado de ánimo se ensombrecía mientras él reflexionaba acerca de su falta de progreso. — ¡Tonto debilucho!, él vociferó mientras empujaba a alguien fuera del acera. Un carruaje se desvió hacia un lado para eludir al ancho hombre y que por poco falló un carruaje que venía en el otro sentido. Los caballos relincharon alarmados. Strax continuó caminando, inconsciente de la situación.

El lugar donde Bellamy había sido encontrado estaba casi desierto. El lugar perfecto para un asesinato, reflexionó Strax, aunque el hecho de que fuera tan tranquilo significaba que habría pocos candidatos a la mano.

Strax localizó un estrecho callejón y caminó lentamente por él, examinando el suelo a su paso en busca de cualquier pista, allí había nieve que lentamente se volvía aguanieve gris que parecía niebla sólida.

Él casi había alcanzado el final del callejón cuando escuchó ruido proveniente del interior del gran edificio a un lado del callejón. Muchos sonidos humanos que Strax encontró difícil de interpretar. Pero el sonido del temor... gritos... era uno que reconoció inmediatamente. No estaba en la naturaleza particular de Strax ir a ayudar a aquellos en desgracia. Pero si había una batalla o una lucha en progreso, entonces estaría más que feliz de involucrarse. Por los gritos, sonaba que era una bastante buena. Él se lamió sus delgados y descoloridos labios y buscó un lugar por donde entrar.

Las puertas más cercanas se encontraban en un nicho y cerradas. Pero solo estaban hechas de madera... una construcción muy primitiva. Así que Strax bajó su hombro y corrió hacia ellas. Las puertas se abrieron de golpe y Strax se encontró dentro de una gran área desprovista de paredes o pisos superiores. En el otro lado del gran espacio parecía como si una tormenta de nieve en miniatura estuviera atacando a un pequeño humano.

Mientras se aproximaba, dos cosas fueron claras para Strax. Una era que la nieve en realidad era papel, doblado en formas estilizadas. La segunda era que el pequeño humano parecía ser la amiga del Doctor, Clara.

— ¡Retrocede de inmediato maldita pulpa de madera!, ordenó Strax. Mientras se acercaba más, él vio que había un gran agujero abierto en el suelo. Las criaturas de papel estaban tratando de conducir a Clara hacia él, conjeturó Strax. Así que bajó su cabeza y arremetió hacia el interior de la tempestad de papel, tomando a Clara y arrastrándola hacia campo abierto.

Las criaturas de papel lo siguieron. Más que una distracción, Strax las encontró en verdad muy violentas y persistentes. Él pudo sentir sus pequeños pero dolorosos golpes en el respiradero próbico detrás de su cuello. Si ellas volaban dentro y lo obstruían...

— Strax... ¿sos vos?, dijo Clara.

— Estás herida, le dijo Strax, aunque para ser justos ella probablemente sabía eso. Su carne expuesta estaba aruñada y sangraba de la manera más honorable... ella claramente había presentado una valiente pelea y Strax sintió una súbita oleada de orgullo por ella.

— Tenemos que salir de aquí, le dijo ella.

— ¿Retirarnos? Tal vez no era tan valiente después de todo. — ¡Nunca!

— ¡No podés matar papel!, Clara insistió, mientras agitaba sus manos golpeando con fuerza desesperada a las criaturas que continuaban volando hacia ella.

— ¿Ah, un reto?

— No es un reto. Se llama sentido común.

Strax gruñó, aplastando un ave de papel en su puño. — ¡Nunca oí hablar de eso!

Él marchaba retrocediendo hacia la puerta, tirando de Clara a la vez. Pero el torbellino de papel mantenía el paso con ellos.

— Cuando te lo diga, lanzáte al piso, le dijo Strax a Clara.

— ¿Por qué?

— Así vos no serás eliminada. ¿O menos que estés lista para morir con honor?

— Aún no, admitió Clara. — Así que cuando vos querás...

— ¡Abajo!, rugió Strax.

Clara se lanzó como una piedra, aterrizando pesada y dolorosamente en el piso sólido. Nada sucedió. Ella levantó la mirada y vio a Strax mirándola hacia abajo. Sus rasgos se oscurecían por el constante ataque de las aves de papel.

— Bien, dijo él. — Eso era una prueba. La próxima vez hacelo en serio.

Clara se puso de pie, arrebatando un papel que volaba en su cara y se enredó en su cabello. — Que felicidad.

— ¡Abajo!, gritó de nuevo Strax. Y de nuevo, ella se lanzó.

Esta vez, Strax se lanzó a su lado. Por un momento la masa de papel que se arremolinaba encima de ellos estuvo confusa y desorientada, por la pérdida de su presa. Momento en el cual, Strax lanzó algo pequeño, redondo y metálico que cayó humeando al suelo. El aire de pronto hervía de chispas y fuego. Muchas de las aves se alejaron revoloteando, el fuego se extendió a través de sus alas y sus cuerpos hasta que colapsaron en el suelo, ennegrecidas y chamuscadas.

— Una cápsula incendiaria, explicó Strax, poniendo a Clara de pie. — ¿Todo bien, chica?



Clara se sentó en los restos de un cajón de madera en una esquina de la fábrica. Strax había extraído un botiquín de campo de primeros auxilios, el cual incluía algunas toallitas antisépticas. Aunque lo picaron, Strax le aseguró a ella que las toallitas acelerarían su proceso de curación a la vez que esterilizarían los arañazos y las cortaduras.

— ¿Tiene alguna otra cosa útil allí?, preguntó Clara.

— Uniformes de campo, miembros de reemplazo auto ensamblables y munición extra, desde luego. Raciones de emergencia. E incluso tengo algo de agua deshidratada, agregó él orgullosamente.

— ¿Y cómo funciona eso?

— Solo agregás agua y... Strax frunció el ceño. — Hmm, dijo él. — Quizás esto no sea tan útil como pensé.

— Gracias, Strax.

— Por el agua.

— Por estar aquí y salvar mi vida. ¿Qué eran esas cosas? Parecían aves de origami cuando las encontramos.

— Drones, decidió Strax. — Programados para seguir un conjunto de instrucciones simples y desprovisto de cualquier armamento incorporado. Primitivo pero efectivo.

Clara sonrió. Eso dolió. — Así que, ¿por qué estabas vos por aquí? ¿Estabas buscándome? ¿Me seguías?

— Estaba ocupado en una investigación y en un reconocimiento. Una misión para la obtención de información. Esta es el área donde Bellamy murió.

— Correcto, dijo Clara lentamente. — Ah, ¿y era él el hombre que fue asesinado? Jenny dijo que vos estabas investigando la muerte de un amigo.

— Han habido muchas muertes, le dijo Strax. — Inexplicables pero similares. ¿Pero qué te trajo aquí?

— Oh, estaba siguiendo a alguien desde la Feria Helada. El sujeto se llama Milton... ¿lo conocés?

Strax negó con su cabeza, la mayor parte de su torso giró con ella. — ¿Un objetivo para vigilancia?

— Sí, y él es el dueño de este lugar, aparentemente. No es que él esté haciendo mucho con este lugar.

— Aparte de colocar trampas. Eso fue una emboscada.

— ¿Vos pensás que él sabría que yo vendría?

Strax lo consideró. — Podría ser un mecanismo de defensa. No dirigido hacia un individuo, sino un simple aparato disuasivo. Esa FERIA Helada...

— ¿Qué hay con ella?

— Bellamy dijo que había visitado dicho lugar. La noche que murió. Él también habló de una Curiosidad Carnívora.

— ¿Carnaval de Curiosidades?

— Eso dije.

— Otra coincidencia, dijo Clara. — Oh, no. Ella se puso de pie. Su cabeza estaba dando vueltas pero estaba sintiéndose un poco mejor. Su cara y sus manos ya escocían menos. — Debemos encontrar al Doctor y decirle lo que ha pasado aquí. Y acerca de tu amigo Bellamy.

— ¿Presentís una conexión?

— Y algo más. Vamos.

La luz polvorienta de las ventanas altas proyectaba sombras reducidas de Clara y Strax a través del piso de la fábrica mientras caminaban de regreso a las puertas que Strax había abierto rompiéndolas.

— También le diremos al Doctor y a Vastra acerca del teclado en las otras puertas.

— De acuerdo, dijo Strax mientras la seguía. — ¿Qué teclado?

Mientras ambos salían de la fábrica, la sombra de Clara vaciló en el umbral. Ésta esperó hasta que ella y Strax se hubieron marchado y luego se movió rápidamente por el camino por donde había venido. Hasta arriba en la pared, a la ventana y luego a través y por un lado del edificio... una silueta oscura contra la pálida luz del exterior del edificio de ladrillos...

La sombra se deslizó junto a un carruaje que aguardaba al final de la avenida Alberneath. Se escabulló a través de la ventana del carruaje. En su interior, Orestes Milton se inclinó hacia adelante, con sus manos entrelazadas sobre la parte superior de la

empuñadura de plata de su bastón y la barbilla apoyada sobre sus manos. Milton observó por un momento a la sombra sentada en el asiento frente a él.

— ¿Está hecho?, él preguntó.

La sombra negó con su cabeza.

Furioso, Milton levantó su bastón y lo golpeó en el asiento, destrozando a la sombra en pequeños fragmentos, que brillaron y se desvanecieron en la nada. Él tomó una respiración profunda, entonces golpeó dos veces su bastón contra el piso del carruaje.

En el asiento del cochero una mujer con una capa escarlata levantó las riendas y animó los caballos a moverse. La capucha de su capa estaba levantada sobre su cabeza, de modo que su cara no era más que sombras.

CAPÍTULO 10

Regresando de su deambulación, El Doctor estaba decepcionado de encontrar la carpa del Teatro de Sombras aún parecía estar desierta y cerrada. El rótulo de afuera aún avisaba que la próxima función sería en la tarde, pero fallaba en dar una hora específica. Si él continuaba esperando a que Silueta regresara, podría estar allí por un buen tiempo.

— Uno pensaría que ella necesitaba hacer algunos ajustes, él dijo sin dirigirse a alguien en particular. — Y seguramente ella tiene que ganarse la vida. Pero tal vez, él pensó mientras miraba a su alrededor para verificar que no fuera observado, el Teatro de Sombras no era la ocupación más importante o más lucrativa de Silueta. En cualquier caso, ella no estaba ahora aquí, y nadie lo observaba.

Así que El Doctor deshizo los nudos que mantenían la puerta de la carpa cerrada, echó hacia atrás la pesada tela y se escabulló dentro.

Estaba sorprendentemente oscuro dentro de la carpa, pero la tela necesitaba ser pesada y gruesa, El Doctor se dio cuenta, para mantener fuera cualquier luz extraña. Cuanto más oscuro estuviera, mejores serían las sombras de las marionetas mostradas contra el fondo iluminado. Él tomó su destornillador sónico del bolsillo de su chaqueta y lo encendió, moviéndose a través de la carpa con ayuda de su brillo.

El lugar parecía ser mucho más grande sin audiencia, sus límites se proyectaban dentro de la oscuridad. Las bancas bajas no contribuían en limitar el espacio. Pero El Doctor estaba más interesado en la zona detrás de la pantalla. Allí había un espacio estrecho entre el reflector que proyectaba el brillo y la pantalla misma. Suficiente para que

los titiriteros estuvieran de pie... tenía que ser más que solo una mujer, razonó El Doctor. En un momento del espectáculo había habido muchas figuras, aves, el sol, las nubes y un dragón. A menos de que ella tuviera algunos brazos extra que mantuviera ocultos bajo su capa. Eso era posible, pero a fin de cuentas, él dudaba que fuera el caso.

Detrás de las luces había una abertura en la pared de la carpa. Más allá había otra zona como una segunda carpa más pequeña anexa a la principal. Era más que eso, El Doctor decidió mientras entraba. Algo de luz se filtraba bajo la tela de las paredes, pero él aún necesitó el brillo del destornillador sónico para ver lo bastante bien.

Las marionetas estaban distribuidas sobre una larga mesa de caballete cubierta con una tela roja. Figuras de cartón recortado. Blanco contra escarlata. Él recordó el pálido rostro de la mujer enmarcado por la capucha escarlata de su capa. El Doctor levantó una de las figuras... un anciano con barba irregular. Hábilmente hecho. Un personaje retratado totalmente por su contorno. Nada de detalles o texturas... solo la forma misma.

El Doctor lo estaba poniendo cuidadosamente con sus amigos cuando un pensamiento se le ocurrió. Lo levantó de nuevo, examinando los bordes de la figura. Curioso... Él se movió a lo largo de la mesa, examinando cada una de las figuras de las marionetas a la vez. Eso no podía estar bien. Esas debían ser solo plantillas, formas de las cuales se cortaron las marionetas reales.

En cuyo caso, ¿dónde estaban las marionetas mismas? Él miró alrededor pero no había muchos lugares donde pudieran estar. Un pequeño armario resultó ser un depósito de cartón blanco, papel y tiza para la mesa de caballete.

Él levantó el borde de la tela y miró bajo la mesa, haciendo brillar el destornillador sónico a todo lo largo, revelando solo tablas de madera fijas al suelo bajo ella. Su ceño se volvió más profundo. No estaba viendo algo obvio. Al menos, desde luego, que no lo estuviera haciendo...

Tal vez ella se había llevado consigo las marionetas. O estaban guardadas en algún otro lugar. Excepto que él había caminado alrededor de la carpa anteriormente y no había ningún otro lugar. Además, no era solo por las marionetas. Debía de haber hilo para colgarlas, y palos para elevar los hilos ya que no había una superficie elevada para que los titiriteros pudieran hacerlo desde allí. Esas formas recortadas no podían ser las verdaderas marionetas porque eran sólidas, sin agujeros para fijar los hilos o cualquier evidencia de que sugiriera que los hilos se fijaban o pegaban a ellas.

La alternativa era demasiado extraña para contemplarla. Porque la alternativa era que en verdad esas eran marionetas, él pensó mientras levantaba otra figura. Que éstas eran animadas de alguna manera que no involucrara el uso de hilos y palos. Que no eran

marionetas del todo, sino criaturas de cartón y papel que de algún modo les podía ser dada vida propia.

Raro e improbable, El Doctor pensó. Tan extraño e improbable como un ave de origami que pudiera volar lejos...

Él dio la media vuelta para marcharse y se paralizó cuando escuchó algo más allá de la carpa principal. El crujir de tablas de madera. Pisadas viniendo por esa dirección. Él podía aguardar, y descaradamente pedir explicaciones... pero, ¿y si no era Silueta? Podía ser alguien más. La precaución sería la mejor opción hasta que supiera más acerca de en qué se estaba metiendo.

— ¿Silueta?, una voz llamó.

Así que, definitivamente no era una mujer. Y no era la voz de un hombre, extrañamente carente de cualquier inflexión. El Doctor levantó la tela de nuevo y se arrastró bajo la mesa, apagando el destornillador sónico y lo regresó a su bolsillo. Desde allí él tenía una buena visión de una muy pequeña parte y que empeoraba por la falta de luz. Pero a través de la penumbra pudo distinguir las piernas de un hombre atravesaba hacia la pequeña carpa. Pantalones oscuros, sin nada particular.

— ¿Silueta?, el hombre preguntó de nuevo. Luego un suspiro de decepción. Sus piernas vacilaron y luego dieron vuelta como un hombre que mira a su alrededor.

El hombre podía ver tan poco como El Doctor... incluso menos... en la penumbra. Así que El Doctor se arriesgó a sacar su cabeza por debajo la mesa.

A menos de que el hombre lo estuviera mirando directamente, éste probablemente no veía nada.

De hecho, el hombre ya se estaba dando vuelta para marcharse. Él extendió la mano y apartó la cortina de tela de la carpa trasera dirigiéndose hacia la carpa principal. Mientras él entraba caminando, él miró hacia atrás.

Con la débil luz que allí había no se podía estar seguro. Pero solo por un momento, mirándolo a través de la penumbra, al Doctor le pareció que el hombre no tenía rostro.

*

La casa donde el carruaje se dirigió era muy diferente a la casa en la cual El Doctor y Clara habían visto entrar a Milton el día anterior. Estaba apartada del camino, protegida por una fila de árboles de las miradas casuales de los viajeros. Silueta dejó a Milton en la puerta

principal antes de llevar el carruaje alrededor de una pequeña cuadra y la parte de atrás de la cochera.

Milton se dejó entrar en la casa. Las luces se encendieron automáticamente tan pronto él estuvo dentro. No había lámparas de gas, sino LEDs altamente luminosas. Milton descartó su traje Victoriano y lo cambió por otro más confortable hecho de materiales sintéticos y moldeado al cuerpo. Entonces él descendió a lo que había sido el salón de dibujo. Éste era ahora su estudio, cubierto con una alfombra pálida y sin diseños. Muchos sofás sencillos estaban organizados alrededor de un holograma central de una fogata de leños.

Un corto tramo de escaleras conducían a un área elevada rodeada por una serie de cables de acero entre postes de acero pulido.

Su escritorio estaba en el centro del área. La pantalla encendida mostraba una selección de diferentes vistas de la casa o los terrenos circundantes. Milton le dedicó solo una mirada antes ir a una mesa adjunta donde un decantador de cristal claro y unos vasos descansaban sobre una bandeja plateada. Él levantó su mirada hacia Silueta quien llegaba, y luego terminó de servirse una bebida. — ¿Puedo ofrecerte una?

— Gracias.

Ella se despojó de la capa roja y la colocó sobre el respaldo de uno de los sofás. Debajo, ella estaba vistiendo un largo vestido ajustado al cuerpo del mismo color. Un gran cristal rojo, ovalado y facetado colgaba de una cadena de plata en forma de V del escote. Éste atrapó las llamas falsas del fuego mientras Silueta se sentaba, recogiendo sus piernas por debajo de ella.

Milton le entregó un vaso con un pálido y viscoso líquido y se sentó en el sofá adjunto. — Bueno, querida, ¿qué hemos aprendido?

Silueta sorbió su bebida. — Ellos son ingeniosos, dijo ella. — Si la mujer escapó...

— Este Doctor me molesta, dijo Milton. — Él proyecta un aire de ignorancia e indiferencia. Pero debajo están las corrientes ocultas de conocimiento y curiosidad.

— ¿Y los otros?, preguntó Silueta. — La otra joven mujer, la así llamada La Gran Detective y el..., ella dudó, buscando la palabra correcta. — ¿Y el caballero que Empatía encontró?

— No estoy seguro, admitió Milton. — Aquí hay ciertamente un potencial que podemos explotar. Lo que Empatía vio era casi de seguro un alienígena de algún tipo. Sin suficiente información para determinar la especie exacta, pero parece que él tiene posibilidades.

Especialmente si él es tan difícil de eliminar como la señorita Clara Oswald. Y en cuanto a los otros... Él lo consideró, sosteniendo su vaso arriba y observando como las llamas holográficas del fuego bailaban reflejadas en su superficie. — Bueno, quizás deberíamos simplemente matarlos a todos.

— ¿Matarlos? Fue el grito ahogado, la sorpresa y la impresión, lo que hizo que Milton colocara su vaso en una pequeña mesa al lado del sofá y se inclinara a través de él para mirar a Silueta.

— ¿Qué te preocupa?

— Sí. No... Ella frunció el ceño, y luego negó con su cabeza, confusa. — Yo no sé.

— Todo está bien. Creo que tu fuente de energía implantada necesita recargarse. No podemos ser testarudos y tener ataques de conciencia ahora, ¿verdad? Él se puso de pie y fue a su escritorio, regresando un momento después con un pequeño aparato con forma de tubo. — He revisado el blindaje, así que no tendremos esta vez otro desafortunado pico de energía. Ahora solo no te movás por un momento, ¿podrás?

Milton presionó el final del tubo contra el cristal rojo que colgaba del cuello de Silueta. El cristal brilló por un breve momento luego de que Milton hubo retirado el tubo. Entonces el brillo desapareció gradualmente y el ceño fruncido de Silueta desapareció con él.

— En verdad debo desarrollar una versión que no necesite una fuente de energía inductiva tan cerca de sí, dijo Milton mientras regresaba el aparato su escritorio. — Cuando comprenda más acerca del funcionamiento del cerebro humano posiblemente podría remover la porción menos importante de éste y poner la fuente de energía en verdad dentro de tu cabeza. Pero mientras llega ese día... Él se encogió de hombros. — Ahora, ¿dónde estábamos? Él volvió a llenar su vaso y regresó al sofá.

— Vos estabas diciendo que sería sencillo matarlos, dijo Silueta. Esta vez ya no había señales de confusión o lamento en su voz.

— Claro. En eso estaba. Él sorbió su bebida y asintió. — ¿Y eso te molesta?

— De ninguna forma.

— Bien.

— Pero vos también dijiste que ellos podrían útiles. Tal vez deberíamos dejar que Afinidad los vigile hasta que estemos seguros de cuál curso es el más ventajoso para nosotros.

Milton hizo girar el líquido viscoso alrededor de su vaso mientras lo consideraba.
— Hay algo de mérito en la sugerencia, dijo al final. — Sí, tal vez sea el mejor curso de acción, sobre todo porque ellos parecen ser muy capaces en lo referente a la auto preservación. Pero, él continuó hablando, — El Doctor me preocupa. Podría ser un agente de La Proclamación de las Sombras [Es la organización que se encarga de las Leyes Galácticas, así como del conjunto de normas que la rigen.] quien finalmente me ha encontrado. Él aún no toma una acción directa, así que puede que no esté seguro. Pero él podría tener sus sospechas.

— ¿Matar al Doctor?, sugirió Silueta, sorbiendo su bebida.

— Si él es un agente, eso podría alertarlos. Debemos tratar con esto cuidadosamente, querida mía. Pero pase lo que pase, al Doctor no le puede ser permitido conocer la verdad.

CAPÍTULO 11

El Doctor esperó hasta que todo estuviera en silencio antes de salir arrastrándose por debajo de la mesa. Él se sacudió el polvo y tomó el camino de regreso a través de la carpa principal y hacia el exterior.

— ¿Así que ahí era donde se estaba ocultado?, una voz dijo detrás de él al salir.

Él se dio vuelta rápidamente y descubrió a Jenny observándolo, con las manos sobre sus caderas.

— Lo siento, ¿te he hecho esperar?

— Tanto como usted y Clara, ella le dijo. — No la he visto desde hace buen tiempo. Estaba empezando a pensar que ambos me habían abandonado.

El Doctor estaba a punto de responder, pero sobre el hombro de Jenny pudo ver otra figura aproximándose. Parecía que ella no era la única que lo había visto salir de la carpa del Teatro de Sombras.

— Usted de nuevo, dijo Michael El Hombre Fuerte, apartando a Jenny. — Qué está tramando, entonces. ¿Eh? Las cadenas tatuadas a través de su pecho se movían mientras flexionaba sus músculos.

— ¿Tramar? El Doctor miró hacia el pecho desnudo del hombre, examinando el ondular de sus tatuajes. — ¿No tiene frío?

— Usted vino a robar los secretos de la señorita Silueta, ¿cierto?

— ¿Ella tiene algún secreto?, preguntó El Doctor.

— Déjelo en paz, Jenny le dijo a Michael. — Podemos mirar por los alrededores, si queremos.

— No en lugares privados. No cuando el espectáculo no está funcionando, no se puede.

— Vaya, ¿en dónde dice eso?, demandó saber Jenny. Ella tomó el impresionante brazo musculoso del hombre y lo giró para ponerlo de frente al tablón de anuncios fuera de la carpa. — Esto no dice que no se pueda dar una rápida mirada por los alrededores de alguna parte de este lugar que yo quiera ver.

Michael dudó. — Bueno, es solo por... educación.

— Oh, créame. No queremos ser maleducados, dijo El Doctor rápidamente. Él mostró una sonrisa. — Me disculpo si inadvertidamente causé alguna ofensa. Es bueno que usted vigile por los intereses de la señorita Silueta.

— Sí, bueno, todos aquí velamos el uno por el otro, dijo Michael. Aparentemente apaciguado por el arrepentimiento del Doctor. — Siempre lo hacemos.

— ¿Usted la conoce de hace mucho tiempo?

— De años.

— ¿Y ella siempre ha sido tan talentosa?, El Doctor preguntó. El miró hacia Jenny advirtiéndole mantenerse en silencio por un momento. Ella se encogió de hombros y cruzó sus brazos.

— ¿Ella siempre fue buena con las marionetas y esas cosas, dijo Michael. — Tiene una verdadera habilidad para eso.

— ¿Pero recientemente...?, El Doctor puntualizó, notando que el hombre se expresó en tiempo pasado.

— Recientemente se convirtió en más que solo habilidosa.

— Vamos. ¿Se trata de los secretos que usted mencionó?

Michael apretó sus labios fuertemente entre sí mientras lo consideraba. — Mejor no digo nada más.

— Usted ha visto algo, ¿cierto?, dijo Jenny. — Algo que usted no debió de haber visto.

Mirando hacia el suelo, Michael no respondió.

— Está bien, dijo El Doctor con suavidad. — No le pediremos que traicione confianza alguna. Pero algo ha pasado. Un hombre está muerto. Él vio algo en la carpa de Silueta, y creo que usted sabe qué fue. ¿Tal vez usted lo vio también?

Michael levantó la mirada. — ¿Está Silueta en peligro?

— ¿Honestamente?, El Doctor dijo. — No lo sé. Pero si ella lo está, yo puedo ayudarla.

Michael vaciló, aparentemente pensando en eso. Mientras El Doctor y Jenny esperaban, dos personas más se unieron a ellos.

— Hola, Clara... Te ves bien, dijo El Doctor, dedicándole una gran mirada.

— Mejor de lo que me estaría viendo si Strax no hubiera aparecido.

— Tuve la ocasión de rescatar al chico de asesinos de pulpa de madera homicidas, Strax explicó.

Michael miraba de Strax a Clara confundido. — ¿Chico?

— Ah, dijo Strax caminando hacia adelante para inspeccionar el físico del Hombre Fuerte. — Un humano quien esta apropiadamente construido para el combate, por lo que veo. ¿A cuántos oponentes ha aniquilado?

— Yo dobló barras de metal, principalmente, dijo Michael. — Y levanto pesos.

Strax consideró eso. — ¿Y con qué propósito? ¿Usted forma con las barras de metal armamento primitivo? ¿Deja caer pesos desde grandes alturas sobre las cabezas de sus enemigos, aplastándolas como huevos podridos?

— Por lo general no. Es solo, usted sabe, un espectáculo.

— Un espectáculo, repitió Strax.

— Como un desfile militar, dijo El Doctor rápidamente. — Una demostración de habilidades y la aplicación de la fuerza.

— Ah, Strax asintió. — Bien. Quizás también podría yo tomar parte en uno de esos *espectáculos*.

— ¿Puede doblar barras de metal?, preguntó Michael.

— No lo anime, advirtió El Doctor. — Ahora, usted iba a hablarnos acerca de Silueta...

Michael asintió. — Ella cambió, él dijo. — Así, tienen que... Bueno, déjeme decirle que este Carnaval solía ser un lugar feliz. Una familia. Pero últimamente, no es lo mismo. No desde que él llegó aquí...

— “¿Él?”, El Doctor puntualizó mientras Michael vacilaba de nuevo.

— Mire, dijo Michael, — Le diré lo que usted puede hacer. Y así podría ayudar... usted dijo que ayudaría, ¿cierto?

— Lo dije y lo haré, prometió El Doctor.

— Entonces hablaremos. Tengo otro espectáculo que realizar. Lo encontraré de nuevo aquí dentro de media hora, ¿bien?

— Muy bien.

— Quizás debería asistir a ese espectáculo, sugirió Strax mientras observaba a Michael partir de regreso a través del carnaval.

— No es probable, Clara le dijo. — Vendrás con nosotros para contarle al Doctor acerca de la fábrica.

— ¿Qué fábrica?, dijo El Doctor.

— Exactamente.

— Ya veo. Contáme acerca de la fábrica.

— ¿No podemos encontrar algún lugar donde sentarnos?, preguntó Jenny. — No sé ustedes pero yo he estado de pie todo el día y Clara no tiene un buen aspecto, tampoco.

— Son solo arañazos, dijo Clara. — Pero si Strax no aparece pudo haber sido mucho peor.

*

Ellos encontraron una sección del muro del Támesis cubierto de hielo. El Doctor sacudió la nieve y extendió su abrigo para que ellos se sentaran. Strax insistió en permanecer de pie.

— Uno debe permanecer en una constante disposición para la batalla, él explicó.
— En caso de ataque.

— ¿De qué?, Clara pidió saber. — ¿De los copos de nieve?

— Se ha sabido de eso, Strax le dijo.

Habiéndose puesto tan cómodos como se podía, Clara les dio un breve reporte de su visita a la fábrica vacía de Milton. El Doctor escuchó atentamente, interrumpiendo ocasionalmente con alguna pregunta antes de permitir que Clara continuara con su historia.

— Que suerte que Strax estuviera allí, dijo Jenny mientras Clara llegaba al final de su historia.

— No fue suerte, insistió Strax. — Sino estrategia.

— Bueno, cualquier cosa que haya sido, El Doctor dijo. — Gracias.

— Un guerrero no necesita del agradecimiento.

El Doctor se encogió de hombros e inspeccionó las uñas de sus dedos. — Oh, bueno. Puedo entenderlo.

— Pero en este caso, dijo Strax, — su gratitud es aceptada. Estoy complacido de que la señorita Clara no fuera gravemente lastimada en el despreciable ataque.

— Así que entonces, aceptás que soy una mujer, dijo Clara.

Strax parpadeó. — ¿El rango de “señorita” también aplica para las mujeres?

— No es un rango, dijo Clara. — O en verdad, podría serlo.

— ¿Vos creés que esas aves de papel tienen algo que ver con los marionetas de sombra?, preguntó Jenny.

— Una gran coincidencia si no, dijo El Doctor. — Y estamos descubriendo muchas cosas que podrían ser coincidencias. Y supongo que no son nada de eso. Él saltó del muro y recuperó su abrigo tirando de éste de debajo de Clara y Jenny, por lo que ellas también saltaron del muro. — Tal vez Michael, El Hombre Fuerte nos pueda informar. Creo que él debe terminar con su espectáculo pronto. Quedamos de encontrarnos con él en la carpa del Teatro de Sombras, así tal vez Silueta haya regresado. En cuyo caso, unas pocas palabras con ella no estarían mal.

Mientras regresaban caminando a través de la muchedumbre, Jenny notó una cara familiar. — Los alcanzaré luego, les dijo a los otros, y caminó hacia Jim que estaba observando al Devorador de Fuego.

— ¡Entonces, aún está aquí!, dijo ella.

Él sonrió. — Aquí no hay mucho que ver o hacer. Estoy buscando La Sirena. Aparentemente está dentro de esa carpa de allí. Él asintió a la entrada de la exhibición.

— Sí, bueno, no contenga la respiración, Jenny le previno.

— No estoy esperando demasiado, él le aseguró. — ¿Quiere venir conmigo? ¿O usted está con alguien?

— Solo con mis amigos. Tenemos que ir a hablar con El Hombre Fuerte.

— ¿Espera obtener algunos consejos?

— Esperamos obtener algo de información. Lo veré después.

Jim asintió. — Espero que así sea.

Ella alcanzó a los otros fuera de la carpa del Teatro de Marionetas. Aún no había señales de Michael.

— Probablemente aún esté haciendo malabares con los pesos o levantando rocas, dijo Clara.

— Dignas ocupaciones, le aseguró Strax.

— Él se presenta cerca de la entrada, ¿cierto?, dijo El Doctor.

— Sí, dijo Jenny. — Lo he visto allí un par de veces. Tiene una pequeña carpa cerca de la Adivina, donde él se prepara y mantiene sus cosas.

— Tal vez podríamos ir y encontrarlo, dijo Clara. — Si él ha terminado lo encontraremos de camino.

— Justo lo que estaba pensando, agregó El Doctor.

— Las grandes mentes piensan parecido, le dijo Clara.

Él negó con su cabeza. — No creo eso. Es probable que solo sea otra coincidencia.

Había alguien esperando dentro de la carpa. Michael casi ni vio la figura de pie que permanecía en las sombras a su espalda cuando él colocó sus pesas en el suelo y se dio vuelta para partir. Solo un muy leve movimiento llamó su atención.

— ¿Silueta?

Ella avanzó, su manto rojo le caía sobre sus hombros y tocaba el suelo así que ella parecía levitar. Todo en Silueta era tranquilo, sereno y elegante.

— ¿Te marchás tan pronto?, dijo ella.

Michael se movió con nerviosismo. — Tengo que ver a alguien, él masculló.

— Lo sé, ella ladeó su cabeza hacia un lado. Su cabello negro cayó como una sombra sobre su capa roja. — Oh, Michael, dijo ella con tristeza. — Pensé que podía confiar en vos. Pensé que teníamos un trato.

— Pero él puede ayudarnos, Michael protestó, su voz perdió fuerza por los nervios.
— Él puede *ayudarte*.

— Yo no necesito ayuda.

— Vos no sos la misma, dijo Michael. — No, desde... no desde hace tiempo. Hablá con ese Doctor, Silueta. Al menos escúchalo al menos. Él tosió, encontrando de pronto dificultad para hablar. Su pecho se estaba tensando.

— Lo siento, Michael, dijo ella tranquilamente. — Pero no podemos permitir que contés nuestros pequeños secretos, ¿cierto? Creo que estamos de acuerdo en eso.

— No, Silueta... ¡Por favor!

Su voz era un poco más que un suspiro. ¿Qué estaba sucediendo? Era como si alguien apretara una prensa de banco alrededor de él. Michael bajó la mirada, sus jadeos se volvieron más desesperados. Las cadenas tatuadas a través del pecho de Michael se estaban moviendo. No por el movimiento de su cuerpo, no por la expansión o contracción de sus músculos, o por su respiración. Ellos se deslizaron sobre su piel, se anudaron, se torcieron. Forzando la respiración de sus pulmones.

— ¡Silueta! La súplica fue apenas reconocible como una palabra.

Ella negó con su cabeza y suspiró. Entonces se subió su capucha antes de caminar sobre el cuerpo que yacía silencioso e inmóvil en el suelo.

CAPÍTULO 12

No hubo señal de Michael mientras ellos caminaron a través del carnaval. El cual se estaba poniendo más concurrido mientras el día transcurría. La niebla se había despejado de algún modo, no caía nieve, pero aún hacía frío. El aire se sentía húmedo y pegajoso contra el rostro de Clara. Al fin sus cortadas y arañazos ya no escocían más. Sea lo que fuera que Strax había encontrado en su botiquín de primeros auxilios para limpiarlas parecía haber ayudado a que sanaran bien.

Llegaron al área de presentaciones cerca de la carpa de Michael para descubrir que ya había terminado su presentación.

— Probablemente está guardando sus cosas, dijo Jenny.

— El almacenamiento adecuado del equipo y las municiones es esencial, dijo Strax.

— Voy a ver. El Doctor caminó hacia la carpa y para abrir empujó el faldón que servía de puerta. — ¿Michael? ¿Sos vos...? Su voz se apagó. Él salió caminando, dejando que el faldón de la carpa cayera de nuevo en su lugar.

— ¿Nadie en casa?, preguntó Clara.

— Oh, claro que él está dentro, dijo El Doctor. — Strax, vení conmigo.

— ¿Qué hay de nosotras?, dijo Jenny.

— Será mejor que esperen aquí afuera. Es una carpa pequeña. No la quiero demasiado atestada.

— ¿Y qué no querés que veamos?, demandó saber Clara. Ella empujó y abrió el faldón, y entró en la carpa. Poco después deseó no haberlo hecho.

Los otros formaron una fila detrás de ella. El Doctor suspiró, empujó a Clara para pasar y se arrodilló para examinar el cuerpo. — Bueno, está muerto.

— ¿Pero fue una muerte honorable?, Strax dijo. — ¿Enfrentó a sus enemigos? ¿Les infringió terribles daños y heridas antes de sucumbir ante la superioridad numérica o el poder de fuego?

— Si no lo supiera mejor, diría que él sufrió un ataque al corazón.

— ¿Por qué lo decís?, preguntó Clara.

— Porque un ataque al corazón sería muy conveniente. El Doctor apuntó al pecho de Michael. — Y vos podés ver justo aquí donde el moretón está empezando a aparecer. Infringida antes de la muerte, diría. Y eso que no soy un experto.

— Si esto no fue un ataque al corazón, entonces... ¿qué le sucedió?, preguntó Jenny.

El Doctor estaba palpando cuidadosamente la parte superior del torso. — Varias costillas están rotas. Ésta está quebrada... Y aquí otra. Él se sacudió las manos y se puso de pie. — Es como si hubiera sido aplastado.

— ¿Pero por qué?, Clara dijo. — ¿No pudo haberse dejado caer un peso el mismo?

— Si lo hubiera hecho el peso aún estaría aquí. Y el moretón sería en una parte del cuerpo, un punto de impacto, no justo a través de toda la parte superior del cuerpo.

— ¿Entonces, qué?

— La muerte es la muerte, dijo Strax. — Vos complicás las cosas.

— ¿Complico?, dijo Clara irritada, por la actitud casual de Strax. — A este hombre lo mataron. Lo asesinaron.

— Y ahora es demasiado tarde para prestarle ayuda, señaló Strax. — Lo mejor será determinar la estrategia de su asesino y preparar la nuestra. Se lamió rápidamente sus labios. — ¿He de ir a traer las granadas de fragmentación?

— Eso no será necesario, le dijo El Doctor. — Pero tenés razón. La pregunta no es tanto quién lo mató sino *por qué* fue asesinado.

— Pregúntenos a nosotros, dijo Jenny. — No se necesita ser un genio para saber eso.

— ¿Pero qué iba él a decirnos?, Clara se preguntó.

— Algo acerca del espectáculo del Teatro de Sombras, algo acerca de la gente de aquí, dijo Jenny.

— ¿Y ahora qué?, preguntó Clara.

— Ahora, dijo El Doctor. — Tendremos que depender de mi otro informante aquí en el carnaval.

*

Rehusándose a ser más específico, El Doctor los condujo fuera de la carpa y a través de la Exhibición de Criaturas Imposibles. Clara pensó que parecía muy cruel dejar el cuerpo de Michael en la carpa. Pero El Doctor insistió en no tenía tiempo para preguntas incómodas y quienquiera que fuera el próximo en encontrarlo se ocuparía en reportarlo. Cualquier examen médico era probable que concluyera que el pobre hombre sufrió un ataque al corazón.

— Por lo tanto, ¿tiene sus dudas acerca de la piel de la sirena?, Clara preguntó cuando entró en la larga carpa. — ¿Ha decidido que puede ser real, después de todo?

— Oh, creo que ellos tienen algo más interesante en exhibición aquí, él le dijo, guiándolos a través de las exposiciones hasta la parte trasera de la carpa.

— ¿Cuál es el propósito de estos trofeos?, preguntó Strax. — ¿Son enemigos vencidos exhibidos como afirmaciones triunfantes del poder?

— Son solo exhibiciones, dijo Jenny.

Había una pequeña multitud reunida al final de la exhibición. La gente permanecía expectante en frente de una cortina que había sido colocada al final de la carpa.

— Disfrutaran esto, El Doctor les dijo mientras ellos se colocaban al final de la multitud.

Strax empujó y empujó y sacó a varia gente de su camino para poder ver. Clara se mantuvo a su lado y así pudo ver también.

Allí había un hombre de pie frente a la cortina. Él vestía un traje muy maltratado y un sombrero de hongo gris, su discurso evidentemente estaba conteniendo a la multitud cautivada. Había algo vagamente familiar respecto a él, pensó Clara. La forma en que se movía, la forma en que hablaba... Ella probablemente lo había visto presentando otras atracciones o actos en el carnaval, se dijo.

—... sí, damas y caballeros, detrás de estas cortinas se esconde un espécimen único. No algo muerto como en las vitrinas o en los frascos alrededor de ustedes, oh no. Tal vez hayan asistido a otras ferias y carnavales, tal vez hayan visto mujeres barbadas y presentaciones de rarezas de a dos peniques. Pero El Carnaval de las Curiosidades es el único lugar en Londres, en Bretaña, en el mundo, que puede presumir de un espécimen como éste.

— ¿Qué es?, le siseó Clara al Doctor. — ¿Un alienígena?

Él negó con su cabeza. — Oh no. Es un nativo de este planeta, te lo aseguro.

— ¿Entonces qué es?

Él puso un dedo sobre sus labios y asintió con la cabeza hacia el presentador mientras él continuaba con su introducción.

— Y así, damas y caballeros, sin más preámbulos voy a revelar a ustedes este hallazgo único. Ustedes están entre los primeros, los únicos que han contemplado tal vista.

Con un gesto, retiró la cortina. La multitud se quedó sin aliento. Pero de hecho, Clara pensó, que había poco que ver. Una figura solitaria sentada en una silla de madera en la parte de atrás de la carpa. Vistiendo un sencillo vestido negro, un sombrero sencillo, con un velo negro que le cubría la cara. La mujer se puso de pie y caminó hacia la luz. Con su mano levantó el velo.

— Con ustedes, el presentador anunció, — ¡la legendaria Mujer Lagarto!

La mujer levantó el velo para revelar bajo él su cara verde y escamosa. Hubo una respiración colectiva y luego un aplauso.

Clara y Jenny se miraron entre sí con total sorpresa.

— ¿Madame Vastra?, Jenny dijo.

*

Jenny insistió en quedarse para asegurarse que Madame Vastra estuviera bien y para comunicarle lo que ellos habían averiguado hasta el momento. El Doctor, Clara y Strax tomaron un taxi para regresar a la avenida Alberneath.

— No hay nada más que podamos hacer en el carnaval por el momento, explicó El Doctor en el camino. — Vastra puede lograr mucho más hablando con las otras personas del carnaval de lo que nosotros podemos hacer preguntando por allí.

— Entre otras cosas el porque alguien está sobre nosotros, señaló Clara. — Saben que estamos haciendo preguntas. Es por eso que Michael fue asesinado.

— Y el porqué fuimos emboscados en la fábrica, agregó Strax. — ¿Tenemos tiempo para detenernos en Paternoster Row y recoger el armamento pesado?

— No, le dijo El Doctor.

Incluso sin su armamento pesado, Strax insistió en liderar el trayecto por el callejón y a través de la puerta destruida de la fábrica. El Doctor dedicó unos minutos a examinar el teclado electrónico en la otra puerta. Él usó su destornillador sónico para abrir la carcasa y examinar el revoltijo de alambres que se desparramaron desde su interior.

— Control remoto de acceso, así fue como los encerraron. Él colocó la tapa en su lugar dándole un golpe para fijarla. Y entonces, ¿dónde están esas aves de origimi asesinas?

— Vaporizadas, dijo Strax con orgullo. — Destruídas.

Todo lo que quedaba era un polvo negro carbonizado disperso a través del piso. Pero El Doctor parecía más interesado en las abrazaderas unidas al piso.

— Este metal no está corroído u oxidado en los bordes interiores, dijo él. — Y aquí hay aceite. Marcas en el piso, digo, aparte de las que obviamente se hicieron por torpeza.

— Gracias, dijo Clara. — ¿Así que todo lo que estaba fijado aquí fue movido recientemente?

— Parece probable. Él se puso de pie y caminó hacia una de las áreas rodeadas por abrazaderas.

— Cosa enorme. Nada fácil de mover. Por lo tanto estamos buscando...

— Una máquina elevadora anti gravitacional, dijo Strax.

— Improbable, creo, dijo El Doctor.

— Entonces transportadores robóticos de mantenimiento.

— También improbable.

— Entonces, ¿qué estamos buscando?, Clara preguntó antes de que Strax pudiera hacer otra sugerencia.

— Personas. Alguien debió ayudar a Milton a mover el equipo y ellos saben a dónde se fue.

— Entonces preguntaremos por los alrededores, sugirió Clara. — Ver si alguien por este lugar sabe algo. Eso si hay alguien por aquí, agregó ella, recordando lo desierta que le había parecido el área.

— Excelente, anunció Strax, golpeando con su puño la palma de su otra mano.

— ¡Interrogación!

*

El área separada por la cortina en la parte trasera de la carpa de exhibición estaba destinada para que Vastra pasara su tiempo libre. Con su pesado velo y disfrazada con una capa oscura y un cambio de sombrero, ella se movilizó alrededor del carnaval sin ser reconocida. Ella ya había hablado con muchos de los dueños de las carpas y desde luego, con Jenny. Pero por el momento, cualquiera de los trabajadores del carnaval de lo quería hablar era acerca de la repentina e inesperada muerte de Michael Smith, El Hombre Fuerte.

Vastra regresó a su zona privada en la Exhibición de Criaturas Imposibles, para pensar sobre el próximo movimiento. Era interesante y muy gratificante que todos los que trabajaban aquí hubieran aceptado tal y como era. Sin preguntas, sin miradas persistentes, sin burlas. Alfie, el hombre quien la presentó al público y descorrió la cortina, trataba a Vastra con la misma deferencia y cortesía que él parecía demostrarle a todos los otros actos y exhibiciones que presentaba. Ella no estaba aún muy segura de cómo estaba organizado y

dirigido el carnaval, pero si alguien estaba a cargo era él. Alfie parecía tener un don natural con la gente, llevarse bien con todo el mundo.

La gente que había venido a verla sin el velo fue muy diferente. No se esforzaron por ocultar su curiosidad y fascinación. Pero eso fue, supuso Vastra, la mejor parte. Y muchos de ellos podrían asumir que ella estaba usando maquillaje o una máscara...

Ella estaba sola, y un momento antes de la próxima “develación”, ella tuvo un visitante. La cortina se movió y una voz llamó:

— ¿Disculpe?

Se escuchó una voz vacilante y silbante.

— ¿Qué se le ofrece?, respondió Vastra. Quizás era alguien que había oído que ella necesitaba información. Ella hizo descender su velo. — Puede pasar si lo desea.

La figura que hizo a un lado la cortina y que entró caminando era de contextura delgada casi de la misma altura que Vastra. Por su voz, por su atuendo y su forma de moverse, ella asumió que era un hombre. Pero mientras educadamente se quitaba el sombrero, ella vio que su cara estaba cubierta por una máscara. Ésta parecía como si estuviera hecha de suave cuero oscuro. Había agujeros para los ojos y una estrecha ranura para la boca.

— ¿Puedo ayudarlo?, preguntó Vastra.

— Perdóneme, respondió el hombre enmascarado. — Pero el hecho de saber que está aquí... que incluso *existe*... es una gran ayuda para mí.

— ¿De qué manera?

— Lo siento. Permita que me presente. Mi nombre es Festin. Y creo que yo la puedo ayudar a *usted*.

— ¿En verdad?

— Está interesada, creo por las preguntas que usted y sus amigos han estado haciendo, por un hombre llamado Orestes Milton. ¿No es así?

Vastra asintió con cautela.

— Comparto su gran interés por ese hombre. He estado observándolo por algún tiempo. Sé lo que él ha estado haciendo. Y su amigo El Doctor tiene razón, él es peligro y debe ser detenido. Venga conmigo y le puedo mostrar. Él se dio la vuelta, mirando

nerviosamente sobre su hombro. — Pero tiene que ser ahora. El Hombre Fuerte ya está muerto y seríamos los siguientes si no actuamos.

Vastra se inclinó hacia adelante. — ¿Y por qué debería confiar en usted?

Hubo un suspiro detrás de la máscara. — Por esto. Él levantó la mano y desabrochó un seguro en la parte trasera de la máscara, quitándola con facilidad de su cara con una mano enguantada negra.

Vastra se quedó sin aliento, su mano fue a su boca, y alcanzó el velo que ocultaba sus rasgos. A tientas, ella levantó su velo, para estar segura de que en verdad veía claramente.

Fue como mirarse a un espejo.

Los ojos hundidos de otro lagarto humanoide le devolvieron la desde un rostro con escamas verdes. Altas crestas se orientaban hacia la parte de atrás desde la frente del hombre lagarto. Una larga y delgada lengua se lamió mientras ella le devolvía la mirada.

— Pensé que yo era el único, él dijo.

CAPÍTULO 13

Strax conocía el área muy bien, debido a las investigaciones que ya había hecho respecto a la muerte de Bellamy. La taberna donde Bellamy y él se había reunido en la infortunada última noche del hombre en verdad no estaba muy lejos de la fábrica abandonada. Parecía un buen lugar como cualquiera para empezar sus investigaciones. Al no haber almorzado nada, Clara se preguntaba si en la taberna habría comida. Pero una vez que Clara miró el lugar decidió que no querría comer.

Al igual que los alrededores, la taberna estaba muy descuidada. La pintura del rótulo de afuera se estaba cayendo. El ladrillo estaba picado y había necesidad de consolidarlo. El interior estaba lleno de humo, sucio, ruidoso y ajetreado. Un grupo de hombres con ropas polvorientas, constructores tal vez, se estaban marchando, y El Doctor le hizo un gesto a Clara para que tomar asiento antes de que cualquier otro tomara la mesa que ellos recién habían desocupado.

Strax se abrió camino hasta la barra... donde obviamente fue reconocido. Él regresó poco después con tres pintas de cerveza.

— ¿Cerveza?, dijo Clara. — Yo estaba esperando Gin and Tonic. [Un cóctel obtenido por la mezcla de ginebra y agua tónica.]

— No tenés que beberla, le dijo El Doctor a Clara. — Basta con que parezcas que pertenecés a este lugar. Intentá encajar.

— Bien, dijo ella. — Entonces saldré y chapotearé en algunos charcos, mojaré mi ropa en ginebra y me saco algunos dientes frontales, ¿de acuerdo?

— Si pensás que eso ayudara, le dijo El Doctor.

— Puedo ayudarte con los dientes, ofreció Strax.

— No... gracias, Clara le dijo rápidamente. Ella sorbió su cerveza y encontró que no estaba tan mal como esperaba. — Así que, ¿cuál es el plan?

— Debemos tomar prisioneros, Strax dijo. — Forzar a estas personas a hablar bajo amenaza de ejecución.

— Por el momento, observaremos, les dijo El Doctor.

— ¿Observar qué?, preguntó Clara.

— Eso lo vamos a ver.

El Doctor tomó un trago de su cerveza. Chasqueó sus labios y se echó hacia atrás en su silla, con las manos detrás de la cabeza y mirando alrededor de la barra con interés. Parecía contento de sentarse a observar por largo tiempo, así que Clara se arriesgó con otro sorbo a su cerveza. Strax se movía con impaciencia al otro lado de la mesa. Él había acabado con su pinta de un solo trago. Pronto, Clara pensó, Strax estaría eligiendo bebedores al azar y exigiendo información a cambio de permitirles conservar sus rodillas y otras partes anatómicas importantes.

— Él, dijo El Doctor anunció de repente, sentándose derecho y apuntando a través de la barra.

Clara siguió su dedo para ver a un hombre mayor, delgado, de rostro pálido sentado solo en una pequeña mesa al otro lado de la habitación sosteniendo un jarra cervecera de estaño.

— ¿Qué hay con él?, preguntó Clara.

— Él tiene su propia jarra cervecera, así que es alguien habitual. Ellos probablemente las guardan detrás de la barra. Él está con la suya, feliz en su propia compañía. Él está observando. Conoce a todos... asiente cuando la gente pasa. Dice hola e intercambia algunas amabilidades. Todos lo quieren y él conoce la vida de todos. Él es el único.

— ¿El único qué?, dijo Strax. — ¿El único que será llevado fuera e interrogado despiadadamente?

— No, dijo El Doctor. — Al único que necesitamos comprarle una bebida.

Una vez más, Strax fue enviado a la barra. El Doctor y Clara se dirigieron hacia la mesa del hombre delgado.

— ¿Le importaría si nos sentamos con usted?, El Doctor preguntó.

El hombre se encogió de hombros e hizo un gesto hacia las sillas al otro lado de la mesa. — Estaban aburridos allá, ¿cierto?

— ¿Usted nos vio?, dijo Clara.

— Usted ve a todos, ¿verdad?, El Doctor dijo. — Lo cual es la razón por la que queremos conversar con usted.

— ¿Oh, sí?

— Nuestro amigo le está consiguiendo una bebida, El Doctor agregó.

El hombre sonrió. — Entonces estaré más que feliz de hablar con ustedes.

El instinto del Doctor había, no sorpresivamente, probado ser correcto. El nombre del hombre era Anderson, y parecía que sabía todo acerca de todos en el área.

— Extraño tipo ese Milton, les dijo. — Apareció hace pocos meses, compró la vieja fábrica en la avenida Alberneath. Puso todo clase de maquinaria extraña. Y luego, hace un par de semanas, se llevó todo de nuevo.

— ¿Qué fabricaban allí?, preguntó Clara.

— Eso no lo sé. Es algo extraño. No he conocido un alma que haya trabajado allí.

— Ensamble automático, dijo Strax.

El Doctor asintió. — Muy probable. ¿Y qué pasó con esa extraña maquinaria?

— Embalada. Cargada en carretas y transportada lejos.

— ¿Y no sabe a dónde fue llevada?, El Doctor preguntó.

Anderson lo consideró mientras bebía su cerveza. No, él decidió, poniendo sobre la mesa su jarra cervecera. — Pero conozco a alguien que podría. Él levantó su jarra e hizo el propósito de examinarla.

— Strax, El Doctor le indicó

Strax tomó la jarra cervecera de Anderson. — ¿Otra de lo mismo?

— Oh, eso es muy amable, gracias. Sí. Él prosiguió mientras Strax se encaminaba hacia la barra. — Ustedes querrán hablar con el joven Billie Matherson.

— ¿Queremos?, dijo Clara.

— Claro que quieren. Una de las carretas era la suya. Así que, como él estaba conduciéndola, él sabrá a dónde fue llevada la maquinaria.

— ¿Y usted sabe dónde podemos encontrar al joven Billie Matherson, asumo?, dijo El Doctor.

— Creo que hoy tiene una comisión para llevar harina del molino de la calle Waverly hasta una bodega en el muelle Harriman.

Tan pronto como Strax estuvo de vuelta, El Doctor agradeció a Anderson y ellos se excusaron. Anderson levantó su jarra y los observó dirigirse hacia la puerta.

El hombre sentado en la mesa contigua los observó también. Él había seguido al Doctor, Clara y Strax dentro de la taberna. Ahora los siguió de nuevo al exterior. Anderson lo observó partir... no era alguien que él hubiera visto antes. Tipo de extraña apariencia, pensó Anderson. Por la forma en que el tipo estaba vestido, todo de negro incluso el sombrero, probablemente era un enterrador.



Ellos observaron la casa al otro lado de la calle. Estaba situada detrás del camino, detrás de una pared alta. Desde su punto ventajoso Vastra y Festin podían ver la puerta principal. No había signos de vida... nadie iba o venía. Las cortinas están corridas a través de las ventanas.

— Debemos encontrar al Doctor, dijo Vastra.

— ¿Su amigo? ¿En verdad cree que él nos puede ayudar?

— Si alguien puede ayudar, es El Doctor.

— No tenemos mucho que contarle, Festin señaló.

— A él le gusta descubrir las cosas por sí mismo.

— Incluso así. Hay un camino en la parte de atrás. Un lugar donde el muro ha colapsado por un árbol que cayó por una tormenta el mes pasado. Quizás deberíamos dar un vistazo por allí antes de involucrar a su amigo.

— Sería útil tener más información, admitió Vastra. — El hecho de saber si la casa está efectivamente habitada, si Milton está en ella, sería de ayuda.

Festin fue por delante a lo largo del camino y entonces descendió por una calle lateral. Formaban una extraña pareja... una mujer con un vestido largo negro y su cara cubierta por un velo grueso, y un hombre con traje oscuro y una máscara estilizada sobre su cara. Afortunadamente las calles estaban muy solitarias y no hubo nadie que los viera mientras viraron por un estrecho callejón detrás de las casas en la calle principal.

Como Festin lo había descrito, había un punto donde el muro había colapsado. Ladrillos y mortero destrozado disperso sobre el camino y el jardín. El área estaba protegida por árboles, así que nadie podía ver desde la casa mientras ellos escalaron sobre el muro. Festin fue primero, volviéndose para ayudar a Vastra a superar los escombros.

Manteniéndose en la arboleda, ambos lograron llegar muy cerca de la parte trasera de la casa. Las ventanas de allí también estaban con las cortinas corridas, pero ambos esperaron varios minutos... buscando cualquier signo de movimiento. Finalmente, acordaron que debían arriesgarse a correr hasta la puerta trasera.

— Si hay alguien allí, dijo Vastra, — debemos tener lista una historia.

— Somos seres lagarto que perdieron contacto con su propio pueblo y buscan ayuda y refugio, sugirió Festin. Vastra escuchó lo divertido en su voz. — O simplemente podríamos huir de nuevo.

Ellos corrieron desde los árboles hasta la puerta trasera de la casa. Vastra había esperado que estuviera cerrada pero se abrió fácilmente cuando ella giró el picaporte. Se encontraron en un estrecho pasadizo, el cual conducía hasta un área abierta. Las luces se encendieron cuando ellos entraron... demasiado brillantes para ser lámparas de gas.

— Milton posee toda clase de mecanismos y aparatos avanzados, Festin dijo silenciosamente.

— Eso parece, agregó Vastra. Ella hizo un gesto hacia la puerta más cercana.
— Vamos a ver que hay allí dentro.

— ¿Y qué tal ésta?, dijo Festin. — Está abierta.

La puerta que él indicaba estaba ligeramente entreabierta. La luz brillaba desde el otro lado, una iluminación suave y más moderada que el fuerte brillo del área donde se encontraban en ese momento.

— Muy bien, agregó Vastra.

Más allá de la puerta había una gran habitación. La mayor parte estaba entre las sombras. Las contraventanas estaban cerradas. La luz que ellos habían visto provenía de una simple fuente, un reflector brillaba hacia un libro situado en un atril de madera en medio de la habitación.

— ¿Qué es eso?, preguntó Vastra.

— Creo que deberíamos darle una mirada, le dijo Festin.

Vastra caminó rápidamente hacia el atril, buscando algún signo de movimiento en los alrededores sombríos de la habitación. Pero allí no había nadie.

El libro era grande, encuadernado en cuero y estaba abierto. La página a mano izquierda estaba en blanco. En la de la derecha había una sola palabra.

— “Perdón”, leyó Vastra. — ¿Por qué dirá eso? Ella le dio vuelta a la página. Tan pronto como su mano enguantada tocó el papel, se encendieron más luces. Un anillo de estrechos rayos de luz brilló alrededor de Vastra y el atril.

— Creo que debemos irnos ahora, dijo ella, apresurándose a regresar donde Festin permanecía justo al lado de la puerta.

Pero no pudo atravesarlo. La luz era sólida, formando un anillo de barras, el espacio era demasiado estrecho para que Vastra pudiera pasar entre de ellas.

— Un campo de fuerza, ella se dio cuenta. — Una jaula de luz... Festin, ayúdeme.

Festin atravesó caminando hasta quedar al otro extremo de las barras de luz. — Se disparó cuando tocó la página del libro. Ingenioso. Por eso dice “Perdón.”

— Me doy cuenta, dijo Vastra impacientemente. — Debe haber un control cerca.

— Oh, aquí está. Una caja en la pared por allá. Festin hizo un movimiento de cabeza hacia la pared del fondo de la habitación, cerca de las ventanas con las contraventanas cerradas. Sus ojos eran agujeros oscuros en la máscara de cuero.

— Entonces apague el campo de fuerza.

— Desde luego. Él no se movió.

— Entonces hágalo, por favor.

Festin negó con su cabeza. — Oh, no creo que eso sea una buena idea.

— Tiene razón, ella se dio cuenta. — Sonaría una alarma. Si no se activó con el funcionamiento de la jaula, lo hará cuando la apague. Muy bien, aguardaré aquí mientras usted encuentra al Doctor.

En respuesta, Festin levantó y removi6 su máscara para revelar bajo ella sus rasgos cubiertos de escamas verdes. Su piel reptiliana relució con la luz de las barras de la jaula.

— Bueno, ¿qué está esperando?, preguntó Vastra.

— Sabe, dijo Festin. — No estoy seguro de que realmente aprecie la seriedad de su predicamento.

Mientras hablaba, sus rasgos cambiaron. Las escamas verdes brillaron y desaparecieron. Su cara como de lagarto fue sustituida por un óvalo blanco... una cara que era casi humana, pero desprovista de expresión. Solo los ojos, la boca, una nariz y las orejas. Sin cabello, textura o expresión. Vastra quedó sin aliento y caminó hacia atrás sorprendida.

— Sí, el hombre del rostro inexpresivo dijo. — Quizás una jaula sea el mejor lugar para usted. Y su voz era tan inexpresiva como su cara.

*

No había rastro de Vastra en la exhibición de Criaturas Imposibles. El área detrás de la cortina al final de la tienda estaba vacía. Jenny esperó por lo que pareció una eternidad, pero Vastra no regresó.

— ¿Está esperando ver a la Mujer Lagarto?

Jenny dio vuelta para descubrir a Jim de pie detrás de ella. — Me sorprendió, deslizando de ese modo.

— Lo siento, no me estaba deslizando... en serio, no lo hacía. Estoy sorprendido que aún esté aquí.

— Sí, usted y yo juntos.

— Podría ser una larga espera, él le advirtió.

— ¿Por qué?

— El espectáculo. La Mujer Lagarto, aunque ella probablemente sea una mujer del carnaval con una máscara. Pero ella se ya ha marchado, quienquiera que sea.

— ¿Marchado? ¿Qué quiere decir con “marchado”?

Jim parpadeó, aparentemente sorprendido por el tono de urgencia de Jenny. — Um. Bueno, nada. Solo que la vi partir hace un rato. La reconocí de inmediato, la vi en la presentación previa, así que definitivamente era ella. Partió con un hombre. Un tipo extraño, parecía estar usando una máscara.

Jenny estaba sosteniendo el brazo de Jim con fuerza. — ¿Y ese hombre se la llevó?

— No podría decir eso. Parecía muy feliz de ir.

— ¿Ir a dónde?

— Bueno, fuera de la Feria Helada. Los vi dirigirse hacia El Terraplén y luego se desviaron.

— ¿Recuerda hacia dónde?

— Eso creo.

— Bien, entonces muéstreme.

Si Jim estaba sorprendido de marchar fuera de la tienda, atravesar el carnaval, salir de la Feria Helada y dirigirse al Terraplén, no fue muy bueno evidenciándolo. Él condujo a Jenny a todo lo largo de la calle hasta una calle lateral.

— Entonces se fueron por aquí.

— ¿Pero no sabe hacia dónde se dirigieron?

Jim negó con su cabeza. — Lo siento, pero no lo sé. Aunque... Él soltó una breve carcajada. — Bueno, probablemente es una coincidencia, pero sucede que sé que Orestes Milton vive justo por allí. Bueno, por el siguiente camino. Ya sabe, el industrial. Él vaciló mientras veía la expresión de Jenny. — Puedo ver que sabe a quién me refiero.

Jenny asintió. — ¿Y qué lo hizo pensar en Milton?

— Oh, solo lo que deduzco de mis conversaciones con algunas de las personas del carnaval de que él es un visitante regular. El rumor es que está intentando comprarlas o algo así.

— Yo no escuché eso, dijo Jenny.

— Bueno, como dije, quizás sea solo un rumor. O tal vez él desea hacer a la Mujer Lagarto una oferta especial por sus servicios. Él se dio vuelta hacia El Terraplén de nuevo.
— Debo regresar.

Jenny lo atrapó por el brazo y le dio vuelta. — No hasta que me muestre donde vive este tipo Milton.

*

La casa se veía bastante común para las afueras. Grande, lujosa, situada detrás del camino. Las cortinas parecían estar cerradas y no había señales de vida.

— ¿Y ahora qué?, preguntó Jim.

— Daremos un vistazo dentro eso es lo que haremos.

— No podemos simplemente irrumpir, le dijo Jim.

Pero ya Jenny ya estaba caminando por el camino. — No irrumpiremos, ella dijo sobre su hombro. — Tocaremos el timbre y solicitaremos ver a Madame Vastra.

— ¿A quién?, dijo Jim. — Oh, olvídalo, él murmuró mientras se colocaba junto a la puerta.

Profundo dentro de la casa una campanilla resonó en respuesta al tirón que Jenny le dio a la cadena de metal que colgaba cerca de la puerta. Ellos esperaron todo un minuto y no hubo respuesta.

— Nadie en casa, dijo Jim. Él se acercó y probó con la manija. — Por Dios... está abierta. Jim empujó la puerta abierta.

— Entonces vamos a dar una mirada dentro.

— No lo sé sobre eso... ¿Está segura?

Jenny ya estaba en el pasillo. Las luces se encendieron cuando ella avanzó dentro de la casa. Jim miró hacia atrás y la siguió. Había varias puertas fuera de la sala, y una amplia escalera que conducía a los pisos superiores. Mientras Jenny se quedó mirando a su alrededor, decidiendo por cuál camino empezar, Jim pasó por delante de ella, dirigiéndose por un corredor a un lado de la escalera.

— Podría haber alguien en las dependencias de los sirvientes que pueda ayudarnos, dijo él. — Me sentiría más feliz si hablara con ellos que si diera mis explicaciones ante el señor Milton, si él está en casa.

Jenny lo siguió. Ese era tan buen lugar como cualquiera para empezar. El corredor conducía a un área abierta, de nuevo brillantemente iluminada, aunque Jenny no podía ver de dónde procedía la luz. Más puertas se dirigían a ésta. Una de ellas estaba ligeramente abierta. Jim la empujó para abrirla aún más.

— Dios mío, dijo él en voz baja. — Creo que debería ver esto, Jenny.

Jenny se unió a él en la puerta. Dentro de la habitación estaba oscuro, excepto por un anillo de luces focalizadas, tan fuertes contra la oscuridad que parecían casi sólidas. Dentro del círculo, un simple reflector alumbraba hacia abajo a una figura que permanecía de pie junto a un atril.

— ¡Vastra! Jenny se apresuró a entrar en la habitación.

— ¿Jenny? Gracias a Dios. Vastra se acercó más al anillo de luces. — Es un campo de fuerza. Estoy atrapada dentro.

— ¿Qué es este lugar? ¿Qué sucede aquí?

— No importa. Voy a sacarte de allí, Jenny le dijo.

Vastra se estiró a través de las barras de luz para tomar las manos de Jenny. — Hay un panel de control en la pared, por las ventanas.

— ¿Por acá?, respondió Jim, apresurándose a atravesar la habitación. — Sí, lo encontré. Supongo que esto apaga esas barras de luz.

Las luces se apagaron repentinamente y Vastra tiró de Jenny para abrazarla. — Gracias a Dios. Pensé que estaría atrapada aquí para siempre.

— Me temo, dijo Jim, aún con su mano en el panel de control, — que usted probablemente lo está.

Las barras de luz reaparecieron. Ahora que Jenny había avanzado, hacia Vastra, también estaba atrapada dentro del círculo.

— ¿Jim? ¿Qué sucede? ¿Usted hizo esto? Apáguelas de nuevo.

— No, querida, Vastra dijo en voz baja. — Lo siento. No debiste de haber venido. Ahora ambas estamos atrapadas.

Jim estaba caminando lentamente hacia ellas. Se detuvo al otro lado de las barras, las luces de la jaula iluminaban su cara. Mientras se desvanecía y disolvía en un rostro inexpresivo.

CAPÍTULO 14

Detrás del hombre de cara inexpresiva, la puerta se abrió para permitir que otra figura se adentrara en la habitación. Era un hombre delgado, con cabello negro en retroceso y una barba bien recortada.

— Lo has hecho bien, Afinidad, dijo él, con una entonación ligeramente nasal. — Muy bien, en verdad.

— Usted debe ser Orestes Milton, dijo Vastra.

— Supongo que lo soy, el hombre admitió. Él caminó hacia la jaula, deteniéndose lo suficientemente lejos para que ni Vastra o Jenny les fuera posible alcanzarlo a través de las barras. — Estoy encantado de conocerlas a ambas.

— El sentimiento no es mutuo, le dijo Vastra.

— ¿Qué desea?, Jenny exigió saber.

— Oh, ¿y qué es lo que cualquiera de nosotros quiere? Fama y fortuna. Larga vida y felicidad.

— No obtendrá ninguna de esas cosas si nos mantiene encerradas aquí, dijo Jenny

Milton rió. — Oh, una amenaza. Muy buena, sí. Me gusta eso. Veo que podrían serme muy útiles.

— ¿Cómo podríamos serle de utilidad?, preguntó Vastra. — No vamos a hacer nada para cooperar.

— Lo sé, dijo Milton. — Nuestro mutuo amigo aquí me dijo lo mismo. Y ahora él está feliz de hacer lo que sea que yo le diga, ¿cierto?

El hombre de la cara inexpresiva al que Milton se había referido como Afinidad inclinó la cabeza. — Desde luego, existo para servir.

— Bien, porque tengo otra tarea para vos, le dijo Milton. Empatía ha estado vigilando a nuestros otros amigos y le vendría bien algo de ayuda. Encontrálo, ¿podés?

— Desde luego. Cuando él levantó su cabeza, fue Jim una vez más. — Adiós, Jenny. Él se volteó hacia Vastra, y mientras lo hacía sus rasgos brillaron y cambiaron a los del hombre lagarto, Festin. — Madame Vastra, fue un privilegio y un placer.

— Desearía poder decir lo mismo, dijo ella fríamente.

La cara de afinidad se volvió inexpresiva mientras levantaba su mano para decir adiós. La luz de las barras de la jaula brilló por un momento en el cristal rojo colocado en un anillo en su dedo medio. Luego él se dio vuelta y abandonó la habitación.

— ¿Quién es él realmente?, demandó Jenny. — ¿Qué es él?

— Era el maestro de ceremonias del Carnaval de las Curiosidades cuando lo conocí por primera vez. Milton fue a un rincón y sacó una silla de entre las sombras. La colocó frente a la jaula y se sentó. — Probablemente lo ha visto, presentando varias presentaciones.

— ¿Él es Alfie?, dijo Vastra sorprendida.

— Lo solía ser. Algunas veces aún lo es. Quizás lo comprenderá mejor, si le hablo un poco sobre mí. Él tiró de un reloj del bolsillo de su chaleco y lo revisó. — Sí. Tenemos mucho tiempo. Lo guardó de nuevo.

— ¿Usted desea presumir?, dijo Vastra.

— Oh no, querida. Solo aquellos con escasa confianza en sí mismos necesitan presumir. Estoy muy cómodo y muy a gusto conmigo mismo, se lo aseguro.

— Entonces, ¿por qué no nos deja en paz?, espetó Jenny.

Milton se encogió de hombros, — Si lo desea. Creo que si me explicara un poco eso le ayudara a sacar conclusiones de qué pasará con usted. Y le confieso que sería placentero hablar con alguien que en verdad comprenda algo de lo que estoy diciendo. Pero si usted prefiere morir en la ignorancia, bueno es su elección.

Él se levantó, hizo un gesto educado con la cabeza a modo de despedida y dio vuelta para marcharse.

— No, espere, dijo Vastra. — Lo escucharemos.

— En realidad no desearía importunarla más de lo que ya ha sido necesario, dijo Milton.

— Usted desea hablar y nosotras no tenemos nada mejor que escuchar.

Milton se sentó de nuevo. — Muy bien. Y desde luego usted está esperando que la información que comparta le dé alguna ventaja. No será así, pero por favor mantenga la esperanza. La esperanza es importante en este tipo de situaciones, ¿no cree?

— Solo díganos quién es usted y qué está haciendo en este planeta, dijo Jenny.

— Ah, ¿así que se ha dado cuenta que no soy terrestre? Eso ayudará. Me Imagino que su asociación con El Doctor les ha dado a sus amigos una perspectiva muy única y singular del universo.

— El Doctor es una persona muy singular, Vastra respondió.

— Bueno, no discutiré eso. Pero hablaremos del Doctor luego. Primero permítanme disculparme por las inconveniencias que están sufriendo, pero como se darán cuenta, no puedo permitir ser encontrado por las autoridades.

— ¿Es usted un criminal?, dijo Jenny.

— Oh, por favor, no recurramos a tales etiquetas. Soy un hombre de negocios. Un innovador. Un empresario. Mi nombre verdaderamente es Orestes Milton, en caso de que lo pregunten. Bueno, actualmente es Orestes Milton, pero la creación parece encajar mejor aquí en Londres.

— Dice ser un hombre de negocios, dijo Vasta. — ¿Con qué negocia usted?

— Ah, esa es la cuestión principal de todo. Desarrollo y vendo armas. Una empresa emprendedora, legítima y perfectamente honorable, como se podría pensar.

— Creo que eso depende de las armas, le dijo Vastra.

— Lo cual fue la única razón por la que varias autoridades estelares, incluyendo la Proclamación de las Sombras, emitieran sus órdenes de arresto. Además la subsecuente sentencia judicial o eso creo. Verán, yo ciertamente no me presenté.

— Usted está huyendo, Jenny se dio cuenta.

— Muy pintoresco, pero una forma adecuada de describir mi presente predicamento. Fui forzado a abandonar mis instalaciones con algo de prisa sin tiempo para llevar mucho conmigo. Y así, para lograr restablecer mi negocio he tenido que hacer uso de los materiales fácilmente accesibles en este planeta tan atrasado.

— Por lo cual usted vino a Londres, dijo Vastra. — La ciudad más avanzada en el mundo.

— Avanzada es una palabra muy generosa, pero sí.

— Y se ocultó aquí para evitar ser arrestado, dijo Jenny.

— En breve reabriré mis negocios, pero necesariamente de forma muy reducida y algo clandestina.

— ¿Y cuáles son esas armas con la que negocia?, preguntó Vastra. — ¿De las que se consideran ilegales?

— Oh, bueno. Recientemente conoció una de ellas.

— ¿Jim?, dijo Jenny. ¿Él es un arma?

— Mi especialidad es el desarrollo de armas basadas en el mejoramiento genético. Tomo formas de vida, modifico el ADN y otros atributos genéticos y cerebrales y las transformo en armas.

Vastra estaba horrorizada. — ¿Convierte en armas a *las personas*?

Milton se encogió de hombros. No soy muy exigente. Cualquier forma de vida tiene potencial. Soy tanto un hombre de negocios como un innovador. Así con Afinidad, o Alfie como acostumbraba a ser llamado, solamente he mejorado sus habilidades naturales.

— ¿Como robado su rostro?, dijo Jenny.

— Yo le he dado muchos rostros. Él era, como ya he dicho, el Maestro de Ceremonias, a falta de una mejor definición, en el carnaval. Decir que tenía el don de la elocuencia sería decir poco. Él podía reunir multitudes, entusiasmar cualquier audiencia, sacarle dinero al pesimista más tacaño. Él lo hacía jugando con las necesidades y deseos de cualquiera con quien estuviera. Oh, eso no fue algo consiente, pero tenía un talento para poner a la gente cómoda, modificando su personalidad para adaptarse a todo aquel con quien hablara. Yo solo he mejorado esa habilidad. Y ahora él puede convertirse en quienquiera que sea que la persona con que está hablando más admire o respete, o con quien quiera pasar su tiempo. Por lo general se trata de un aspecto de ellos mismos, una especie de reflejo distorsionado.

— ¿Pero por qué?, dijo Jenny. — Al hacerlo cualquiera, lo ha hecho *nadie*.

— Eso es un poco profundo y filosófico para mí, me temo, Milton le dijo. — Pero véalo desde mi punto de vista. Imagine lo útil que Afinidad puede ser, no solo al atraerlas aquí, aunque eso más bien demuestra mi punto. Sino imagine lo útil que sería en negociaciones difíciles o diplomáticas. Sin mencionar las aplicaciones obvias relacionadas con lo industrial y el espionaje real. Piensen en lo que ustedes ya le han dicho sin el menor escrúpulo.

— Lo hace sonar muy caballeroso, dijo Vastra. — Pero para todo los fines, usted es un asesino.

— Yo protejo mis activos, si eso es lo que quiere decir.

— ¿Todo son negocios para usted?, Jenny demandó saber.

— Oh sí. Yo permito a mis activos seguir practicando y refinar sus habilidades en el Carnaval de las Curiosidades. Ese es un buen entrenamiento. Pero existe un riesgo y ese riesgo debe ser eliminado ya sea un miembro curioso del público que paga quien tropieza con algo que no debería, como el difunto señor Hapworth, o una de las persona del carnaval que sepa demasiado.

— Y Clara, dijo Jenny. — Usted trató de matarla también.

— Posiblemente fue un error, admitió Milton. — Ahora veo que podría ser más útil viva.

— ¿Son esas aves de papel cosas mejoradas también?, preguntó Jenny.

— No. Ellas son solo papel.

— Pero atacaron a Clara, dijo Vastra. — Y asumo que ellas, de alguna forma, también mataron a Hapworth.

— Ellas son más fuertes de lo que parecen, dijo Milton, sonriendo. — Apropiadamente animadas unas pocas de ellas pueden levantar un abre cartas de metal y dirigirlo hasta su objetivo. Pero es Silueta quien debe llevarse el crédito por eso, no yo.

— ¿Ella también está mejorada?, dijo Vastra. — ¿Otra de sus armas?

— Por supuesto. Ella era una titiritera tan brillante, con un verdadero talento para manipular objetos de dos dimensiones como las siluetas del Teatro de Sombras. Ahora, con sus habilidades psíquicas expandidas y mejoradas, puede controlar cualquier objeto cercano con dos dimensiones. Papel, incluso sombras... ella puede volverlo real.

— Siempre utiliza sus habilidades como usted le indica, dijo Vastra.

— Bueno, obviamente. Pero el verdadero premio, tengo que decirlo... el verdadero premio será El Doctor. Oh sí. Él continuó. — Conozco todo acerca del Doctor gracias a ustedes y por lo que él y su amiga Clara han dicho.

— El Doctor no le ayudará, dijo Jenny. — Nunca.

— ¿Incluso aunque las tenga a ambas como prisioneras? Estoy seguro de que él vendrá al saberlo. Realmente no soporto pensar en la alternativa. Imaginen que clase de arma sería él.

— Ningún arma que pudiera controlar, dijo Vastra.

— Eso podría requerir algo más que un simple implante cerebral, estoy de acuerdo, concedió Milton. Aunque ellos han probado ser lo bastante efectivos para controlar a Afinidad y a Silueta, y a Empatía también.

— ¿Empatía?, preguntó Vastra.

— ¿No les he mencionado a Empatía? Que negligente de mi parte. Milton revisó su reloj de nuevo, suspiró y se puso de pie. — Ahora realmente tengo que partir. Hay tantas cosas que atender. Pero no se preocupen, conocerán a Empatía muy pronto.

— Entonces, ¿quién es Empatía?, dijo Jenny. — ¿Otro artista del carnaval?

— Empatía es la clave de todo. Empatía es la pieza vital con la que haré una fortuna con el arma más poderosa jamás inventada.

— ¿Qué arma?, preguntó Vastra.

Pero Milton ya estaba dándose vuelta para partir. — Por favor, dijo él, — permítanme conservar algunos secretos. Él levantó su silla y la volvió a colocar en el rincón. — Incluso si esos secretos están relacionados con el fin del mundo.

CAPÍTULO 15

No había rastro de Billie Matherson en el muelle Harriman, aunque ellos habían logrado encontrar la bodega donde la harina que él había entregado estaba siendo guardada. Varias docenas de grandes sacos de arpillera con harina estaban aguardando en la acera a ser llevados dentro de la bodega y almacenados.

— Estamos esperando a que regrese con otra carga al menos. Tal vez con dos. Le dijo el capataz de la bodega al Doctor. — Pero conociendo a Billie, él no se dará prisa.

— ¿Así que usted no tiene idea de cuándo tardará en regresar?

— Me temo que no. Son bienvenidos a esperar. Podrían darme una mano trasladando parte de esa harina.

— ¿Por qué no me quedo aquí?, sugirió Clara. — ¿Y vos y Strax revisan si él ha regresado al molino de la calle Waverly?

— ¿Dejarte aquí en los muelles...? dijo El Doctor, ¿...a ayudar a estos simpáticos y fuertes jóvenes a mover sacos de un quintal de harina en un lugar observado por los

marineros que recién han regresado, luego de meses de estadía en el mar, hambrientos de compañía femenina?

Clara asintió. — Como te dije... ¿Por qué Strax no se queda aquí y ayuda a mover la harina, y vos y yo vamos a revisar el molino de la calle Waverly?

Strax parecía pensar que eso era una excelente estratagema y acordaron que si El Doctor y Clara no regresaban en una hora, debía reunirse con ellos de nuevo en El Carnaval de Curiosidades.

Pareció tomar mucho tiempo el llegar a la calle Waverly, entre otras cosas porque El Doctor insistía en conocer el camino y la ruta que tomó parecía bastante complicada y circular. Clara habría jurado que habían cruzado la misma calle varias veces en diferentes puntos.

— ¿No es la línea recta la distancia más corta entre dos puntos?, ella bromeaba cuando finalmente llegaron a la calle Waverly.

El Doctor la miró con simpatía. — Este planeta es una esfera, o casi y todo el espacio tiempo esta deformado. Eso es antes de que tomemos en cuenta la fuerza magnética y gravitacional. Aquí no existe la tal línea recta.

— No existe tal cosa como una respuesta directa, murmuró Clara.

— No hay ninguna señal de Billie Matherson en el molino tampoco. Como los trabajadores de la bodega, ellos están esperando a que regrese, pero no tienen una verdadera idea de cuándo.

— Quedáte aquí en caso de que regrese, El Doctor le dijo a Clara. — Iré de nuevo a la bodega y veré si lo veo a lo largo del camino. Probablemente se detuvo por una taza de té o algo.

— ¿Cómo sabés que estarás siguiendo la misma ruta que Matherson?, preguntó Clara.

— Querrá ser tan rápido como sea posible. Iré en línea recta.

— Algunas veces quiero estrangularte, vos sabés eso, ¿cierto?

El Doctor aspiró, impresionado. — Tengo sistema de desvío respiratorio. No te serviría de nada. Sino regreso en una hora...

— Lo sé, te encontraré en el carnaval.

— Correcto. Y si el joven Billie Matherson viene hasta aquí, ve a buscarme.

— En línea recta.

Él asintió. — En cada casa de té y hostelería a lo largo de ella. Él probablemente se ha detenido por un almuerzo tardío.

— ¿Almuerzo?, Clara dijo mientras El Doctor daba vuelta y se marchaba. — Sí recuerdo el almuerzo.

*

El aire era fresco y el sol estaba luchando a través de las nubes y el humo. Era una tarde tan agradable como uno podía desear en el Londres Victoriano, pensó El Doctor. Mientras él recorría el camino de regreso a los muelles mantenía buscando una carreta con bienes siendo conducida por el joven Billie Matherson, a quien el capataz de la bodega había descrito como un hombre bajo y calvo, de unos cincuenta años. Bueno, eso era ciertamente “joven” para los estándares del Doctor.

Él también se puso a pensar en lo que habían descubierto hasta ahora y en lo que Milton podía estar planeando... quienquiera que él fuera en realidad... El haberse separado tanto a Strax como a Clara por un tiempo, era un cambio bienvenido, tener algo de paz y tranquilidad para pensar. Él definitivamente no estaba de humor para ser distraído.

— Ah, joven, una voz lo llamó. Un anciano caballero se apresuró hacia El Doctor, blandiendo un bastón. Su cabello blanco en retirada de su alta frente y que caía sobre la parte trasera de su cuello. Estaba vestido al estilo típicamente Victoriano con una chaqueta oscura, pantalones a cuadros y una corbata negra delgada.

— ¿Qué?, El Doctor demandó saber impacientemente del hombre que se acercaba.

— Me preguntaba si podía ayudarme, el hombre dijo, su voz era fuerte pero un poco molesta. Él llevó su mano a la barbilla y movía los dedos de forma alarmante mientras habló. — Soy muy nuevo en esta ciudad, un extraño en una tierra extraña, se podría decir. Sí, sí, es posible. Como lo está usted, conjeturo. Él miró al Doctor con intensidad. — ¿Hmm?

— No, El Doctor le dijo.

El hombre parpadeó. — ¿Le ruego que me disculpe?

— No. No puedo ayudarlo. ¿Fue eso un poco rudo? Quizás, decidió El Doctor. Así que se obligó a sonreír de modo poco convincente. — Buenos Días. Entonces caminó rápidamente.

Unos pocos minutos después, fue acosado de nuevo. Esta vez por un caballero más bien desaliñado, vestido con una chaqueta que parecía varias tallas más grande y que tenía apariencia como si recién se hubiera despertado. Era más bajo que El Doctor, con un cabello oscuro y rebelde. El Doctor tenía a la vista toda la parte superior de la cabeza hombre, la que llevaba en posición baja así que éste no podía ver por dónde iba. Como resultado, el hombre caminó directamente hacia El Doctor, saltando hacia atrás por la sorpresa.

— Oh, le pido perdón. La gente verdaderamente debe mirar por dónde camina. El hombre frunció el ceño y luego sonrió, sus cejas negras se arquearon hacia arriba. — Lo conozco, ¿no? No, él prosiguió rápidamente, presionando cuidadosamente con el dedo índice la comisura de su boca. — No me diga... nunca olvido una cara. Aunque en verdad, no. Lo siento, no... creo que se equivoca. No nos conocemos, ¿cierto? Debo de haberlo confundido con alguien más.

Él se sacudió la palma de su mano con la parte frontal de su chaqueta antes de ofrecerla cortésmente.

El Doctor lo ignoró y se abrió paso con un fuerte suspiro. — No nos hemos conocido antes, él le confirmó. — Y no vamos a conocernos ahora.

— Oh. Oh, bueno. Eso es una lástima... El hombre observó al Doctor darse prisa. Si El Doctor hubiera mirado atrás, habría visto la cara del hombre... y su atuendo... desvanecerse y brillar. Sus rasgos lentamente se volvieron inexpresivos.

Varias calles más adelante fue El Doctor quien chocó contra un desconocido, en vez de ser al revés. Para ser justos, él reflexionó, el hombre había salido de repente de una calle lateral justo frente a él.

— Por Dios, hombre, el caballero anunció. — ¿Es que nadie en toda esta ciudad es capaz de caminar en línea recta? El hombre se ergió a toda su altura, una muy impresionante altura y miró hacia El Doctor.

— Y yo que había pensado que era difícil pasarme por alto.

Él estaba en lo correcto. Vestido con una camisa con volantes, chaqueta de esmoquin de terciopelo púrpura y capa con forro carmesí. Se puso de pie con las manos en las caderas, mirando hacia El Doctor desde debajo de un impresionante y esponjado cabello blanco.

— No lo he pasado por alto, El Doctor le dijo al hombre brevemente. — Más bien creo que esa fue todo lo contrario. Él continuó caminando rápidamente mientras el hombre balbuceaba airadamente detrás de él.

El Doctor hizo su mejor esfuerzo por ignorar a la persona igualmente alta que se mantuvo caminando junto él a lo largo de la calle Jephson. El Doctor no estaba seguro de querer ser visto en compañía de alguien quien creía que un maltratado sombrero encaramado sobre una mata de rebeldes rizos castaños junto una bufanda increíblemente larga demostraban tener algo de estilo.

Cuando llegaban a la esquina de la calle, el hombre extrajo una bolsa de papel de un bolsillo de su abrigo y se la ofreció al Doctor. Sus ojos se abrieron de forma desmedida sobre sus dientes tan grandes como lápidas y le preguntó con una sonora voz: — ¿Le apetece una Menta Superior Worthington? Realmente están muy buenas. Vamos, él le animó. — Tome una.

— Gracias, El Doctor observó, deteniéndose a hurgar en la bolsa y a tomar un dulce. Él lo desenvolvió y se lo metió de su boca. — Sí, estuvo de acuerdo, haciendo su mejor esfuerzo por articular en torno a la gran pastilla de menta. — Muy buen. Muy fresca. Adiós. Y apresuró el paso.



Desde el principio, Afinidad sabía que El Doctor sería un problema. En la mayoría de los casos, la mejor aproximación inicial era adoptar y adaptar un aspecto de la personalidad de su objetivo. Así con Jenny, un joven al servicio de alguien fue el punto obvio de partida. Con Madame Vastra fue simple... otro de su propia especie, tan solo y confundido, y luchando por ocultarlo y compensarlo.

Pero la manera en la que El Doctor se veía a sí mismo era muy diferente a cualquier otra con la que Afinidad se hubiera encontrado antes. Él no tenía idea de por qué, pero El Doctor parecía tener múltiples imágenes de sí mismo presentes en su mente. Y habiendo desarrollado variaciones de esos aspectos de la personalidad del Doctor, Afinidad estaba descubriendo que El Doctor no parecía gustar mucho de sí mismo.

El Doctor apenas si pareció notar al joven rubio vistiendo chaqueta clara y pantalones a rayas. El siguiente aspecto que Afinidad empleó fue más difícil de ignorar. Pero El Doctor se volvió hacia el gran hombre con abrigo de colores estridentes, lo miró de arriba hacia abajo con un aire de ligero disgusto y le anunció: — No me importa lo que esté vendiendo, no estoy interesado.

- ¿Vendiendo? Afinidad repitió. — ¡¿Vendiendo?! No estoy *vendiendo* nada.
- Estupendo, le dijo El Doctor y siguió caminando.

*

En el momento que Clara lo encontró, El Doctor estaba bastante harto de las demás personas. La última persona que lo acosó fue un joven con chaqueta de Tweet y pajarita que deslucía, con un caos de cabello que parecía que estaba a punto de desprenderse de su cabeza e irse por su cuenta. Él finalmente captó el mensaje de que El Doctor no estaba interesado en entablar algún tipo de conversación y dio un paso a un lado cuando Clara se acercó.

- ¿Qué estás haciendo aquí?, El Doctor demandó saber, aún irritado.

— Sí, es un placer verte a vos también, le dijo ella. — Un hombre llegó del molino y dijo que él recién había visto a Billie Matherson tomando una pinta de cerveza y un pastel en El Viejo Ganso, en la calle Lancaster. Pensé que debíamos movernos y atraparlo allí.

- Bien pensado, agregó El Doctor. — Alguna idea de...

- Por aquí. Tengo la dirección.

— Vamos entonces. El Doctor hizo una pausa para mirar al joven con la pajarita quien aún estaba cerca y luego partió rápidamente en la dirección que Clara le señaló. — ¿Cómo me alcanzaste?, él se preguntó. — Vos has tenido que caminar bastante rápido.

— No te sorprendas tanto. Puedo correr, ella le dijo. — Aunque a decir verdad tomé un taxi. Me ha dejado por allá.

Detrás de ellos, el joven con el cabello rebelde se pasó la mano por la cara, la cual desapareció. Él necesitaba hallar a Empatía y decirle donde había sido encontrado Billie Matherson.

*

— Acaban de perderlo, dijo el propietario. — Partió a prisa por lo que se ve. Él señaló hacia una mesa cercana donde un pastel a medio comer estaba junto a una pinta de cerveza a medio beber.

- ¿Y tiene alguna idea de a dónde fue?, preguntó Clara.

El propietario se encogió de hombros. — Salió con ese enterrador. Por lo menos creo que era un empresario en pompas fúnebres. Malas noticias, supongo.

Fuera de la taberna, El Doctor fue directo hacia la persona más cercana. Sucedió que era una chica vendiendo cerillas. Ella dio un grito de sorpresa.

— Un hombre calvo y un enterrador, él espetó. — ¿No los has visto? ¿A dónde se fueron?

— Por favor, Clara agregó sobre el hombro del Doctor.

— Cómpreme algunas cerillas, dijo la chica nerviosa.

— Las adoro, dijo El Doctor, — Soy una gran aficionado a las competencias. Incluso del tipo que se tienen que quemar un poco para que funcionen. [Nota del traductor: Un juego de palabras, ya que en inglés matches puede significar tanto competencias como cerillas.]

— ¿De qué otro tipo hay aquí?, Clara preguntó, pero El Doctor la ignoró.

— Solo decíme por dónde se marcharon y te compraré algunas cerillas. Lo prometo.

La chica hizo una seña con la cabeza hacia un callejón. — Por allí. Detrás de la taberna. No sé porqué, allí solo hay un patio trasero. Ella le entregó una caja de cerillas al Doctor. — Serán tres cuartos de penique para usted, jefe.

Sus ojos se entrecerraron. — Eso suena un poco caro.

Ella sacudió las cerillas.

— Pero dadas las circunstancias, vamos a dejarlo en media corona. [El equivalente a 30 peniques.] Él tomó las cerillas y le entregó una moneda plateada a cambio. — Guardá el cambio.

El Doctor y Clara se dirigieron hacia el callejón. Éste era lo suficientemente ancho para que la carreta de un carretero pudiera ir hasta la parte trasera de la taberna. El Doctor estaba por delante de Clara cuando llegaron a las puertas dobles del patio. Una de las puertas estaba ligeramente abierta y él la empujó para atravesarla. Un momento después estaba de regreso.

— ¿Qué?, dijo Clara. — ¿No está allí?

El Doctor llevó un dedo a sus labios. — No es un buen momento, él susurró.
— Llegamos muy tarde.

Le hizo una seña para que Clara se pusiera a su lado y mirara cuidadosamente a través de la abertura entre las dos puertas. Ella pudo ver lo que debió ser Billie Matherson quien les devolvía la mirada desde el otro lado del patio. Pero él era *un anciano*. Su cuerpo parecía estar consumiéndose mientras ella observaba, la piel en su cara flácida, seca y marchita...

De pie frente a Matherson, con su mano extendida y sosteniendo el hombro del hombre, estaba el enterrador que el propietario había mencionado. Si es que él era un enterrador. Estaba vestido totalmente de negro, una seda negra colgaba de la parte de atrás de su sombrero de copa.

El Doctor hizo a Clara hacia un lado mientras el enterrador se daba la vuelta. Ella llegó a dar solo un breve vistazo a su cara... un gruñido repentino de ira dio paso a una expresión más tranquila y neutral. Entonces El Doctor la empujó hacia un costado del callejón, entre las sombras. Poco después, la figura oscura caminó a través de la abertura entre las puertas y partió por el callejón.

— Matherson, Clara dijo sin aliento. — Tenemos que ayudarlo.

El Doctor le dio la espalda al patio. — Demasiado tarde para eso. Necesitamos ir tras ese hombre que lo mató.

— ¿No deberíamos quedarnos aquí? ¿Dar la alarma?

— ¿Y quedar atorados por una montaña de preguntas por responder?

— ¿Pero qué pasó?, Clara demandó saber mientras se apresuraban por regresar al callejón.

— No estoy seguro. Pero tengo algunas desagradables sospechas.

— ¿Y él en realidad es un enterrador?

— Él trata con la muerte, eso es cierto. He conocido un montón de personajes extraños esta tarde, un enterrador que reparte muestras gratis es solo otro que hay que agregar a la extraña colección.

*

Con su distintiva ropa, el hombre no fue difícil de seguir. Parecía estar dirigiéndose hacia el río.

— Tal vez va hacia la Feria Helada, sugirió Clara.

Pero él dio la vuelta en otra dirección antes de llegar al Terraplén. Finalmente llegó a una gran casa situada detrás del camino en su propia propiedad. El sendero con grava estaba delineado con árboles, así que El Doctor y Clara estuvieron totalmente a cubierto mientras lo seguían hasta el frente de la casa. El enterrador abrió la puerta y pasó adentro.

— ¿Esperamos a que salga de nuevo?, sugirió Clara.

— ¿Dónde está lo divertido en eso? El Doctor partió rápidamente hacia la puerta del frente de la casa. Él la había abierto para el momento en que Clara lo alcanzó.

— Eso es trabajar rápido.

— No estaba cerrada.

Caminando cautelosamente por el pasillo, pudieron escuchar los firmes pasos provenientes desde más adentro de la casa.

— Por aquí, El Doctor le susurró, partiendo rápidamente en rápida persecución.

Él llegó a vislumbrar a la figura oscura del enterrador entrando a una habitación del corredor que conducía más allá de las escaleras. Siguiéndolo con cautela, El Doctor y Clara se encontraron en una gran biblioteca. El enterrador se estaba dirigiendo hacia el fondo de la habitación. Lanzándose rápidamente desde la puerta para cubrirse tras un gran sillón tapizado en cuero y ocultándose finalmente tras las pesadas cortinas que colgaban en el nicho de una ventana, ellos descubrieron que tenían una buena vista del hombre mientras se dirigía a su destino.

— ¿Qué es eso?, siseó Clara.

El Doctor se encogió de hombros y negó con su cabeza. El enterrador estaba de pie frente a una gran esfera de vidrio. Ésta estaba montada en un soporte, no muy diferente a un globo ornamental solo que más grande. Dentro, humo oscuro se arremolinaba lentamente como la niebla a la deriva. Mientras ellos observaban al enterrador, éste abrió una escotilla circular, similar a una portilla, a un lado de la esfera. Se inclinó hacia adelante y metió su cabeza dentro.

Ellos podían ver su cara, distorsionada por la curvatura del vidrio y brumosa a través de la niebla oscura. De nuevo la plácida expresión del hombre se torció en una máscara de furia repentina. Su boca se abrió ampliamente, se exhaló una corriente de niebla oscura, la furia se fue extrayendo de su expresión mientras la niebla se vertía en la esfera.

Luego de algunos minutos, la corriente desapareció. El enterrador cerró su boca y retiró su cabeza, cerrando de nuevo rápidamente la escotilla. Su cara estaba una vez más serena e inexpresiva mientras caminaba lentamente desde la habitación.

El Doctor y Clara estaban aún mirando intensamente la arremolinada nube oscura dentro de la esfera cuando las cortinas fueron abruptamente retiradas.

— Qué bueno que ambos se nos hayan unido, dijo una voz, cerca del oído de Clara,
— El señor Milton ha estado esperándolos.

CAPÍTULO 16

Silueta estaba al lado de ellos, sosteniendo la cortina que ella había tirado hacia un lado. Ella había descartado su capa, revelando debajo un largo vestido escarlata. Un gran cristal carmesí colocado en una cadena plateada brillaba en su garganta como si atrapara la luz de la ventana de atrás.

— Si gustan venir conmigo, dijo ella.

— ¿Qué sucede si no queremos?, preguntó Clara.

Silueta sonrió. — Entonces se me ha ordenado informarles que sus amigas, la mujer lagarto y su sirvienta morirán.

— Estaremos justo detrás de usted, dijo El Doctor sonriendo.

Silueta los condujo fuera de la habitación y descendieron por el corredor hacia la parte trasera de la casa. Los retratos en las paredes sobre ellos miraron hacia abajo mientras pasaron. Un hombre con una barba blanca, oscurecida y manchada por la edad parecía seguir su progreso con interés.

— ¿Soy solo yo...?, preguntó Clara, levantando la mirada hacia las pinturas, ¿... o sus ojos en verdad nos están siguiendo?

El Doctor levantó la mirada, para ver a los ojos del hombre viejo moverse ligeramente observando su progreso. — No, es tu imaginación.

— Lo siento, dijo Silueta. — La fuerza de la costumbre. Ellos entraron a un área más abierta y ella indicó una puerta. — Después de ustedes.

La habitación a la que ellos entraron estaba oscura, excepto por la luz de los rayos enfocados que formaban una jaula alrededor de Vastra y Jenny.

— ¡Doctor! El alivio de Vastra se convirtió en decepción cuando Silueta siguió al Doctor y a Clara dentro de la habitación. — Ellos los tienen también.

— Ellos creen que nos tienen, él le aseguró. — Las sacaré de allí, no se preocupen.

— Milton es un vendedor de armas, dijo Jenny. — Es un alienígena y está convirtiendo a *las personas* en armas.

— Oh, ahora silencio.

El Doctor y Clara se dieron la vuelta para ver que Milton había entrado a la habitación detrás de ellos. — Ustedes le contaran todos mis secretos, entonces, ¿de qué hablaremos mientras tomamos té y galletas?

— Permítales marcharse, demandó el Doctor.

Milton rió. — Ciertamente no. Ellas son mucho más valiosas para mí donde están, donde la muerte puede ser administrada por el toque de un botón o por la mención de cierta palabra de control.

— Usted las mata y... El Doctor miró con furia.

— No tengo que matarlas, Milton interrumpió, — si usted hace lo que le digo. Ahora por favor, ha visto que no estoy fanfarroneando, así que vamos a ir a mi estudio y Silueta nos podrá traer algo de té. Debo decirle que pretendo tener una pequeña charla.

— No estoy de humor para tener una pequeña charla, dijo El Doctor de forma áspera.

— Que pena. Solo tendrá que escucharme a mí y a la joven.

— ¿Y si yo tampoco estoy de humor?, dijo Clara.

— Entonces puede esperar aquí en la celda. O puede unirse a nosotros, ser amable y tener un panecillo. Milton sonrió. — Todo depende de usted.

Clara volvió a mirar a Vastra y a Jenny. Ambas estaban sentadas en el piso dentro del anillo de brillantes barras. A fin de cuentas, el té parecía la mejor opción, ¿pero podría ella simplemente abandonarlas?

— Ve con él, dijo Vastra. — No hay nada que podás hacer aquí para ayudarnos.

— Todo estará bien, le aseguró Jenny.

— Te guardaré un panecillo, Clara le prometió. Luego ella siguió al Doctor, Milton y Silueta salieron de la habitación.



La atmósfera se sentía muy extraña y muy mal. El estudio de Milton, en medio de la gran casa estilo Victoriano, se sentía más como una oficina del siglo veintiuno o la suite de un hotel de negocios con un área destinada para relajarse y un espacio para trabajar. Milton estaba encantador y atento. Silueta ofreció té y le sonrió a Clara como si fueran viejas amigas.

La fachada de amabilidad le inquietaba. Clara podía decir que El Doctor estaba sintiendo lo mismo. Él parecía feliz de hablar con Milton, sonriéndole a las bromas del hombre. Pero entonces, de vez en cuando, sus ojos se volvían fríos y duros como el pedernal. Solo por un segundo, mientras evaluaba al hombre, quien en efecto, los mantiene cautivos. No por primera vez, sintió que había varias capas hasta las emociones del Doctor. Oculto bajo la capa superficial, revelado en breve destellos de expresión, era como él sentía las cosas. Y oculto bajo esa capa... muy por debajo de ésta y nunca revelada... estaba como él *realmente* sentía.

El Doctor tomó un sorbo de té. — Así que usted es un hombre buscado. Vivo o muerto. Con un precio sobre su cabeza. ¿Eso no le da algún tipo de pista de que lo que está haciendo está mal?

— Oh, no sea tan ingenuo, Doctor, le dijo Milton. — Siempre habrá guerra, así que siempre habrán armas. Alguien tiene que beneficiarse. ¿Por qué no yo?

— ¿Desde hace cuanto lo hace?, ¿Cuánto ha obtenido? preguntó El Doctor.

— Porque eso está mal, le dijo Clara. Ella no podía creer que estuviera tomando té y hablando acerca de convertir a las personas en máquinas asesinas.

— No estoy defendiendo el concepto de la guerra, Milton protestó. — Solo me aseguro de beneficiarme de ella. Como estoy seguro de que usted estará entre los primeros en señalar, que la guerra genera suficiente sufrimiento para todos.

— Y usted gana con ese sufrimiento, le dijo Clara.

— Totalmente. Hago dinero con él y luego lo gastó. Lo cual mantiene a las economías en crecimiento, crea trabajos, me aseguro de que haya ganancias para otros sectores del mercado. Eso es algo bueno, ¿verdad?

Sintiéndose acorralada, Clara volvió a mirar al Doctor en busca de ayuda.

— Usted está explotando *personas*, dijo él. — Sin importar la dudosa moralidad de negociar con otras armas, el explotar... el esclavizar... formas de vida inteligentes no puede ser justificado.

En respuesta Milton se volvió hacia Silueta, quien se mantenía cerca para ofrecer más té. — ¿Te sentís explotada, querida mía?, él preguntó. — ¿Esclavizada?

Ella sonrió. — Desde luego que no. Pero Clara notó un ligero destello en sus ojos. Su mano fue hacia el cristal rojo que colgaba alrededor de su cuello.

— Aquí hay una obvia discusión de lo que vendría a ser la libre voluntad, El Doctor le dijo a Milton. — Pero tengo el presentimiento de que significa tan poco para usted como la moralidad.

— Para que un arma sea eficaz, tiene que ser fiable, respondió Milton. — Sino está seguro de que puede utilizarla, entonces no sirve absolutamente para nada. No tiene valor.

— Las personas tiene valor. Siempre.

— Bueno, Milton sonrió. — Así que basado en eso puedo estar seguro que usted hará lo que sea yo desee para preservar la vida de las otras personas que tengo cautivas aquí.

— Nunca dije eso.

— No, Milton agregó. Él puso su taza de té en su platillo. — Y si lo hubiera dicho, me temo, nunca le creería. Silueta aquí ya la conocen, desde luego. Y también han conocido a Afinidad.

— ¿Lo hemos conocido?, dijo Clara.

— Oh, sí. Ahora él es un personaje interesante. O mejor dicho, muchos personajes interesantes. Una de las cosas que puede hacer es evaluar una personalidad, determinar lo que hace que alguien destaque. Pero lo ha tenido bastante duro con usted, Doctor.

— ¿No puedo imaginarme por qué?

— Ni yo podría, admitió Milton. — Lo cual es la razón de porque Silueta le dio particularmente esa taza.

El Doctor frunció el ceño, examinando su taza de té. Se veía igual que las demás, por lo que Clara podía ver.

— ¿Muestreo de ADN y biométrico?, adivinó El Doctor.

— Análisis de saliva, transpiración, contenido celular de la piel y así como el monitoreo de los signos vitales.

— Oh, pudo haberme preguntado quién soy, le dijo El Doctor.

— Y confiar en que usted estuviera dispuesto de decírmelo. Y que eso que me dijera fuera verdad.

— La confianza es algo bueno, Clara le dijo. — No se consigue nada si no se confía en las personas.

Milton parecía divertido. — ¿Eso es así? Entonces dígame... ¿El Doctor nunca *la* ha engañado, siempre ha respondido *sus* preguntas? ¿Nunca le ha mentado? Su sonrisa creció mientras observaba como la cara de Clara se ponía pálida. Ella sintió de repente un frío en su interior. — Y usted es su amiga. La confianza no conduce a ningún lugar, excepto posiblemente a la muerte.

— Bueno y usted conoce todo acerca de las personas dándoles muerte, Clara contraatacó. — ¿Qué hay acerca de Billie Matherson?

— ¿Quién?

— Creo que esa es la cuestión, dijo El Doctor en voz baja. — Usted carece absolutamente de sensibilidad moral. No siente nada por la gente que asesina... no, permítame expresarlo de otro modo, por las personas que sus armas matan. Él se inclinó hacia adelante. — ¿Qué sucedió con Matherson, de todos modos? ¿Y con todos los demás que su amigo enterrador asesinó?

— ¿Mi amigo enterrador?

— El que succiona la vida de las personas y luego la escupe dentro de una pecera, dijo Clara.

— Ah, deben estar refiriéndose a Empatía. Sí, es un caso interesante, me alegro que hayan preguntado por él. Empatía es la clave para mi última arma. Mi última, aunque lo diga yo mismo, y mi más grande arma.

— Sospecho que miramos las cosas de maneras diferentes, le dijo El Doctor.

Milton ignoró esto y reclinándose en su silla tamborileó las puntas de sus dedos mientras hablaba. — Ese era un pobre y triste hombre cuando lo encontré. Trabajaba en el carnaval también, aunque con una capacidad bastante baja. Ese resultó ser un rico campo de reclutamiento. Pero saben, ni siquiera recuerdo su nombre.

— David Rutherford, Silueta dijo en voz baja.

No hubo evidencia de que Milton la escuchara. — Él era una de esas personas que desesperadamente quieren encajar. No era deliberado, pero su comportamiento se modificaba en función del estado de ánimo de la gente con la que estaba. Si ellos estaban felices, entonces él también lo estaba. Si ellos estaban tristes, entonces él tenía los males del mundo sobre sus hombros. Él sentía lo que ellos sentían, veía el mundo a través de sus ojos. Emocionalmente él dependía mucho del momento, maleable, *receptivo*.

— ¿Y eso es algo malo?, dijo Clara. — Suena como si él fuera comprensivo.

— Oh, ciertamente. *Empático*, incluso. Y desde luego mejoré esa habilidad.

El Doctor se inclinó hacia adelante. — Así que el absorbe la emoción más dominante en las personas que mata. Las despoja de ellas y las deja vacías, como cáscaras muertas.

Milton señaló con su dedo con aire triunfante. — Lo ha comprendido exactamente.

— Aparte de matar personas, dijo Clara, — ¿cómo lo convierte eso en un arma?

— Porque la gente que él ha estado matando, de acuerdo con Strax, dijo El Doctor, — están furiosas. Muy furiosas. Desafectos, oprimidos, hirviendo de rabia por las injusticias del mundo y su lugar en él.

— Esta ciudad es la más rica del mundo, dijo Milton. — Y la de más pobreza. Aquí viven aquellos que son los más afortunados y los más desafortunados. Los más satisfechos con su suerte y los más infelices.

— Creo que Dickens lo dijo mejor, murmuró El Doctor.

— ¿Y eso qué?, dijo Clara. — ¿Ese tipo Empatía está tomando la furia de las personas?

— Furia, rabia, ira. Sí.

— Y no solo eso, dijo El Doctor en un repentino tono grave. — Usted lo está almacenando. Empatía la toma y luego la expulsa en la esfera de vidrio de su biblioteca.

— Para crear una nube... una criatura... de furia pura. Milton se rió de repente y se puso de pie. — Y ahora eso es un arma.

— Eso es *despreciable*, replicó el Doctor

Pero Milton se estaba apresurando a atravesar la habitación, subiendo al área elevada donde estaba su escritorio. El se sentó y trabajó en un aparato delgado en forma de tableta

y miró hacia la pantalla por unos segundos. Entonces asintió con satisfacción y caminó lentamente para reunirse con ellos.

— Bueno, quien lo habría pensado, dijo él. — Puedo ver por qué Afinidad estaba tan confuso.

— Él tiene ese efecto en la gente, dijo Clara.

— Nada menos que un Señor del Tiempo, Milton prosiguió. — Nada con lo que uno se cruce todos los días. De hecho, no es algo con lo que uno nunca esperaría cruzarse.

— Dudo que le suceda de nuevo, le dijo El Doctor.

— ¿Y usted tiene la audacia de predicarme acerca de la creación y el uso de armas?, Milton dijo. Él chasqueó su lengua y meneó su dedo como si le estuviera hablando a un escolar travieso. — Cuando pertenece a la raza responsable de la guerra más destructiva y apocalíptica jamás librada. Y aquí estoy yo, un humilde comerciante en armas tratando de evadir la justicia y llevar una vida decente. Oh, aquí estamos en presencia de un experto, alguien que cuando se trata la guerra está totalmente en el más alto nivel.

— Yo acabé con esa guerra, dijo El Doctor, su voz era baja, tensa y con emoción.

— Esa fue el final de la misma, a final de cuentas, la que costó la mayoría de las vidas, Milton contraatacó — Y cada vida, eso me han dicho, es valiosa.

Hubo silencio por unos instantes. — Creo que el tiempo del té ha terminado, dijo finalmente Milton. — Silueta, querida. ¿Podrías llevarte las tazas? Entonces sugiero llevar la reunión a la biblioteca.



El enterrador... Empatía... estaba esperándolos por fuera del estudio de Milton. Lo sintieron detrás mientras caminaban de nuevo hacia la biblioteca, con su cabeza baja y sus manos por detrás de la espalda como si siguiera a un cortejo.

— Ira pura y cruda, dijo Milton orgulloso mientras se aproximaban a la esfera de vidrio.

Clara podía ver que ahora había un tubo que iba de la parte trasera del globo hasta la chimenea y subía por el ducto de ésta.

El Doctor lo había visto también. — ¿Usted no va a liberar eso?, dijo él, horrorizado.

— ¿Qué útil es un arma si nunca ha sido probada?, Milton dijo. — Imagine lo que podría hacer a una ciudad como Londres. Una elección obvia, desde luego, para una demostración ya que es la ciudad más extensa y grandiosa en este planeta tan atrasado.

— ¿Qué sucederá?, preguntó Clara.

— Una nube de ira infectará a todo aquel que la respire, El Doctor dijo. — ¿Qué pensás?

Milton se volvió hacia Empatía. — ¿Qué es lo que vos pensás?

— Habrán disturbios, dijo él, su voz era calmada e indiferente como la de Milton. — Violencia. Matanzas. Muerte. En pocas horas toda la ciudad estará en guerra consigo misma. En pocos días no quedará alguien vivo.

— Pero eso es... Clara se esforzó por pensar en una palabra lo suficientemente poderosa y dura. — ¡No puede hacerlo!

— Como dije, necesita ser probada, Milton le dijo. — Si la estoy vendiendo como algo viable y muy caro, entonces el arma debe ser capaz de demostrar que funciona como se anuncia. Y aquí es donde usted entra, desde luego.

— ¿Yo?

— Bueno, en realidad El Doctor, Milton caminó más cerca del Doctor. — Empatía puede matarlos en un momento, desde luego. Así que por favor no intente nada estúpido. Había esperado convertirlo en un arma. De hecho, creo que usted sería el arma más destructiva de todas. Seamos sinceros, usted ya tiene más de la mitad del camino recorrido.

— No puede empezar a imaginar, dijo El Doctor suavemente.

— Pero ahora sé quién... y qué... es usted. El negó con su cabeza. — Afinidad tuvo problemas y creo que yo también los tendría. Usted mencionó la libre voluntad, y por supuesto mis armas no se permiten nada que se aproxime a tal lujo.

— Habló de implantes cerebrales, dijo El Doctor. — Impulsados por un cristal de inducción.

— Oh, lo notó.

— ¿El cristal alrededor del cuello de Silueta?

— La mantiene bajo mi control, agregó Milton. — Mientras que Empatía y Afinidad son controlados por los cristales en los anillos que portan. Por favor.

Él hizo un gesto a Empatía quien extendió su mano izquierda. En su dedo medio estaba colocado un anillo con un gran cristal rojo, una versión en pequeño del que Silueta portaba.

— Silueta era muy voluntariosa, me temo. Es por eso que su cristal de control ha de ser algo más grande, dijo Milton

— ¿Y usted va ponernos esos cristales?, preguntó Clara.

— A usted, y a las otras dos, probablemente. Debo decir que también algo de cirugía será necesario, me temo. Él se volvió hacia El Doctor. — Pero usted no.

— ¿Por qué no?, preguntó El Doctor. — Ellos se ven muy bien. Y el rojo es mi color, sabe.

— Quizás. Pero dudo que un cristal del tamaño de esta casa pudiera mantenerlo en jaque. Lo cual es una pena. Como digo, podría convertirlo en una brillante y valiosa... por así decirlo... adición a mi arsenal.

— Lo siento si soy un problema, El Doctor le obsequió una sonrisa.

Milton asintió a Empatía quien se movió a un lado de la esfera de vidrio, con su mano puesta en la escotilla.

— Oh, eso no es un problema, dijo Milton. — ¿Tal vez desearía ver lo que Empatía está a punto de hacer?

— Estaría fascinado, dijo El Doctor caminando hasta colocarse junto a la figura oscura. — ¿Qué está a punto de hacer?

— Antes de probar el arma de la ira en toda una ciudad, dijo Milton. — Quisiera probarla en un individuo.

Mientras él hablaba Empatía abrió la escotilla con una mano y atrapó por detrás de la cabeza del Doctor y la obligó, súbita y violentamente, a descender por la abertura.

Tomado por sorpresa, El Doctor jadeó y luchó. Pero su cabeza fue empujada dentro de la esfera... tosiendo y balbuceando.

— No... alto. Clara se lanzó hacia la esfera, pero Milton la atrapó y tiro de ella.

— Él nunca lastimará a nadie, Clara le dijo, tirando para liberarse. — Usted nunca lo obligará a lastimar a alguien.

Milton sonrió con satisfacción mientras Empatía sacó al Doctor y cerró la escotilla.

El Doctor cayó de rodillas, llevó la mano a su garganta, tosiendo y con náuseas. Sus ojos estaban abiertos de par en par y todo su cuerpo empezó a agitarse. Su expresión era de ira pura.

Milton le dio a Clara un empujón repentino por la espalda. Ella se tambaleó hacia adelante, una de sus rodillas tocó tierra y se encontró mirando directamente hacia la contorsionada cara del Doctor.

— Eso lo vamos a ver, ¿de acuerdo?, dijo Milton. — ¿Daré rienda suelta a su ira matándola a usted? ¿O trataré de contenerla dentro de sí mismo? En cuyo caso, eso lo hará pedazos.

CAPÍTULO 17

La cara del Doctor era una máscara de ira y furia. Sus labios se retiraron de sus dientes apretados y los surcos de su frente se profundizaron. Él cayó hacia adelante sobre sus manos y sus rodillas, sus dedos arañaron las tablas del piso. Su respiración se convirtió en cortos jadeos, casi en sollozos, mientras trataba de contener la emoción.

— No falta mucho, dijo Milton, su voz estaba casi desbordante de satisfacción.

Clara miró hacia la cara desfigurada del Doctor, sin poder apartar la mirada. Los ojos de él estaban desorbitados, inyectados de sangre, mirándola con una maldad incluso más allá de la que ella le había visto volver contra las criaturas más mortíferas y malignas. Él levantó su mano, sus dedos se torcieron en garras, todo su brazo temblaba. Alargó la mano hacia Clara... ¿por ayuda?... ¿O para arañar con sus uñas su rostro? Su respiración era entrecortada... corta, punzante, jadeos desesperados por el aire, con gotas de saliva sobre sus labios. El color parecía haberse desvanecido de su rostro, quedando pálido como la muerte.

— ¡Clara!, él jadeó. — Clara, yo...

— ¿Qué puedo hacer para ayudarte?, ella demandó saber.

Pero él parecía no escucharla. Sus ojos se volvieron hacia arriba, mostrando solo la parte blanca, mientras él se inclinaba hacia atrás arrodillado, con los brazos extendidos de repente.

— No hay nada que pueda hacer, Milton dijo suavemente detrás de ella. — Yo diría que esto se puede calificar como un éxito.

Ella sintió su preocupación convertirse en ira. Pero incluso mientras Clara se volvía para arremeter contra Milton, lista arañar con las uñas de sus manos su rostro, ella escuchó al Doctor reír.

No había mucho de risa. Era más una torturada exhalación. — No creo mucho en sus calificaciones. La carraspera se convirtió en tos, la cual se convirtió finalmente en una larga exhalación. Lentamente El Doctor luchó por ponerse de pie, agarrando el brazo de Clara para apoyarse. Su rostro quedó exhausto y pálido, pero la rigidez de la concentración había desaparecido.

La ira estaba aún en su voz, como un trasfondo a sus palabras. — ¿Cree que pude usar la ira como arma contra mí? He estado furioso por tanto tiempo que no queda nada que usted o alguien más pueda enseñarme respecto a ella.

— Eso puede verse, Milton dijo, decepcionado. — Estoy impresionado. En verdad.

El Doctor soltó rápidamente del apoyo de Clara, manteniéndose de pie por su propia cuenta. Desafiante, aunque, balanceándose ligeramente. Ahora él se miraba más cansado que furioso. El esfuerzo por resistir los efectos de la nube de emoción claramente había cobrado su precio.

— ¿Pero qué hay de usted?, preguntó El Docto.

— ¿Yo? Oh, no se preocupe por mí, Milton le dijo.

— Liberar esa nube en Londres impregnará todo, incluso esta casa.

— Buen punto, Milton le concedió.

— Así que no puede liberarla, Clara se dio cuenta. — O será afectado también. Y supongo que usted no puede resistir esa cosa de la manera que El Doctor lo hizo.

— Tristemente le aseguro que está en lo correcto, Milton agregó. — Lo cual es la razón por lo cual me aseguraré de no inhalar algo de esa nube. Él caminó hacia la esfera de vidrio. — Se dará cuenta que aparte de la escotilla, la única salida de este recipiente es a través de la tubería que conduce del ducto de la chimenea.

— Eso no le ayudará, El Doctor interrumpió. — Esa nube se dispersará a través del denso aire de Londres. Podría tomar un tiempo, pero donde sea que se encuentre, ella lo encontrará.

— Si me permite terminar lo que le estaba diciendo, notará que eso de allí no es el mecanismo de liberación del contenedor.

— ¿Está planeando no liberarlo en absoluto?, dijo Clara confundida.

— Un sistema a control remoto, El Doctor se dio cuenta. — Lo activará desde algún lugar, en algún lugar seguro. Hermético.

— Mi nave, dijo Milton. — La tengo en secreto en el sótano de esta casa. Allí hay una rampa de lanzamiento que lleva hasta la cochera fuera de la casa. No estoy planeando ir a ningún lugar. Puedo monitorear los efectos de la nube a distancia desde mi nave.

— Y emerger de nuevo una vez que la nube se haya dispersado.

— Estimo que en setenta y dos horas toda la ira habrá sido absorbida por la población de Londres. La cual estará muerta en otras doce horas. Máximo. Incluyéndolo, creo, Doctor. A usted le pudo ser posible resistir una pequeña de la nube pero imagino que la dosis completa destruirá incluso su notable capacidad para resistir. Y si no, no habrá escases de otras personas enfurecidas, suficientes para destrozarlo miembro por miembro.

Tan inquebrantable era la calma del hombre como cualquier cosa que tuviera Clara. Él estaba allí de pie, hablando de matar a toda la población de Londres en una especie de demostración publicitaria como si no tuviera más impacto o efecto que repartir folletos en una feria comercial. Ella podía sentirlo cada vez más exaltado.

Ahora, especialmente después de lo que le había hecho al Doctor, a ella le fue imposible contenerse por más tiempo. Saltó hacia Milton, alcanzándolo por la garganta. Pero él era más rápido y fuerte de lo que parecía, tomando sus muñecas y empujando lejos a Clara. Ella se tambaleó hacia atrás y El Doctor la atrapó antes de que pudiera caer.

— Querida, querida, Milton la reprendió. — No olvide que puedo matar a sus amigos en un momento. Él sacó un pequeño aparato del bolsillo de su chaqueta. — Puedo cambiar el tamaño del campo de fuerza que las retiene, haciendo que las barras se cierren cada vez más hasta que... el negó con su cabeza con fingida tristeza... no es una bonita manera de morir.

— Lo detendremos, Milton, El Doctor dijo. — No puedo permitir que eso ocurra. Lo sabe.

— Lo sé, Milton agregó. Lo cual es la lamentable razón por la que debe morir. Esperaba que pudiera serme de utilidad de alguna forma, pero evidentemente no. Ahora, si me disculpa, tengo preparaciones finales que hacer para liberar mi arma. Así que deberé dejarlos en las manos más capaces de Empatía.

Milton se volvió para irse. El Doctor hizo a seguirlo, pero Empatía caminó en frente de él.

— Necesito que me regrese esa ira que está en usted, Doctor, dijo Milton desde la puerta. — Y mientras él está en eso, Empatía también podría tomar la ira de la mujer. Ella demostró muy admirablemente que tiene mucho de eso en plena ebullición en su interior. Lamentablemente, el proceso los matará a ambos. Milton dio la vuelta para marcharse, entonces dudó. — Lo siento... en realidad eso no es cierto. Como le he inculcado a Silueta, uno nunca debe disculparse a menos que en verdad lo sienta. Y no siento remordimiento alguno. Adiós a los dos. Ha sido una tarde fascinante y estimulante.

— Desearía poder decir lo mismo, El Doctor le dijo. Pero Milton ya se había marchado, cerrando la puerta detrás de él.

— ¿Y qué hacemos ahora?, dijo Clara.

— Ustedes morirán, dijo Empatía.

— No, Empatía... piense en esto, dijo El Doctor rápidamente. — Esa nube de ira matará a todos en Londres. Debe tener amigos allá afuera, personas que le importan. Tal vez usted pueda resistirlo, tal vez no. Pero piense en el resto de la ciudad.

Empatía avanzó hacia ellos, con la boca muy abierta, lista para inhalar sus emociones, su furia.

— ¿Y si quebramos esa esfera?, dijo Clara desesperadamente.

— No sería bueno... eso solo liberaría la nube. El Doctor dio un paso hacia Empatía. — Muy bien, dijo él. — Muy bien. Va a matarnos. Pero máteme primero a mí.

— No... ¡Doctor! Clara gritó. Ella intentó correr hacia adelante, para empujar hacia un lado al Doctor. Quizás él podría escapar mientras Empatía la mataba... drenándole cada emoción que la hacía ser quien era. Si alguien podía detener a Milton, ese era El Doctor y ella debía darle la oportunidad para intentarlo.

Pero Empatía ya estaba listo para drenar la ira del Doctor. Ella podía ver una niebla oscura, como una versión más pequeña de la nube en la esfera, flotando fuera de la boca y nariz del Doctor. Entonces eso pareció emanar de todo su cuerpo. Empatía lo estaba aspirando, con su boca increíblemente abierta.

— Quiere mi ira, dijo sin aliento El Doctor. — La quiere... ¡Entonces la tendrá!

Él lanzó hacia atrás sus brazos y abrió su propia boca. La bruma se espesó de repente en una negra niebla que se estrelló contra Empatía como una gran ola. Hubo un grito, un grito de interminable dolor y sorpresa. Le tomó un momento a Clara darse cuenta

de que no provenía del Doctor, sino desde el corazón de la negra niebla que envolvió a Empatía.

Lentamente ésta se despejó, para revelar que figura vestida de oscuro yacía en el piso. Su sombrero había caído a corta distancia, la seda negra se curvó en forma de un signo de interrogación a través de las tablas de madera.

— ¿Qué sucedió?, dijo Clara. — ¿Está muerto?

— No, pero estará fuera por un momento. Sobredosis de emoción. Obtuvo toda la ira que yo absorbí de la esfera y más. Parece que fue un poco más de lo que él podía manejar.

— ¿Y cómo evitaremos que Milton libere esa cosa?

El Doctor ya estaba examinando la esfera. — No hay forma de dispersarla de modo seguro. Y no veo la forma de separar la esfera del mecanismo de liberación.

— ¿Estás diciendo que no podemos detenerlo?

El Doctor tamborileó su dedo índice contra su barbilla mientras lo consideró.
— Podríamos detenerlo si llegamos a él a tiempo.

— ¿Y si no?

— Entonces necesitaremos un plan de contingencia. Él se volvió a mirar hacia la figura tendida de Empatía. — Sí, eso podría funcionar, él murmuró. Y entonces más fuerte dijo:
— Bien, encontrá vos a Vastra y a Jenny y sacalás de esa jaula. Entonces ellas podrán ayudarte a encontrar a Milton. Quizás puedan detenerlo, quizás no.

— ¿Y qué hay de vos?

— Oh, yo voy a esperar aquí por unos minutos, solo hasta que nuestro amigo empiece a recobrase. Habiendo absorbido toda esa ira, va a estar más loco que en el infierno. Y va a estar más loco que yo.

— ¿Entonces no deberías alejarte bastante de él?

— Absolutamente no. El Doctor sonrió de pronto. Luego de un tiempo, Clara se dio cuenta que ya que había visto en él una sonrisa genuina, las cosas debían estar mejorando. A menos de que El Doctor se haya vuelto completamente loco, ella pensó, mientras él decía:
— Voy a llevarlo al carnaval. A él le va a encantar.

— ¿Vos qué?

— El Carnaval de las Curiosidades. Si vos, Vasta y Jenny no pueden detener a Milton, entonces ese es el único lugar donde puedo encontrar lo que necesito para impedir que esa nube de allí de convertir a todos en furiosos asesinos.

— Bueno. Querés explicarme eso.

— Me encantaría, le dijo él. — Pero no tengo tiempo.

— Está bien. Si vos sabés lo que estás haciendo.

En respuesta él le guiñó. Clara decidió que eso tendría que bastar para tranquilizarla. Ella pasó junto a Empatía, quien empezaba a moverse, intentando levantarse lentamente del piso. Ella se apresuró a descender por el corredor hacia la habitación donde Vasta y Jenny estaban prisioneras.

Escuchando el sonido de pisadas detrás de ella, Clara miró hacia atrás. Vio al Doctor salir rápidamente de la biblioteca y dirigirse hacia la puerta. Un momento después, la oscura y fúnebre figura de Empatía lo siguió. Incluso desde la parte de abajo del corredor Clara podía oírlo sisear su ira.

— Oh, Doctor, ella murmuró. — Espero vos que sepás lo que estás haciendo.

*

— Oh, Doctor, el propio Doctor murmuró mientras emergía de la casa de Milton.

— Espero que sepás lo que estás haciendo.

El truco era mantener a Empatía a la vista pero sin permitirle acercarse demasiado. El Doctor no estaba del todo seguro de poder sobrevivir a otro drenaje de emociones como el último. Si él no hubiera estado ya cargado con furia adicional el drenaje lo hubiera acabado. El Doctor también estaba confiando en que Empatía estuviera tan enfocado en ir tras él, que el hombre... si podía aún llamarse hombre... no descargará su ira con alguien más que se atravesara en su camino.

Otro factor desconocido era cuánto tiempo tenía el Doctor antes de que Milton liberara la nube de ira sobre Londres. Él sabía que Clara y las otras harían su mejor esfuerzo por detenerlo, pero siendo realista, en eso iba a quedar. Milton podría ser encantador y conversador, pero él también era obviamente muy despiadado, capaz y muy probablemente vengativo. Además, desde luego, siempre era mejor asumir y planear para el peor de los casos. Algunas veces El Doctor era agradablemente sorprendido cuando el peor de los casos no sucedía. Pero no a menudo.

Habiendo regresado a la Feria Helada, El Doctor estaba complacido en ver que estaba concurrida. La tarde se transformaba en noche, y la luz estaba disminuyendo, así que él aguardó un momento para estar absolutamente seguro de que Empatía lo viera dirigirse hacia la multitud reunida. Él necesitaba tiempo para preparar y tiempo para que Milton actuara. Y no sería bueno que Empatía lo encontrara demasiado pronto. Así que la muchedumbre fue un camuflaje bienvenido, en donde se perdió por un tiempo.

Muchas veces, mirando hacia atrás a través de la masa de gente, El Doctor llegó a ver el distintivo sombrero negro de Empatía sobre la gente. Éste probablemente pudo suponer eventualmente que El Doctor estaba dirigiéndose hacia el carnaval. Era improbable que él adivinara por qué. Incluso así, El Doctor dio un rodeo, en caso de que Empatía llegara a verlo.

Al momento de llegar al carnaval, allí no había rastro de Empatía. Incapaz de encontrar su tiquete de la mañana, El Doctor buscó a tientas un penique. Él debía en verdad, reflexionó, estar libre de cargos ya que estaba salvando al mundo. Una familia que estaba apenas partiendo, madre, padre y un pequeño chico, en cuya cara estaba radiante con una sonrisa y cuya boca había olvidado cómo dejar de trabajar.

— Y una sirena de verdad también, estaba él diciendo. — Una auténtica sirena.

— ¿Cuál fue tu favorito?, la madre preguntó mientras ellos pasaban rosando al Doctor. Él no pudo evitar vacilar un momento para averiguarlo. La respuesta lo sorprendió.

— El Hombre Fuerte, dijo el chico. — Era *impresionante*. La forma en que podía doblar esas barras de metal. Y levantar esos pesos tan pesados. ¿Y qué hay de cuando levantó a aquel hombre con una mano porque dijo que todo eso era un truco y que los pesos realmente no eran pesados?

El efusivo entusiasmo del chico se desvaneció dentro de la muchedumbre. Lo que era ser joven, pensó El Doctor. Pero... ¿El Hombre Fuerte? Parecía improbable que el pobre Michael hubiera tenido una milagrosa recuperación y regresado de la muerte, pero de nuevo nada que... El Doctor bien sabía... fuera posible.

Había toda una multitud reunida alrededor de un área donde El Hombre Fuerte se presentaba. El Doctor se abrió camino a empujones, gritos ahogados de asombro y temor acompañaban su avance. Cuando él estaba lo suficientemente cerca para ver lo que sucedía, el sonrió junto con el resto de la audiencia. Eso era realmente muy impresionante.

La presentación terminó cuando El Hombre Fuerte tomó una gruesa barra de metal y la curvó. De hecho, más que curvarla, prácticamente la dobló a la mitad. Y como punto final, la

desdobló y la puso recta de nuevo. El Doctor aplaudió junto con todos los demás. El Hombre Fuerte hizo una reverencia y se retiró a su pequeña tienda.

Mientras la muchedumbre gradualmente se dispersaba, El Doctor hizo su entrada en la tienda y pasó dentro.

— Esa fue una excelente presentación, dijo él. — Verdaderamente impresionante. Sabés cómo trabajar a una audiencia. Lo cual es bueno, porque necesito tu ayuda para reunir a todos los artistas que podás encontrar. Juglares, payasos, acróbatas, devoradores de fuego, a todos ellos.

— ¿Está reuniendo un ejército?, preguntó Strax.

— Por así decirlo, El Doctor agregó. — Un ejército de artistas quienes van a ayudarnos a salvar el mundo, o al menos la ciudad de Londres.

— ¿Vamos a luchar?, Strax preguntó. — ¿Establecemos un fuego de cobertura y asaltamos al enemigo en un devastador ataque frontal con granadas tijera, explosivos de fragmentación y artillería láser pesada?

— No exactamente, admitió El Doctor. — Vamos a montar un espectáculo. Vamos a dar la presentación de nuestras vidas.

Strax no dijo nada por el momento mientras absorbía la información. Entonces asintió y sus delgados labios pálidos se curvaron en una sonrisa de satisfacción. — Excelente.

CAPÍTULO 18

La única luz provenía de la puerta detrás de Clara y de las barras sólidas de luz que brillaban desde la jaula. Vastra y Jenny aún estaban sentadas dentro del círculo. Ambas se pusieron de pie cuando Clara entró.

— Gracias a Dios, Jenny exclamó.

— ¿Estás sola?, Vastra dijo.

— Milton se oculta en algún lugar y El Doctor está planeando algo brillante, Clara explicó. — Así que, ¿cómo haré para sacarlas de allí?

Vastra apuntó hacia el panel de control en la pared cerca de la ventana. Clara requirió algunos intentos antes de apagar las barras, pero finalmente la jaula se disolvió en la oscuridad.

— Tenemos que detener a Milton, les dijo Clara. — Él tiene esa nube de ira pura o algo así que planea liberar sobre Londres.

— ¿Con qué propósito?, preguntó Vastra.

— Es un arma. Convierte a todo aquel que la respira o toca en un zombi maniático asesino. O algo así.

— ¿Por qué está haciendo esto?, preguntó Jenny.

— Para demostrarles a los compradores potenciales que funciona, Clara dijo.

— Él está tratando de restablecer su negocio como proveedor de armas, dijo Vastra. — Pero tiene que ser cuidadoso. Si la Proclamación de las Sombras lo localiza, imagino por lo que nos ha estado diciendo, lo ejecutarían.

— Así pues, ¿dónde está él?, Jenny demandó saber. — Vamos y démosle su merecido.

Milton mencionó que había ocultado su nave bajo la casa. Pero Clara calculó que el mejor lugar para empezar a buscarlo era el estudio donde les había servido té. Ella llevó a Vastra y a Jenny de regreso a través de la casa. No había señales de nadie más.

El estudio también aparentaba estar vacío.

— Podría haber algo útil en el escritorio, sugirió Jenny.

— Buena idea, agregó Vastra.

Pero el escritorio estaba limpio, a excepción de una pequeña pistola futurística y de la computadora compacta y su pantalla, que Clara había visto a Milton usar recientemente.

— Dondequiera que esté, está desarmado, dijo Jenny. Ella le ofreció el arma a Vastra. — ¿Madame?

Vastra la tomó, la examinó brevemente y la regresó al escritorio. — Está codificada para su firma biológica. No nos sirve, ya que solo Milton puede operarla. Esto, sin embargo, podría sernos más útil. Ella pasó su mano sobre la superficie de la computadora, y la pantalla volvió a la vida. — Arrogante de parte de él por no asegurarla.

— Obviamente no esperaba que los visitantes llegaran tan lejos, dijo Clara.

La mayor parte de lo que parpadeaba en la pantalla no significaba nada para ella... símbolos y ecuaciones, escritos en un lenguaje que no había visto antes. Pero entonces Vastra encontró la forma de entrar en los sistemas de seguridad. Imágenes de varias áreas

de la casa aparecían en ventanas en la pantalla. Una mostraba la vista de una elegante nave espacial al final de una rampa inclinada.

— Así debe ser como llegó aquí, dijo Clara.

— Y como espera escapar, agregó Vastra. — Aunque si las autoridades se están acercando a él, realizaran un rastreo de la firma del motor tan pronto despegue.

Otra ventana daba una vista del estudio, las otras tres se agruparon alrededor de la pantalla. Clara miró hacia donde la cámara debía estar, pero no pudo verla. El aparato debía estar bien escondido. Más habitaciones vacías, la mayoría de ellos obviamente sin usar. Entonces, en la última, Milton apareció en la pantalla. La ventana mostraba la esfera de vidrio, la nube negra de ira arremolinaba en su interior mientras Milton revisaba la tubería que salía de ella. Él ajustó una válvula y asintió con evidente satisfacción.

— ¿Sabés dónde está eso?, preguntó Vastra.

— La biblioteca, Clara le dijo. — Por aquí.

— ¿Podemos evitar que él libere esa cosa?, preguntó Jenny mientras se apresuraba a través de la casa.

— Él dijo que el mecanismo de liberación trabaja a control remoto, dijo Clara. — Solo está revisando que todo esté listo. Creo que tiene que liberarlo desde algún otro lugar. Quiere estar en su nave y pasar una segura cuarentena en ella... así que quizás el control de liberación esté en la nave.

— Entonces tal vez sea posible detenerlo después de todo, Vastra dijo.

Milton estaba aún trabajando en la esfera, enmarcado entre dos sillones de respaldo alto, mientras las tres corrían hacia la biblioteca. Él levantó la mirada cuando entraron. Su sorpresa desapareció con una sonrisa a modo de afable saludo.

— Están justo a tiempo, les dijo él. — Si esperan unos pocos minutos verán el tanque vacío y limpio cuando descargue la nube sobre el aire de Londres.

— Usted no hará tal cosa, Vastra le dijo.

— El juego ha terminado, agregó Clara. — Siempre he querido decir eso, así que lo diré de nuevo... El juego ha terminado. Sé que no puede liberar eso desde aquí porque cometió el error de decirnos eso.

— Y usted no va a ir a ningún lugar, dijo Jenny.

Milton frunció el ceño. — Que tedioso, dijo él metiendo la mano en su bolsillo.

— Si está buscando su arma está en su escritorio, le dijo Clara.

— Gracias. Pero en realidad estaba buscando esto. Milton tiró del reloj en su bolsillo, revisó el tiempo rápidamente y lo regresó. — Tengo un cronograma, me temo. Muchos compradores potenciales están observando por sensores de largo alcance para ver lo que sucede cuando libere a mi amigo de aquí. Él dio una palmadita sobre la esfera.

— Entonces estarán desilusionados, dijo Vastra.

Milton pareció ignorarla. — Mis transmisiones podrían haber alertado a las autoridades de mi localización general. Ellos no tendrán una ubicación exacta, por lo que tengo que ser más cuidadoso en los próximos días. El prosiguió como si relatara una anécdota particularmente divertida. — ¿Esa Proclamación de las Sombras arregló para que me juzgaran *en ausencia*? Aparentemente seré ejecutado al mostrarme. Así que me perdonarán si las dejo disfrutar de sus fantasías mientras prosigo con asuntos más importantes.

— Usted no va a ir a ningún lugar, le dijo Jenny. Ella flexionó sus manos y adoptó la posición de combate.

— Asumiendo que la doble negativa no fue intencional, dijo Milton, — siento disentir. Él levantó un montón de papeles de un lado de la mesa. Clara pudo ver que estaban cubiertos con escritura y bocetos. — No tienen idea de lo valioso que son estos papeles. Algunas de estas ideas podrían cambiar la naturaleza de la guerra en la era moderna. Proyectos que pretendo hacer realidad una vez que haya dejado partido y dejado atrás a este mundo tan sombrío y a sus aburridos habitantes. Incluyendo la presente compañía. Ahora, si me disculpan.

Mientras él hablaba dos figuras se levantaron de los dos sillones situados entre Milton y los demás. Los altos respaldos habían ocultado su presencia hasta ahora. Una de las figuras era Silueta. Clara se sorprendió al ver que la otra era un joven que ella reconoció.

— ¿Oswald?

— Oh, querida, dijo Oswald. — Pienso que esto podía ser un poco embarazoso. Verá, realmente yo no soy Oswald.

— ¿Qué?

Clara miró impactada por la sorpresa como los rasgos del joven se volvían borrosos y cambiaban. Su cara se hizo más redonda, su cabello oscuro de pronto fue una masa rebelde de cabello rubio.

— Un poco más de lo que soy Jim, la figura dijo. La cara cambió de nuevo, colapsando sobre sí misma, entonces se expandió de nuevo en una forma diferente... una cara reptiliana similar a la de Vastra. — O Festin.

Entonces, abruptamente, el hombre no tuvo cara en absoluto. Solo un rostro inexpresivo salpicado únicamente por las formas más básicas de ojos, nariz y boca. — Soy cualquiera y nadie. Soy Afinidad.

— Sí, dijo Jenny. — Bueno, algunos de nosotros hemos visto sus trucos antes, y quienquiera que sea, no nos detendrá.

— No tiene mucha razón, me temo, dijo Milton. — Ya que ustedes no me detendrán.

Él se dirigió resueltamente hacia ellas. Afinidad y Silueta se hicieron a un lado respetuosamente para dejarlo pasar. Vastra, Jenny y Clara cerraron filas, interponiéndose en el camino del hombre. Mientras Milton se aproximaba a ellas, Silueta abrió sus brazos y extendió sus dedos.

Algo golpeó fuerte a Clara en su espalda. Ella hizo una mueca, volviéndose instintivamente para ver quién estaba detrás de ella. Pero allí no había nadie. Junto a ella, primero Jenny y luego Vastra gritaron de la sorpresa y el dolor. Con el rabillo del ojo, Clara vio movimiento. Ella se volteó... a tiempo para mirar un libro volar fuera de la estantería más cercana. Éste voló a través de la habitación, con las cubiertas batiendo el aire como alas, dirigiéndose directamente hacia Clara. Ella lo alejó de un golpe. Pero el libro no cayó... y regresó hacia ella como un ave furiosa.

Más libros lo siguieron, arremolinándose alrededor de Clara, Jenny y Vastra. Un torbellino de papel batiendo hacia ellos incesantemente. Ella vio a Vastra agarrar un libro y partirlo en dos. Por un momento estuvo en el piso, luego las páginas arrancadas del lomo del libro volaron de nuevo hacia la cara de Vastra. A través de la tormenta, Clara vio a Milton dándose prisa en salir de la habitación. Ella trató de gritar pero sus palabras fueron ahogadas por otra andanada de papel.

Las manos de Jenny estaban difusas, deslizándose entre los volúmenes que atacaban y aplastándolos. En contraste todo lo que Clara podía hacer era permanecer de pie y apartar los libros y el papel de su cara.

— Deténganlo, Vastra gritó a través del sonido del batir del papel. — Tenés que detenerlo, Jenny.

De algún modo, Jenny estaba haciendo progresos, forzando su camino a través de la tormenta de papel, tela y cuero, hacia donde Silueta se mantenía mirando. Finalmente ella estuvo lo suficientemente cerca para alcanzar a la mujer, lanzándose hacia ella y golpeando a Silueta contra el suelo. Pero eso ni hizo ninguna diferencia, más libros volaron de los estantes golpeando a Jenny.

— ¡El collar!, gritó Clara. — ¡Tomá su collar!

Ella no tenía idea si serviría, pero era en todo lo que podía pensar. Ella tuvo vistazos de lo que estaba sucediendo a través de la ráfaga de páginas. Destellos, como las trepidantes imágenes de una película antigua. Jenny alcanzó el cristal alrededor del cuello de Silueta. Agarrándolo. Rompiendo la cadena. Y lanzándolo lejos a través de la habitación.

Nada cambió. Los libros continuaron llegando. El cristal resonó en el piso de madera no muy lejos de Clara, brillando mientras captaba la luz. Con un esfuerzo supremo, Clara empujó a través de los libros, volviendo la espalda hacia ellos como si forzara su camino a través de un vendaval. Tres pasos... eso era todo... seguro que ella podía dar tres pasos. Parecía haber durado una eternidad, cuando ella bajó la mirada hacia el cristal, vio múltiples imágenes reflejadas escarlata de su cara, que le devolvían la mirada.

Ella pisó fuerte con el tacón de su bota.

El cristal se despedazó, fragmentos de rayos de sangre se esparcieron por el suelo.

De inmediato el ruido y la confusión cesaron. Los libros cayeron al piso. Lentamente Jenny se puso de pie. Silueta hizo lo mismo después de ella, mirando alrededor hacia los escombros esparcidos por el suelo. — ¿Qué he hecho?, dijo ella. Su voz era poco más que un susurro.

— No lo suficiente, el hombre de rostro inexpresivo se lanzó hacia ella.

Con un rápido movimiento, Jenny estuvo entre ellos, luchando con Afinidad. La mano del hombre alcanzó el cuello de Jenny. Hubo un destello rojo mientras se movía. Vastra y Clara corrieron en su ayuda. Clara agarró la mano del hombre, tirando de ella hacia atrás, desprendiendo el anillo de su dedo y lanzándolo al piso. De nuevo pisó con fuerza.

Y de nuevo el efecto fue inmediato. Afinidad pareció ceder, alejándose de Jenny. Su rostro se transformó, asumiendo el aspecto del presentador del carnaval que había presentado a Vastra a la audiencia como La Mujer Lagarto. Entonces en una rápida

sucesión, fue Festin de nuevo, luego Jim, y finalmente Oswald. Él miró a su alrededor, sorprendido y confundido, mientras lentamente sus rasgos se desvanecían de nuevo hacia el rostro inexpresivo.

— Mi cabeza, dijo lentamente. — Puedo... *pensar*.

— Estamos libres de él, dijo Silueta. Ella envolvió a Afinidad en un abrazo. Después de un momento ella se alejó de nuevo. — Gracias, ella le dijo a Clara, a Vastra y a Jenny.

— No nos dé las gracias aún, Clara dijo. — Aún tenemos que detener a Milton.

— Se ha marchado a su nave, dijo Silueta. — Por aquí.

Pero antes de que ella pudiera moverse, hubo un sonido al otro lado de la habitación... el repentino siseo del gas escapando. La nube negra dentro de la esfera se agitaba y arremolinaba. Mientras ellos observaban, la nube se adelgazaba y la esfera lentamente se volvió transparente y se vació.

— Muy tarde, se dio cuenta Clara. — Él liberó la nube.

— ¿Cómo la detenemos?, Vastra demandó saber.

Silueta y Afinidad se miraron entre sí. — No creo que podamos, dijo Afinidad.

— Milton podría saber la forma, Silueta sugirió.

— Entonces muéstranos donde está él, dijo Jenny.

*

La entrada a la cámara subterránea donde la nave de Milton estaba escondida estaba bajo la escalera principal. Una simple puerta de madera que parecía debía conducir a la despensa.

— Está bajando los escalones, Empatía explicó.

Pero cuando ellos abrieron la puerta, se encontraron con una cortina metálica. No había forma de abrirla.

Clara golpeó con su puño el metal de la frustración. — Se encerró. ¿Cómo abrimos esto?

Ni Silueta ni Afinidad tenían idea. — Él controla todo desde su estudio, Silueta indicó.

— La pantalla de la computadora, dijo Clara. — Vale la pena intentarlo.



La nube oscura fue expulsada como humo por la chimenea de la casa. Se esparció y se adelgazó cada vez más a través del cielo, flotando en su camino hacia Londres, disminuyendo lentamente a través del aire.

A muchas calles de distancia, un perro empezó a ladrar furiosamente. Cerca, un peatón que fue empujado decidió que después de todo estaba molesto. La frustración de un tendero con un cliente indeciso empezó a desbordarse.

Una tensión palpable estaba flotando en el aire. Las expresiones cambiaron cuando las sonrisas se convirtieron en ceños fruncidos, mientras la buena voluntad y la tolerancia de las personas se les escapaban incluso sin que ellos se dieran cuenta. Lo más leve era tomado por ofensa, el más afable gritaba con ira. Los argumentos se convirtieron en griteríos, los cuales se convirtieron en peleas y éstas se volvieron sangrientas.

Lentamente, al principio, esparciéndose desde la casa de Milton las emociones de las personas empezaron a controlarlos.

La ira nubló el juicio.



Silueta y Afinidad se mantenían ligeramente a parte de los otros mientras Vastra trabajaba en la pantalla.

— Tantas muertes, Silueta dijo en voz baja, triste. — Tanto sufrimiento.

La cara de Afinidad permanecía en blanco. Pero su voz tenía ahora alguna textura, haciendo eco de la tristeza y el arrepentimiento. — No fue algo que hicimos.

— Debimos de haberlo combatido.

— Lo hicimos. Lo intentamos. ¿Recordás?

Silueta asintió. — Lo recuerdo. Lo recuerdo todo.

Ante la pantalla Vastra dio un exasperado suspiro. — Es inútil. Los datos han desaparecido. Debí de haberlos borrado a distancia.

Mientras hablaba la pantalla parpadeó y una imagen apareció. Milton los miró desde su tableta. Detrás de él se podía ver el estrecho interior de su cabina de vuelo de su nave. — Verdaderamente no pueden ser tan ingenuos como para pensar que les dejaría alguna

forma de detenerme, ¿cierto? Su voz emergía claramente desde el aparato. — Les pediría que vinieran y se unieran a mí, pero como pueden ver, estoy un poco corto de espacio. Justo como ustedes lo estarán dentro de poco tiempo.

— No va salirse con la suya, le dijo Clara.

— ¿Otra melodramática frase que siempre ha querido utilizar?, dijo Milton. — Lástima que sea tan inexacta como la primera. ¿Y son Silueta y Afinidad eso que veo detrás de ustedes? Él los saluda con la mano. — Estoy tan apenado que ustedes también sean afectados por la nube. Muy pronto, espero. Están en el ojo de la tormenta, por así decirlo, así que podrían tener un poco más de tiempo antes de que eso se extienda por toda la atmosfera de Londres.

Silueta se acercó a la pantalla. — No hizo hacer cosas terribles, dijo ella.

Milton sonrió con simpatía. — Yo te convertí en un arma, querida. Armas para hacer cosas terribles. Esa es la razón de ser de las armas.

— Es un error volver sus propias armas en su contra.

— Creo que estoy muy seguro aquí, gracias. Oh, pero hay una cosa que aún podés hacer por mí. Él se inclinó ligeramente hacia adelante. — Dejé la pantalla encendida. Me gustaría verlos cuando la nube de ira los alcance. Quisiera observarlos matarse unos a otros con ira y rabia.

— El Doctor lo detendrá, dijo Clara. Ella trató de sonar como si lo creyera. A juzgar por la divertida expresión de Milton, no lo logró.

— Estoy monitoreando el desarrollo de la nube muy de cerca, él dijo. — Así que si eso llega a suceder, lo cual dudo mucho, voy a enterarme. Buena suerte a él, digo. Aunque en verdad, no lo digo de corazón.

— Apáguela, dijo Clara.

Vastra pasó su mano a través la pantalla y la imagen se desvaneció hasta ponerse negra. El sonido de la risa de Milton persistió solo un momento más desapareciendo luego también.

— Ese hombre me pone tan furioso, dijo Jenny, sus manos se transformaron en apretados puños.

— Esperemos que eso sea la única cosa que te haga enojar, dijo Vastra. — ¿Cuánto tiempo tenemos?

— No mucho, dijo Afinidad.

— Entonces vamos a pensar, dijo Clara. — Tendremos que dejarle la nube al Doctor y esperar que él pueda tratar con ella. Nosotros tenemos que ocuparnos de Milton.

— ¿Y cómo haremos eso?, preguntó Jenny.

— Como Silueta dijo, tenemos armas. Clara asintió a Silueta y a Afinidad. — Vamos a trabajar en cómo usarlas.

CAPÍTULO 19

Regañada por portarse mal, la pequeña Betty Naismith no bajó la cabeza y murmuró una disculpa como era usual. En vez de eso le dio una fuerte bofetada en su cara a su niñera.

En la misma calle, en la taberna de la esquina, un tranquilo cliente habitual gritaba incontrolablemente a la camarera que “estaré con usted en un minuto” no era lo suficientemente bueno.

No lejos de allí, el “discúlpeme” de un niño que inadvertidamente chocó con una anciana mujer fue respondido por ésta rompiéndole su bastón en la espalda.

A través de toda la ciudad, los temperamentos se cocinaban a fuego lento y estaban cerca el punto de ebullición, listos para explotar en cualquier momento.

El resto de Londres comenzó lentamente su disolución en la ira, el odio y la violencia inminente, pero hubo una pequeña área que resistió. Observando el indicador de niveles emocionales desplegado sobre el mapa de la ciudad, Milton frunció el ceño. Eso no tenía sentido. ¿Cómo iba a tener la nube menos efecto en un área en particular?

Él agrandó el mapa en su pantalla hasta el nivel más alto de detalle. Las cosas se volvieron más claras y más desconcertantes.

— ¿El Doctor?, se preguntó en voz alta. Pero, ¿qué podía estar haciendo El Doctor en El Carnaval de las Curiosidades que obstaculizara los efectos de la nube?

Al incrementar la magnitud, él vio que otro marcador se había presentado en el mapa... encerrando el área que estaba resistiendo a los efectos. El ceño de Milton se convirtió en una sonrisa y asintió con satisfacción. Fuera lo que sea que El Doctor estaba haciendo... y él estaba muy seguro de que debía ser El Doctor... pronto acabaría. Empatía lo había encontrado.

Una oscuridad se estaba permeando en la delgada capa de niebla que cernía sobre Londres, como un sucio reflejo de la nieve que cubría el suelo. El Doctor podía verla arremolinándose y espesándose mientras el espectáculo se estaba desarrollando.

Un puñado de monedas había persuadido al muchacho de la puerta a permitir entrada gratis al Carnaval de las Curiosidades. Un billete doblado le añadió un mayor estímulo para que gritara a todo pulmón que no había cargo alguno por la admisión y que el mayor espectáculo de toda la vida estaba a punto de empezar.

Curiosa e intrigada la multitud se dirigió hacia el área abierta donde El Hombre Fuerte y los malabaristas usualmente se presentaban. Ellos no iban a ser decepcionados. De hecho, El Doctor pensaba, que ellos habían sido positivamente encantados, embelesados y muchas cosas positivas que empiezan con “en”.

Tuvo un buen comienzo. Algunos impresionantes malabaristas fueron seguidos por una impresionante demostración de acróbatas. El Doctor no había sido específico pero había sido muy claro en que todos los artistas debían dar la presentación de sus vidas. O de lo contrario, sus vidas acabarían muy pronto.

El Doctor no se veía a sí mismo como un artista, no en esta encarnación, pero se las arregló para despertar a la multitud, aumentando el nivel de expectación.

La audiencia crecía más y más a cada momento mientras más y más personas escuchaban los gritos de alegría y emoción. Strax fue un gran éxito. Nadie estaba muy seguro de qué era él... ¿Era un genuino Hombre Fuerte o un payaso? Cuando él amenazó con destruir a cualquiera que se riera mientras intentaba hacer malabarismos con balas de cañón, la audiencia explotó espontáneamente en una mezcla de aplausos e histeria.

Y todo el tiempo, la nube sobre ellos se aglomeró y oscureció, como si se enfocara en esta pequeña área de diversión y buena voluntad en una ciudad ahora revolcándose en la confusión y la ira. El tiempo lo era todo, El Doctor pensó, mientras la muchedumbre reía y aplaudía de nuevo. El Doctor pudo distinguir la distintiva figura de Empatía abriéndose paso lentamente a través de las personas. El Doctor levantó la mirada de nuevo. ¿Era su imaginación o ahora la nube se miraba como una gigantesca garra aguardando atacarlo?

Él le asintió a Strax. — Seguí así, le dijo. Entonces El Doctor caminó hacia el límite de la audiencia congregada, al punto donde Empatía estaba emergiendo.

*

El marcador que representaba a Empatía estaba ahora justo en el corazón del área que resistía los efectos de la nube. No pasará mucho tiempo ahora, pensó Milton. Empatía

tratará con El Doctor y entonces la nube desencadenará lo peor. Revisando otras áreas, él estaba complacido en ver que las peleas estaban estallando en muchas tabernas. Los policías enviados a calmar el problema se unieron a éste. Una o dos hora y toda la ciudad será un caos.

Un timbre del sistema de comunicaciones lo sorprendió. Probablemente eran las amigas del Doctor listas para suplicar por sus vidas. Sí, él decidió, haría la conexión. Él disfrutaba ver a las personas suplicar, especialmente cuando sabía que era un acto completamente inútil.

Bastante segura, la familiar cara de la joven amiga del Doctor apareció en la pantalla. Milton podía ver a la mujer lagarto y a su doncella detrás. No había rastro de Silueta o Afinidad, pero probablemente estarían en algún lugar. A menos que ellos hubieran sucumbido y se hubieran matado el uno al otro, esa era una idea placentera.

— Por favor, dijo Clara. — Tiene que detener esto. Esto se está saliendo de control

— Esa es la idea, en verdad, Milton le dijo. — ¿Algo más que decir?

— Pero la gente está muriendo. ¿No le importa en absoluto?

— En realidad no, me temo. Milton se recostó en su sillón de mando. — Asumo que ha estado tratando de hallar la forma de abrir la puerta de seguridad y descender hasta aquí. Vi que hay registrado un ataque con un objeto contundente como también un burdo intento de forzar el programa de bloqueo.

— No puede culparnos por intentarlo, ¿cierto?

— Oh, de ninguna forma. Aplaudo el esfuerzo. Él aplaudió un par de veces para reforzar la idea. — Pero en realidad no hay forma de llegar a mí o detener la nube. Así que...

Él hizo una pausa. Eso era extraño. Había otro mensaje llegando.

— Lo siento mucho, dijo Milton. — Voy a tener que ponerla en espera solo por un minuto. Que tenga un buen día.

Él cambió de canal. Lo primero que pensó fue que era el enlace secundario de comunicaciones de la biblioteca, pero el rostro que apareció en la pantalla fue tanto sorprendente como inesperado. Milton sintió de pronto un escalofrío. Ellos lo habían encontrado... ¿Cómo pudieron haberlo encontrado?

— ¿Sabe quién soy?, el rostro pálido en la pantalla preguntó.

— Desde luego, Comisario Superior Arquitecto de las Sombras, Milton se esforzó por que su voz no sonara nerviosa. — Debo disculparme por el abrupto final de nuestra última conversación, pero como recordará preferí escapar antes de que usted me hubiera ejecutado sumariamente en el acto.

El Comisario Superior sonrió. — Un afortunado escape para ambos, quizás. Verá, he estado vigilando su progreso muy cuidadosamente.

— ¿Sabe dónde me encuentro?

— Oh, por favor. Lo hemos sabido durante semanas.

— ¿Entonces por qué no me ha...?

— ¿Arrestado? ¿*Ejecutado*? Porque su trabajo nos intriga. Este último experimento, la nube disipándose sobre la ciudad de Londres, es especialmente interesante.

Milton estaba sorprendido. — ¿Interesante? ¿Para la Proclamación de las Sombras?

— Asumiendo que la nube pueda ser usada para dispersar cualquier emoción en forma concentrada eso podría proporcionarnos un modo útil de... ¿cómo lo diríamos?... Calmar poblaciones en tiempos de crisis. Asegurándonos que las cabezas frías prevalezcan. Desde luego, apreció que usted esté demostrando aquí exactamente lo opuesto, pero... ¿se puede asumir el principio como válido?

— Er, sí, dijo Milton rápidamente. — Sí, desde luego. Lo siento, él prosiguió. — Pero, ¿debo asumir que La Proclamación de las Sombras está interesada en llegar a algún tipo de entendimiento?

Comisario Superior Arquitecto de las Sombras hizo un gesto con la mano. — Oh, por favor. Eso fue un malentendido. Olvídense de todo. La sentencia ha sido rescindida. O al menos, pospuesta.

— Pospuesta, ya veo. ¿Y qué necesito hacer para asegurarme de que sea anulada totalmente? Espero que usted no quiera que yo evite que la nube que consuma Londres, porque debo de admitir que no puedo. Es demasiado tarde para eso.

El Comisario Superior asintió. — Sospechamos que ese era el caso. Evidentemente hay algunas mejoras que aún pueden ser hechas al arma.

— Es un proyecto que se encuentra en gran medida bajo desarrollo, agregó Milton.

— Entonces nuestra proposición es simple. Venga y trabaje para nosotros. Termine con el desarrollo de ésta y quizás de otras armas bajo los auspicios de La Proclamación de

las Sombras y también se asegurará nuestra protección. Junto con un perdón total por cualquier travesura pasada.

— ¿Incluyendo cualquiera que usted aún no conozca?, preguntó Milton.

— ¿Hay algo que aún no conozcamos?

— La modestia me lo impide, Milton sonrió. Esto estaba resultando mejor de lo que incluso él había esperado. Tal vez bajo esa rigurosa fachada, La Proclamación de las Sombras era mucho más draconiana de lo que la gente pensaba.

Él se volvió para recuperar un montón de notas de la consola de control cercana. — Ya tengo algunas ideas que podrían ser interesantes en el área del control de población y la defensa de la justicia. Si lo podemos llamar así.

El Comisario Superior Arquitecto de las Sombras volvió a sonreír cuando vio a Milton sosteniendo la gavilla de papeles. — Veo que comprende exactamente lo que se requiere.



Cuanto más se adentró Empatía en la muchedumbre, la mayoría de sus emociones presionaban sobre él. Al momento de emerger, vio al Doctor de pie frente a él, Empatía estaba confuso y desorientado. El Doctor... él había estado buscando al Doctor, y ahora aquí estaba él. ¿Pero por qué? Había una vaga sensación de que debería estar enfadado con El Doctor. Pero la furia que había estado brotando dentro de Empatía y lista para explotar hacia el exterior, estaba ahora enterrado en lo más profundo debajo de los sentimientos que había absorbido mientras empujaba a través del gentío.

El Doctor agarró a Empatía de la mano y tiró de él hacia el área de presentaciones. Él difícilmente notó cuando El Doctor le despojó del anillo de su dedo medio. Él no miró la forma en que el cristal rojo primero se agrietó y luego se despedazó cuando El Doctor lo tocó con el extremo brillante de su destornillador sónico. A su alrededor, las personas estaban riendo, aplaudiendo y gozando. Malabaristas, acróbatas, payasos, El Hombre Fuerte, todo el mundo estaba rebosante de buen humor.

— ¿Lo siente?, El Doctor dijo, gritando para ser escuchado sobre el rugido de agradecimiento de la muchedumbre.

Detrás de él, un devorador de fuego escupía llamas de su boca, tostando malvaviscos que sostenidos en una espada por su asistente quien luego los ofreció a un pequeño chico que estaba cerca.

— ¿Puede sentir la emoción, el entusiasmo, el bienestar? ¿Puede sentir el amor de esta noche? El Doctor frunció el ceño. — Bueno, aguarde, eso no es correcto. Quizás lo sea.

Empatía estaba sonriendo mientras se dejaba llevar por él, mirando a su alrededor con asombro infantil y alegría. — Esto es maravilloso, él admitió.

— Un enterrador feliz, El Doctor rió. — No es algo que se vea todos los días.

El cielo se estaba poniendo más oscuro. Una sombra pasó sobre el carnaval. Empatía levantó la mirada para ver un enorme manto oscuro que parecía como humo. El cual parecía estar congregándose sobre ellos.

— ¿Qué es eso?, dijo él apuntando hacia arriba. Mucha de la gente estaba apuntando ahora hacia la nube que lentamente flotaba cada vez más bajo.

— Ah, bueno, El Doctor dijo, — eso es algo en lo que necesito su ayuda. Tomé una respiración profunda.

— ¿Qué?

— Una respiración profunda, adelante. No una verdadera respiración, desde luego. Pero absorba tantos buenos sentimientos como usted pueda. Toda la risa, la alegría y la felicidad. La confianza, el aprecio y el deleite. Regocijo, alegría y júbilo. Este es su mundo después de todo... ¿No lo recuerda? ¿No recuerda usted quién solía ser? Quien es usted. Adelante. Hágalo ya.

La nube descendió más. Empatía respiró en la atmósfera a su alrededor. Él pudo sentirse lleno de emociones, desbordante de felicidad. Él era David Rutherford. Él pertenecía allí, junto a los artistas, junto a sus amigos, proporcionando alegría y felicidad a las personas...

Entonces súbitamente, estuvo oscuro. La nube se apresuró hacia El Doctor, hacia Empatía que estaba a su lado, cayendo sobre ellos como una cascada. Fría, húmeda y desagradable, amortiguando cada pensamiento. En algún lugar, ahogado por el pesado aire, alguien gritó.

— Ahora, le dijo El Doctor cerca de su oído a Empatía. — Déjelo salir. Justo como dejó salir la ira dentro de la esfera de Milton. Permita que todas las emociones de las personas salgan ahora. ¡Hágalo!

Empatía lo dejó salir. Una gran aspiración de emoción. Los gritos ahogados se convirtieron en vítores cuando la muchedumbre observó lo que ellos pensaron era el último

acto. Él pudo escuchar la voz del Doctor, aunque no podía distinguir las palabras. Pero se sentía bien, parecía como si El Doctor lo estuviera alentando y elogiándolo mientras la oscuridad desaparecía y se despejaba.

El efecto se esparció a través del cielo. Una onda corrió a través de la oscura niebla de ira y desesperación, disolviéndola. La nube se desvaneció, se adelgazó y se disipó... su furia e ira se anuló con la fuerza concentrada del júbilo y alegría de la multitud.

La gente aplaudió mientras observaban el aire limpio. Por primera vez en mucho tiempo, el sol brilló a través de un agujero en la niebla, iluminando al Carnaval de las Curiosidad como un brillante reflector que alumbra la gigantesca pista de un circo lleno de artistas y observados por una audiencia que ríe.

— Bien hecho, dijo El Doctor y él estaba riendo también. — Realmente... *realmente* bien hecho.

Empatía... David... estaba riendo también. Él hizo una reverencia y una caravana con su sombrero. El Doctor atrapó la larga y negra seda que pendía de éste, desenrollando el material y lanzándolo lejos. Así que, cuando David volvió a colocarse el sombrero de copa sobre su cabeza ya no estaba envuelto en tela negra.

El enterrador ahora transformado en maestro de ceremonias, levantó sus manos sobre su cabeza pidiendo calma y silencio. Todos aguardaron expectantes.

— Y ahora nuestro siguiente truco... Y él empezó.

CAPÍTULO 20

Ellas se habían movido del estudio de Milton a la biblioteca. Clara y Jenny permanecían en la ventana, las cortinas echadas hacia atrás y las contraventanas abiertas. Vastra estaba hablando silenciosamente a Afinidad y Silueta, quienes habían activado una pequeña pantalla de video cerca de la ahora vacía esfera de vidrio.

— Creo que está despejado, Clara dijo, mirando hacia arriba en el cielo. — No está tan oscuro como antes.

Vastra estaba trabajando en la pantalla. — Tenés razón. Milton tiene esto calibrado para rastrear el progreso de la nube. Ésta se ha disipado.

— Así que El Doctor lo hizo, dijo Jenny, exultante. — Bueno, agregó ella más calmada, — no me sorprende.

— Con lo cual solo nos queda tratar con Milton, dijo Vastra. He desviado la ruta de la alimentación de las comunicaciones a esta terminal del estudio, así que esperamos oír de él pronto.

— Vamos a darle un giro positivo a esto, dijo Clara.

Milton parecía ciertamente de buen humor cuando su cara apareció en la pantalla unos instantes después. O al menos no estaba demasiado desanimado.

— Mis felicitaciones, él anunció, — Parece que ciertamente subestimamos al Doctor.

— Usted no es el primero en cometer ese error, le dijo Vastra.

— Y dudo que sea también el último. Pero todos debemos aprender de nuestros errores. Así que cuando he analizado los datos de la observación pude establecer que se elimina la posibilidad que El Doctor encontrara alguna debilidad en mi arma.

— ¿En serio?, dijo Clara. — Usted está atrapado allí abajo. ¿En verdad cree que pueda cargar con esto como si nunca hubiera sucedido?

— ¿Qué me sugiere, querida?

— Bueno para empezar, Clara dijo, — no me llame “querida” si usted valora sus rodillas. Entonces, me parece que la rendición es la mejor opción.

— ¿Rendirme? Milton parecía considerarlo. — Lo siento, no es una opción que me agrade para nada, de hecho. Y si puedo decirlo, creo que quizás ustedes están sobreestimando la magnitud de su pequeña victoria.

— Lo tenemos atrapado como una rata en su propio sótano, dijo Jenny. — Sus así llamadas armas se han marchado. Así que dígame exactamente que estoy sobreestimando.

— Si se queda allí abajo con el tiempo morirá de hambre, Vastra agregó. — Si usted despegue en su nave, La Proclamación de las Sombras inmediatamente detectará la firma de su motor. Imagino que ellos tendrán fuerzas en el área, ya que debieron de haberlo seguido a este sistema o usted habría partido hace mucho. Así que ríndase y permita que El Doctor abogue a su favor.

— ¿Abogar en mi favor?, Milton repitió. — Se refiere a interceder por una especie de condena reducida en vez de ser ejecutado y solo llegar ha encerrado para siempre. Mmmm. Él acarició pensativo su barba. — No, no me suena tan grandioso, en serio. Especialmente cuando tengo una mejor oferta. Así que, si me disculpan, simplemente seguiré mi camino.

— ¿Una mejor oferta?, Vastra dijo. — ¿Qué oferta puede ser esa?

— ¿Alguien más quiere sus horribles armas?, preguntó Clara.

— Oh, lo siento. Debí de haberlo mencionado antes. Pero bueno, no me gusta presumir. El Comisario Superior Arquitecto de las Sombras ha estado en contacto. Ofreciéndome inmunidad completa. Un perdón. De hecho, La Proclamación de las Sombras podría querer que me marche y desarrolle mis horribles armas para ellos.

— El Doctor siempre ofrece últimas oportunidades, dijo Clara. — Así que ésta es la suya. Solo suelte las armas. Abandone su búnker de allí abajo y podremos ayudarlo a encontrar de hacer una fortuna o sea lo que sea que usted desee hacer.

— No es muy tentador, me temo. Así que si eso es todo, solo les diré adiós y me pondré en camino. Oh, y en verdad es “adiós”, me temo. Verán, ciertamente no dejaré a ninguna de ustedes con vida después de esto. Supongo que eso tiene que ver con el orgullo.

— ¿Qué quiere decir?, Vastra demandó saber.

— Bueno, por orgullo y también desde luego porque odio a cualquiera saca lo mejor de mí, Milton prosiguió, como si ella no estuviera hablando. — Así que me temo que El Doctor y todos ustedes realmente tendrán que marcharse. Una vez que esté a salvo deberé lanzar misiles distrónicos para destruir toda esta área.

— ¿Va a destruir Londres?, dijo Clara consternada.

— Bueno, la mayoría del sur de Inglaterra, en realidad. Lamento esto. De todos modos, será mejor que me vaya. E imaginó que ustedes tendrán que despedirse entre ustedes. Desearía poder decir que ha sido un placer.

La pantalla se puso negra.



Las revisiones previas al vuelo estaban completas. Mientras la computadora realizaba la secuencia de activación final, Milton ojeó sus notas. Sí, había algunas ideas aquí que podrían ciertamente interesar a La Proclamación de las Sombras. Reunió sus notas y las colocó en sobre la consola frente a él mientras la nave se volvía lentamente sobre su eje y se desplazaba sobre la suave pendiente que llevaba a la rampa de lanzamiento.

La rampa estaba oculta en el interior de la cochera. Los caballos en los establos podrían sufrir un shock, aunque el blindaje anti explosión se encargaría de que no sufrieran daño. Al menos, hasta que él lanzara sus misiles. Era una pena, Milton pensó, ya que él había disfrutado mucho su forzada estancia aquí. Se decía que la ciudad era un desastre...

quizás el nivelarla, junto con gran parte de la campiña que la rodeaba, permitiría a los primitivos nativos reconstruir algo mucho mejor en su lugar. Él probablemente les estaba haciendo un favor, a la larga.

Comprobó que su cinturón de seguridad estuviera bien sujeto mientras la nave se inclinaba hacia atrás. Poco tiempo después hubo una ráfaga de empuje desde atrás. Milton fue lanzado hacia el respaldo de su asiento mientras la nave salía disparada por la rampa. Sus papeles se deslizaron de la consola y cayeron al piso.

Las puertas de madera se destrozaron en astillados fragmentos cuando la nave explotó fuera de la cochera. Arrastrando humo y llamas tras ella, la pequeña nave ascendió rápidamente a través del nebuloso aire antes de impulsarse a través de las nubes hasta el cielo abierto.

*

Clara observaba desde la ventana.

— Allí va, dijo ella.

— No se sienta mal acerca de lo que va a pasar, Silueta le dijo, apoyando su mano suavemente sobre el hombro de Clara. — Él tuvo una opción. A pesar de todo su encanto, él era un sádico asesino.

— ¿Lanzará los misiles?, preguntó Jenny.

— Él no va a tener tiempo, Vastra le dijo.

— Tendremos esperanza, murmuró Clara.

*

La Fuerza G se moderó cuando él alcanzó la atmosfera superior. Milton rápidamente revisó los instrumentos.

— Todos los instrumentos están conectados y funcionan normalmente, la computadora reportó con una ronca voz femenina. Milton la había seleccionado de una gama de opciones de un centenar de posibles voces.

— Solo al fin, dijo él. — Solo vos y yo.

— Y los torpedos inteligentes clase Deckseller que se aproximan rápidamente desde el sector nueve, reportó la computadora.

— ¿Qué? ¡Mostráme! Milton miró hacia la pantalla principal, su ceño se frunció con preocupación e incredulidad mientras observaba dos pequeños puntos de luz que se aproximaban al marcador que representaba a su propia nave.

— El análisis confirma que esos torpedos son armas inteligentes estándar como las desplegadas por La Proclamación de las Sombras. Impacto en 57 segundos. Se aconseja acción evasiva.

Milton encendió el control manual. La computadora era predecible y los torpedos podrían estar programados para esperar respuestas, técnicas de evasión y contramedidas estándar.

— Parece que alguien en La Proclamación de las Sombras no recibió el mensaje, decía él mientras hacía girar la nave en un gran arco. — Abrí un canal de comunicación al Comisario Superior Arquitecto de las Sombras. Llamálo de nuevo al nudo de comunicaciones por el que me contactó antes.

Una pequeña pantalla mostraba la cuenta regresiva para el impacto. Milton mantuvo un ojo en ella mientras el sistema de comunicación realizaba la conexión. Por el momento, mientras su nave eludía, el número que quedaba se aproximaba a la marca de los 50 segundos. Si él lograba mantenerse lejos de ellos lo suficiente los torpedos se les agotaría el combustible antes de cumplir con su cometido. Pero eso le tomaría mucho tiempo y mucha concentración.

— Conexión establecida.

La pantalla principal parpadeó y la imagen del Comisario Superior Arquitecto de las Sombras apareció. Él sonrió con placer. — ¿Y qué puedo hacer por usted, Orestes?

— Puede quitar esos torpedos de mi cola, dijo Milton, luchando por alejar la nave de las armas que se aproximaban.

La sonrisa se volvió comprensiva. — Ah, me temo que no puedo ayudarle en eso.

— Si me da el código de acceso para órdenes, puedo desarmarlos yo mismo, Milton le dijo. — Hay un protocolo estándar, lo sabe.

La nave se sacudió cuando uno de los torpedos falló por poco. Y el mismo ya estaba girando para cargar de nuevo contra la nave.

— Lo siento, no sé de qué código me habla.

— ¡Debe saberlo!

— De hecho, le confieso, no tengo realmente idea de lo que me está hablando.

— ¿Qué?, Milton estaba encontrando difícil concentrarse en evitar los torpedos y seguir lo que el Comisario estaba diciendo. — Es un código estándar. Él tuvo que gritar sobre la alarma de advertencia que ahora sonaba en la cabina. — Es entregado a todos los altos funcionarios de La Proclamación de las Sombras... *debe* conocerlo.

— Ah, ahora que lo pienso, ese podría ser el problema. La sonrisa de simpatía regresó mientras el hombre asentía lentamente. — ¿Quién exactamente cree usted que soy yo?

Milton hizo descender la nave abruptamente y uno de los torpedos pasó justo encima de él. — Usted es el Comisario Superior Arquitecto de las Sombras, él dijo a través de sus dientes apretados. Pero incluso mientras lo decía una terrible sospecha empezó a formarse en el fondo de su mente. — A menos que... Él miró hacia la pantalla con incredulidad.

En la pantalla, los pálidos rasgos del Comisario Superior Arquitecto de las Sombras se volvieron borrosos y brillaron antes de terminar en una cara en blanco, desprovista de rasgos o expresión.

— ¿Afinidad?

— Me siento alagado de que incluso me recuerde, Afinidad dijo. — Pero en realidad usted debió darse cuenta mucho antes. ¿En verdad cree que alguien podría ofrecerle un perdón?

— Yo vi a quien quería... vi lo que necesitaba ver, Milton se dio cuenta. — Oí lo que quería oír.

De algún modo, incluso aunque estaba vacía, la cara en la pantalla parecía estar sonriéndole. — Creo que a eso se le llama “funcionar tal y como fue diseñado.”

Milton apartó su mirada de la pantalla justo a tiempo para eludir uno de los torpedos. Él tenía que mantener la concentración. Podía superar esto. Se obligó a sí mismo a devolverle la sonrisa a Empatía.

— Usted perdone, pero me encuentro muy ocupado justo ahora. Aunque tenga la seguridad, de que tan pronto me haya ocupado de esos torpedos lanzaré mis propios misiles hacia usted. Ahora, si me excusa, necesito concéntrame, eso si ya ha terminado de regocijarse.

Él se estiró para apagar la conexión de comunicaciones.

— Yo no estaba regocijándome, Afinidad dijo en baja voz. — Yo solo quería que mantuviera abierta la comunicación abierta entre nosotros y su nave. La pantalla se apagó y la voz de Afinidad se desvaneció. Lo último que Milton escuchó fue: — Silueta le dice adiós.

Entonces él estuvo solo de nuevo. Acelerando pasó a un torpedo y picó bajo el otro. Él podía hacer eso. Ellos se estaban acercando más. Él miró hacia la cuenta regresiva.

Tiempo de Impacto: 23

Había permitido ser distraído. Concentración y podría lograrlo.

“Yo solo quería que mantuviera la comunicación abierta...”

Olvidálo. Algo para considerar después. Concentración.

“Silueta le dice adiós.”

¿Silueta? Oh, no. Por favor, no.

Milton se arriesgó a mirar hacia abajo. Hacia sus notas y papeles que había caído. Allí había justo una hoja que permanecía cerca del sillón de mando... ¿Dónde estaban los otros? Él hizo girar la nave hacia los lados.

Tiempo de Impacto: 17

Él se atrevió a mirar hacia abajo de nuevo. El papel ondulaba como si lo moviera una brisa. Su escritura se disolvió mientras la observaba, manchándose y esparciéndose. La tinta parecía moverse, fluyendo, uniéndose para formar una sola palabra en la página.

Tiempo de Impacto: 13

Él se inclinó hacia adelante para mirar más de cerca. La palabra cobró nitidez:

Perdón.

Concentración. Ignorála.

Tiempo de Impacto: 10

Los dos torpedos se estaban acercando desde direcciones diferentes. Esa fue... esa fue su última oportunidad. Con sincronización exacta, se alejaría acelerando en el momento justo, y los dos torpedos fallarían la nave y chocarían entre sí. Y problema resuelto.

Tiempo de Impacto: 7

A los 3, Milton calculó. Él alcanzó el control principal de incremento de propulsión.

Tiempo de Impacto: 4

Y una tormenta de papel se desató a través de la cabina. Un enjambre de pequeñas aves de papel doblado, alas volando en su cara, filos cortándolo, picaduras en los ojos. Todo a su alrededor era un torbellino blanco. Algo cortó bruscamente a través de su mano y lo rechazó con un grito. Él golpeó a las criaturas con ambas manos, gritando y aullando con furia. Un ave voló en frente de su cara, y reconoció el papel... reconoció fragmentos de su propia escritura en sus alas y su cuerpo. Él lo alejó con furia de un manotazo. De algún modo él se las arregló para despejar un espacio delante de sus ojos, solo por un segundo.

Justo lo suficiente para mirar la pantalla.

Tiempo de Impacto: 1

Entonces el mundo explotó en luz y fuego.

Una masa de llamas ardió imposiblemente en el espacio por un momento, consumiendo el oxígeno que fue expulsado de la nave que explotaba. Luego la bola de fuego colapsó sobre sí misma. Los restos destrozados y fragmentados de la nave, se alejaron girando lentamente en la oscuridad.

Y en medio de todo esto, una solitaria ave de papel batió sus alas innecesariamente mientras flotaba en la distancia, engullida por la noche perpetua.

CAPÍTULO 21

El aire sobre El Carnaval de las Curiosidades estaba limpio y brillante allí donde la nube se había disipado. La niebla de Londres ya no reclamaba el cielo de la tarde. Muy por encima de las manos extendidas del maestro de ceremonias Empatía, los cielos explotaron con una súbita demostración de color. El rojo, amarillo y naranja se desplegaron sobre la audiencia reunida.

Hubo gritos, vítores, aplausos y exclamaciones de asombro. El aire parecía relucir y brillar, con la luz danzando a través de él antes de plegarse sobre sí misma y desaparecer en la nada...

Los aplausos continuaron por mucho tiempo después de que el espectáculo de luces hubo terminado.

— Creo que La Proclamación de las Sombras finalmente atrapó a nuestro amigo Milton, El Doctor le dijo a Strax. — Anteriormente vi a su nave despegar.

— Una nave de exploración tipo Clipper, dijo Strax. — Ágil, pero con poco armamento protector y deplorablemente inadecuada para contramedidas.

— Quod erat demonstrandum, [Latín: Lo que quería demostrar.] agregó El Doctor.

Strax frunció el ceño. — No es un sistema con el que esté familiarizado. Él hizo una seña hacia el cielo, donde ahora las luces se habían desvanecido y la niebla estaba lentamente moviéndose para ocupar el espacio. — El patrón de descarga de energía de un torpedo inteligente clase Dekseller es altamente destructivo.

El Doctor reprimió una sonrisa. — El problema con vos Strax, es que le quitás toda la belleza a la vida.

— La guerra es bella.

— Creo que ahora, no estaremos de acuerdo.

Ambos se mantuvieron en silencio por unos instantes mirando la presentación de los acróbatas y de Empatía... o David como ya era de nuevo... entusiasmando a la audiencia y liderando los aplausos.

— Tienes que admitir, dijo El Doctor al fin, — que estos humanos tienen algo de talento y potencial. No hubo respuesta. — ¿Cierto?

Strax gruñó. — Recientemente he descubierto un producto del ingenio y la ingeniería humana, el cual encontré muy impresionante, dijo él. — Justo aquí, en este mismo centro de entretenimiento.

— ¿En serio?, dijo El Doctor levantando una ceja. — ¿Me podrías mostrar?

— Con mucho gusto... El objeto puede ser obtenido en una de esas concesiones para ventas. Él llevó al Doctor a través de la muchedumbre hacia la Feria Helada. — Creo que se llama manzana acaramelada.

*

— Desafortunadamente, El Doctor explicó a Clara, — Strax no sabía uno se las come. Él pensó que eran para lanzárselas a la gente.

Ellos habían pasado toda la tarde en Paternoster Row, con Afinidad y Silueta incluidos. Pero ahora El Doctor estaba molestando por regresar a la TARDIS. Clara sabía que no haría ningún bien en sugerir que pasaran unos pocos días de descanso en el Londres Victoriano. Ella conocía esa mirada. Pero Clara insistió en despedirse correctamente antes de escapar como El Doctor deseaba.

Vastra, Jenny y Strax caminaron con ellos hasta donde la TARDIS estaba, ligeramente cubierta de nieve. Un carámbano descendía de la manija de la puerta y las ventanas estaban congeladas. Silueta y Afinidad también estaban allí. Afinidad llevaba su sombrero calado sobre su cabeza para que así el ala hiciera sombra sobre su cara vacía.

— Quisiera decirles que esto ha sido divertido, El Doctor dijo. Clara le dio un ligero codazo. — Pero, bueno, sí, él admitió, — esto tuvo sus momentos.

— ¿Hacia dónde parte ahora?, preguntó Jenny.

— Quien sabe, dijo Clara.

— No hay duda que habrán enemigos aguardando ser derrotados, dijo Strax. Él estrelló su puño contra su mano abierta. — No les muestre piedad. Presione con su asalto inicial de forma determinada y brutal.

— Gracias, dijo Clara. — Haremos eso.

— Haremos que lluevan manzanas acarameladas sobre ellos, El Doctor dijo, reprimiendo la risa.

— Nos veremos de nuevo pronto, Vastra dijo, estrechando la mano del Doctor.
— Sabés que siempre serán bienvenidos.

— Gracias.

— Como a ustedes, dijo Vastra a Silueta y a Afinidad.

— ¿Estarán bien?, preguntó Clara.

— Estarán bien, dijo El Doctor antes de alguno de ellos pudiera responder. — No te preocupés. Vamos. Él abrió la TARDIS.

— Lo estaremos, dijo Silueta. Ella entrelazó su brazo con el de Afinidad.

— No sabemos a dónde iremos o qué haremos, pero Silueta tiene razón, Afinidad agregó.

— ¿No volverán al carnaval?, preguntó Clara.

— Tal vez, Silueta agregó. — O quizás nos instalemos por nuestra cuenta. El futuro es una aventura, ¿no lo creen?

— Oh, bueno, dijo El Doctor, volviéndose para empujar a Clara en la TARDIS por delante de él. — De hecho, bien dicho. Ahora vamos, ¿no podemos quedarnos aquí todo el día hablando y perdiendo el tiempo? No podemos. Entonces, adiós.

Mientras el distintivo sonido de los motores de la TARDIS se desvanecía, la nieve, el hielo y la escarcha que se había acumulado en el exterior de la cabina de policía cayeron al suelo. Un cuadro vacío en el pavimento era todo lo que demostraba que había estado allí.

— ¿Vendrán con nosotros?, preguntó Vastra.

Silueta negó con su cabeza. — Quizás otro día. Pero por ahora, debemos tomar nuestro propio camino, decidir quiénes somos y qué haremos.

— Gracias, les dijo Afinidad. — Por todo.

*

Dos figuras tomadas del brazo caminaban a lo largo del Terraplén. La mujer vestía una larga capa escarlata, con la capucha levantada sobre su cabeza. El hombre estaba vestido con un traje, su sombrero calado sobre su cabeza.

Se detuvieron en un sitio elevado cerca de la Feria Helada, mirando a través del congelado Támesis. La luz jugaba a través de sus rostros... uno delicado y bello, el otro vacío y sin rasgos.

Entonces el rostro vacío pareció temblar. Éste se disolvió en varios otros rostros, parpadeando a través de ellos mientras el hombre hablaba.

— ¿Quién te gustaría que fuera?, él preguntó

La mujer se alargó, sus dedos tocaron suavemente su mejilla. — Yo te amo por quien sos no por como te ves. Solo sé vos mismo.

Y sus rasgos finalmente acabaron en la sonrisa de un joven hombre enamorado.

FIN